

EXPLORACIONES

10 { **Cuerpo,
subjetividad y
tecnociencia:**
Una aproximación
psicoanalítica

XIMENA CASTRO SARDI

70
AÑOS

Psicología
Sociología
Antropología
Ciencia Política



UNIVERSIDAD
ICESI

EXPLORACIONES

10 { **Cuerpo,
subjetividad y
tecnociencia:**
Una aproximación
psicoanalítica

XIMENA CASTRO SARDI

**Cuerpo, subjetividad y tecnociencia:
una aproximación psicoanalítica**

XIMENA CASTRO SARDI

Cali / Universidad Icesi, 2016

198 pp, 22 x 14 cm

ISBN: 978-958-8936-18-5

Palabras claves:

Psicoanálisis / Discurso científico /
Tecnociencia / Subjetividad / Cuerpo

Sistema de Clasificación Dewey:

150.19 - dc 21

© Universidad Icesi

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Primera edición / Noviembre de 2016

Colección *Exploraciones*

Rector

Francisco Piedrahita Plata

Secretaria General

María Cristina Navia Klemperer

Director Académico

José Hernando Bahamón Lozano

**Decano de la Facultad de
Derecho y Ciencias Sociales**

Jerónimo Botero Marino

Directora de la Oficina de Publicaciones

Natalia Rodríguez Uribe

Asistente Editorial

Adolfo A. Abadía

Revisión de Estilo

Laura Viviana Bastidas Bonilla

y Julián Lasprilla

Diseño editorial original

Cactus Taller Gráfico - Natalia Ayala Pacini

Diagramación

LaDeLasVioletas - Johanna Trochez

Impresión

Carvajal Soluciones de Comunicación

Bogotá D.C., Colombia

Universidad Icesi

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali - Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334

E-mail: editorialicesi@correo.icesi.edu.co

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

ISBN: 978-958-8936-18-5

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización,
siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional.

Agradecimientos

La investigación detrás de este libro no hubiese sido posible sin la orientación de Gérard Wajcman; quien en sus *séminaires de recherche* de la Universidad de París VIII supo transmitirme, con su audacia intelectual y singular sentido del humor, lo que es situar el psicoanálisis a la altura de lo más contemporáneo.

En el momento más crítico del proceso de escritura, enfrentarse al pánico de la página en blanco, los oportunos encuentros con Dominique Laurent además de apaciguarme, me guiaron para trazar el camino de un deseo de saber siempre renovado.

Los seminarios, espacios de estudio y conversaciones con mis colegas de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL-Cali), fueron un importante motor para causar y mantener en movimiento mis preguntas de investigación.

El trabajo colectivo del semillero de investigación que conformamos en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Icesi en torno al tema del cuerpo, no sólo sentó los interrogantes que originaron esta investigación, sino que generó un amplio diálogo interdisciplinar poco común en los ámbitos académicos. Agradezco particularmente a los profesores de antropología Raquel Díaz y Alejandro Arango por compartir sus referencias y reflexiones; y a las estudiantes de psicología, María Camila Restrepo y Juliana Cabezas, por su gran curiosidad intelectual, compromiso y dedicación.

La publicación de esta investigación en castellano no podrá nunca velar lo que significó para mí escribir el texto original en francés. Sin el acompañamiento paciente, sin las conversaciones a la francesa y sin las sutiles correcciones de Danielle Bouillaud, jamás hubiese podido

culminar el arduo trabajo de escribir cinco capítulos en una lengua tan extranjera como familiar.

Si bien es cierto, al menos en mi caso, que la escritura exige estar en un lugar tranquilo y hasta cierto punto aislado, me considero muy afortunada de haber contado con la justa mezcla de una soledad bien acompañada, gracias a la incondicional presencia y apoyo de Manuel.

Índice

- { 7} **Prólogo**
- { 17} **Introducción**
- { 27} **Capítulo 1**
Reflexiones sobre el discurso científico contemporáneo
- { 53} **Capítulo 2**
El cuerpo tomado por las fantasías tecnocientíficas
- { 79} **Capítulo 3**
La mirada de la ciencia al interior del cuerpo: dos casos de estudio
- { 135} **Capítulo 4**
Puntos de resistencia y lugares de batalla
- { 179} **Conclusiones**
- { 183} **Bibliografía**
- { 195} **Índice temático**

Prólogo

La autora de este libro nos presenta críticamente, entre otros aspectos, un debate de actualidad sobre el modo como en nuestro tiempo representamos, concebimos y nos relacionamos con el cuerpo. Señala que dicha representación ha cambiado debido a la influencia omnipresente del discurso científico, constituido en tecnociencias. Se ocupa también de argumentar esta premisa mostrando en qué han consistido dichos cambios, cuáles han sido sus repercusiones sobre la relación mente-cuerpo y, más específicamente, sobre la subjetividad.

En este libro no se denuncia sino que se enuncia un llamado a la opinión ilustrada, a los trabajadores de la salud mental y a los investigadores sociales en general. Esta invitación consiste en ocuparse desde sus propios referentes epistemológicos, en causar un pensamiento crítico y una reflexión «sobre los efectos de la técnica en los modos como alojamos el cuerpo y hacemos lazo con el otro». A lo largo del texto se sostiene «una postura ética y política» que implica un cuestionamiento de la pretensión científica de «objetivizar, cifrar y medir el sufrimiento psíquico» de los seres humanos.

A partir de la enseñanza de Lacan, del análisis de casos concretos y de la evocación de producciones artísticas, la autora muestra su desacuerdo con la tendencia a suponer que el sufrimiento psíquico de los seres humanos puede reducirse a fórmulas aplicables universalmente. Los psicoanalistas lacanianos nos oponemos a que los síntomas del sujeto sean educidos a «trastornos o déficits que deben ser curados a cualquier costo, bajo el imperativo de la felicidad prescrita por las políticas de salubridad a la orden del día».

La idea de la autora es mostrar por qué el psicoanálisis, «al lado de los trabajos críticos en ciencias sociales en torno a la noción de

biopoder y de obras de artistas contemporáneos, adquieren legitimidad y se vuelven necesarios». Estos son lugares de resistencia frente al brazo armado de la ciencia que es la tecnología, que ha pasado a invadir «todos los dominios de la existencia humana». La consecuencia inmediata ha sido «la erradicación del sujeto de la contingencia y la singularidad del deseo».

Para argumentar su postura la autora da cuenta de la concepción psicoanalítica del cuerpo: cómo se constituye, qué lo caracteriza como distinto al organismo y en qué consiste su relación con la subjetividad. Puntualiza en qué medida el abordaje del cuerpo exige partir del hecho de que no se trata de un conjunto de órganos con funciones específicas, sino una superficie constituida por bordes y orificios que adquieren valor en la medida en que sean asiento de un goce sexual; argumenta por qué no se trata de un dato previo que sea el complemento del ser o el asiento del alma. El cuerpo no sólo contiene órganos y tampoco es sólo una superficie unificada y que unifica, también está compuesto de zonas erógenas con bordes, en donde el límite del adentro y del afuera deja de ser tan claro como lo pretende el discurso de la ciencia.

El cuerpo, tal como lo concibe el psicoanálisis, tiene que ver con aquello que da sentido a la existencia de cada uno, es decir, algo que se desvincula de la vida del organismo porque entra en relación con un cosquilleo que Lacan denomina goce sentido. Es en la medida en que el cuerpo se vincula con este goce, considerado fálico, que se dirige hacia el otro, hacia el compañero sexual habitado por el lenguaje; y con el que es imposible que exista armonía por más que el discurso científico pretenda garantizarla a partir de sus inventos técnicos. No existe una relación natural de un cuerpo con otro, no hay nada que sea natural en el vínculo sexual entre éstos, dicha relación no puede ser descrita de antemano con base en la tecnología. Cada ser hablante se ve obligado a justificar su existencia si quiere conservar su vida y hacerla más o menos llevadera.

Siguiendo la lógica propuesta anteriormente está claro para los lectores que las razones por las cuales sin el Otro del lenguaje, del inconsciente, de la ley, del código y de la tradición, el yo/sujeto no logra formarse como un *hablanteser* con capacidad de acceder al senti-

miento de que *tiene* un cuerpo. Lo característico del cuerpo del que es portador un ser hablante –cuerpo que no es gobernado por el cerebro bien desarrollado sino por la ley de un deseo articulado al Otro, que debe contar con un sujeto que sea capaz de soportar dicha ley– es el hecho de que debe ser construido porque no es un registro que esté dado de antemano.

Lo que define la especificidad del cuerpo que porta un ser hablante, serán sus modos de satisfacción pulsional, que por cierto no son homogéneos sino variables. La satisfacción sexual y agresiva del ser humano no se entiende fácilmente porque los modos de alcanzarla, además de ser complejos también suelen ser paradójicos, extraños y opuestos al deber ser moral. En el plano de la satisfacción, el ser humano no se experimenta dueño de sus actos sino profundamente sujetado, pues si se pretende que dicha satisfacción no quede por fuera del deber ser social, ha de pasar por la inscripción en el Otro simbólico y por la intermediación de la palabra. Para que un ser humano se constituya como ser social y tanto su cuerpo como su organismo se desenvuelvan bien, no basta con que el cerebro funcione correctamente, hace falta un Otro que le hable y responda a sus llamados con una pregunta.

La satisfacción pulsional no se deja condicionar por ningún programa del tipo estímulo-respuesta, no es programable porque de cierto modo es impredecible y se ajusta más a la contingencia que a lo ya establecido. Que ésta satisfacción no sea tan cómoda como la de los organismos animales, que no se ajuste a los designios del amo que quiere manipular el cuerpo, se explica porque el cuerpo que le corresponde a las pulsiones es más efecto que causa. Mientras el ser humano tiene un cuerpo, el animal no tiene cuerpo porque *es* un organismo en perfecta connivencia con los órganos de los sentidos que conforman su vida mental y con el medio ambiente que lo rodea, al cual están genéticamente destinados a adaptarse.

El cuerpo no parece entrar en armonía con el ser más que en el momento en que es captado por el niño como una unidad imaginaria, en adelante se tienen muchas dificultades para relacionarse con el mismo. El sentimiento de unificación, de completud del cuerpo, si bien cumple una función fundamental para el niño –salir de la angustia de

fragmentación imaginaria que lo agobia en el comienzo de la vida— no asegura que lo que sigue será armónico. En lugar de encontrarse con un Otro del amor y el deseo que viene a ajustarse gustoso a lo que necesita para vivir en equilibrio con su entorno, se enfrenta con un vacío, pues los modos de satisfacción de ese Otro y lo que pasa por su cuerpo le resultan desconocidos debido a que no corresponden a la saciedad de una necesidad orgánica, sino a pulsiones sexuales y agresivas.

La extrañeza de un ser humano con el cuerpo y con su semejante, se debe a que por su sexo no define ninguna relación; tiene una idea sobre la distancia en que debe ubicarse para no chocar con dicho semejante y así tener una vida sexual sin contratiempos. Que la pulsión se apropie del cuerpo, es un efecto del ingreso del niño al mundo del deseo del Otro; entrada de la que si bien depende su humanización, también abre las puertas para que su cuerpo se exponga al ilimitado goce del Otro. De estas cuestiones, tal como lo muestra detalladamente la autora, no pueden dar cuenta las imágenes cerebrales porque se trata de algo relacionado con la subjetividad que no se deja localizar ni explicar químicamente.

En la actualidad proliferan los cuerpos «genéticamente modificados, operados, convertidos, recortados, rearmados, examinados». Cuando del lado de la subjetividad no se encuentra un relativo acomodo a la anatomía que la naturaleza nos ha proporcionado, las dificultades para vivir con el cuerpo que se lleva se acrecientan; al punto de suponer que hay que *hacerse hacer* del Otro científico todo lo que éste considere posible, sin importar las consecuencias físicas y psíquicas. Por este medio, se busca «resolver la cuestión de la relación sexual que no existe». Al obedecer esta cuestión a una falla estructural se torna insuperable, así vivamos en una época en donde la ciencia le promete a los seres humanos hacer posible todo lo que deseen. Para todo lo relacionado con el ser hablante—que no es igual al organismo cerebral— y que tenga que ver con el lazo social y con la relación sexual, le genera inquietudes y por tal razón es fuente de sufrimiento.

La relación que en nuestro tiempo el ser humano tiende a establecer con la ciencia, se caracteriza por suponer que esta es una especie de Dios todo poderoso para el que no hay imposibles: todo sabe hacerlo, nada se localiza por fuera del campo de sus posibilidades. Dice la autora que

existe «conversión de sexo, clonación, trasplantes de órganos, vientres de alquiler, cirugías estéticas». El cuerpo humano se puede reparar, perfeccionar, perfilar, escanear, gestionar, reconstruir, purificar, recodificar genéticamente, hasta desembocar en una medicalización de la vida.

Si en el antiguo régimen el cuerpo estaba en el centro del castigo como su escenario predilecto porque se trataba de causarle dolor para así purificarlo, en la actualidad sigue estando en el centro, pero ya no para desmembrarlo con la idea de purificarlo, sino para intervenirlo con la idea de corregirlo y perfeccionarlo. Es por esto que los órganos se han convertido en el mundo contemporáneo en un bien «altamente cotizado en los mercados, ilegales y legales, nacionales e internacionales». Los órganos circulan en la economía liberal pese a los cuestionamientos éticos y a los escándalos de robo de órganos en los países del tercer mundo.

La carrera desenfrenada de la ciencia no se detiene, ha inventado «el trasplante de las células madres tomadas del embrión o del cordón umbilical de un recién nacido, y con una biotecnología que ya existe, se reconstituye el tejido orgánico de acuerdo a las necesidades y a las demandas del mercado». En todo caso, si antes el cuerpo era el lugar por excelencia del ejercicio del poder despótico regido por una divinidad, hoy sigue ocupando un lugar similar, pero el poder que se ejerce sobre él se ha trasladado a la nueva ciencia.

La ciencia quiere fabricar un cuerpo de buena calidad «morfológica y genética», un cuerpo con el que cada quien se sienta realizado, con el que no tenga dificultades ni desacuerdos, que sea la realización plena de su ser, sin tener en cuenta que algo que caracteriza a un ser hablante es que no se deja programar. Para el ser hablante existe la contingencia de lo real que escapa a las leyes de la programación y el automatismo, promovidas por la ciencia que quiere producir seres homogéneos.

Nada ni nadie tiene por qué escapar a la influencia de la ciencia, todo puede hacerlo realidad, sino ya, en un futuro no muy lejano. Al respecto la hipótesis que introduce la autora del presente libro es la siguiente: «en la medida en que la tecno-ciencia invade todos los campos de la vida humana, más tendremos que vérnoslas con la supresión del sujeto y la consecuente producción de nuevos síntomas como acontecimientos del cuerpo».

En la medida en que el alivio del sufrimiento y de la enfermedad ha ido dejando de ser la prioridad de la medicina, el acento se ha desplazado hacia los malestares probables, volviéndose de este modo predictiva. Más que ofrecer curas a los males que padecen las personas, se trata de inventariar las enfermedades inevitables o las que podrían manifestarse en un futuro lejano o cercano.

Existe un imperativo de dominio sobre los seres vivos que no cesa de ponerse en escena y al que no le gustan las contingencias propias de la existencia. El discurso científico ha venido a ocupar el vacío dejado por el soberano de otra época; de ahí que quienes los representan sean elevados al lugar de los nuevos pontífices, expertos productores de certidumbres: «mensajeros de futuros mejores posibilitados por los prodigiosos descubrimientos de la genética, las neurociencias y el ciberespacio». La cara absurda de estos sabios se evidencia, sin embargo, «en ciertas prácticas que pretenden diagnosticar enfermedades mentales a partir de las neuro-imágenes».

La impostura de esos seres que posan de sabios, consiste en pretender darle a la ciencia de nuestro tiempo el estatuto de un Dios que por no engañar garantiza la felicidad futura. Se trata de un Dios axiomático que constituye la referencia «única para explicar todos los fenómenos de la vida y del mundo». Por esta vía de veneración, no son pocas las imposturas a las que asistimos. Se ha abierto el paso para que se engendre «una especie de omnisciencia, constitutiva de las falsas ciencias, la cual se basa en la creencia de que incluso aquello que no es propio del campo de la ciencia, pretende serlo». No se soporta el no saber, la incertidumbre y el enigma no son bienvenidos, porque hay que saberlo todo «sobre lo que se aborda»: nada debe ser desconocido y de nada hay que sufrir porque siempre habrá un remedio o una anticipación predictiva que permitirá corregir lo que no funcione bien.

Para las falsas ciencias, es decir aquellas que aparentan ser ciencia sin serlo, como por ejemplo, la psicología y la psiquiatría comportamental, todos «los fenómenos humanos, incluyendo el lenguaje, la emoción, las pasiones, la sexualidad, el comportamiento moral y la identidad», se pueden explicar a partir de una fisiología cerebral. Este reduccionismo explicativo, no permite producir ningún saber sobre los fenómenos señalados, pues se hace una «extensión autoritaria de

un método científico desarrollado en un campo, con un objeto y unas leyes de funcionamiento propias, a otro campo».

El desprecio por el fundamento epistemológico de lo que se presenta como ciencia sin serlo, es evidente; pero a pocos, salvo a quienes se mantienen como amigos del enigma y de la incertidumbre, parece importarles la ausencia del soporte conceptual de aquellos saberes sobre lo humano que se basan en una ideología científica. La tendencia a expulsar toda consideración de la psique tiende a ser cada vez más fuerte, a favor de una explicación físico-química de fenómenos psíquicos como la memoria, el deseo, el amor, la fe, la ética, la violencia, etc. Por ejemplo, por parte del llamado materialismo neurofisiológico aplicado a las neurociencias. A toda costa se pretenden hacer equivalente lo cerebral y lo psíquico, sosteniendo que conforman una unidad, se mantiene la ilusión de que será posible algún día localizar cerebralmente lo que no es localizable, ni observable, ni medible.

El razonamiento previamente expuesto es desarrollado de manera amplia y crítica en el libro; resulta común oír hablar del fin de la clínica a los llamados científicos del comportamiento. En lugar de la palabra como instrumento de intervención de lo psíquico, hay quienes proponen, en nombre de la ciencia, que la panacea para diagnosticar con certeza en el campo de la salud mental, es la evidencia de la imagenología. Lo que no se ve no existe como hecho, así que lo visible condiciona la existencia de las cosas en nuestro mundo.

Los diagnósticos en salud mental se deben basar en métodos científicos que son provistos por las nuevas tecnologías médicas. Al respecto la autora cita a Eric Laurent, quien afirma que pese a los debates «entre quienes defienden aún una postura clínica basada en la observación y la anamnesis de los pacientes, y aquellos que proponen tener en cuenta principalmente los datos de los escáneres cerebrales para el diagnóstico, el modelo DSM parece estar llegando a su fin; y con él corre el riesgo de esfumarse el último reducto del abordaje clínico en psiquiatría».

Lo cierto es que ya no se hace diferencia entre el hombre y los animales, la investigación del cerebro parece borrar cualquier consideración sobre el psiquismo humano. El resultado es una concepción reduccionista, ya que todo acto es susceptible de encontrar su

explicación en una localización cerebral. Actualmente, aquellos que en el texto la autora llama científicistas de la actualidad, consideran que nada está por fuera del cerebro, éste «piensa, habla, lee, huele, alucina, se deprime, cree, ama, odia, miente». El sujeto es equivalente a su cerebro y como en otros tiempos tenemos varios tipos: cerebros deprimidos, esquizofrénicos, criminales.

La autora argumenta que existe una fascinación alrededor del cerebro que sin duda ha crecido «proporcionalmente con los avances del conocimiento biológico y químico del organismo en el transcurso del siglo XX. Curiosa coincidencia con las facultades aparecidas en las cartografías de los frenólogos». Según esta orientación por lo cerebral, lo único válido para hacer cuando se trata de resolver los malestares psíquicos, es valerse del equipo apropiado para localizar las regiones responsables de lo que sucede o puede llegar a suceder. Lo más importante es establecer dónde están los enemigos de la calidad de vida, del confort y la felicidad para enseguida proceder con un «bombardeo químico selectivo».

En cuanto a la respuesta del psicoanálisis al tratamiento del cuerpo y de lo propio de la vida psíquica que las imágenes diagnósticas no pueden mostrar, es muy cercana a la artística en el punto en que se ocupan, a su manera, de dos asuntos: el ascenso y la caída de los objetos en la cultura, y en la extracción de lo real que la mirada omnisciente de la ciencia no logra recubrir.

Lo real de lo que se ocupa el psicoanálisis es lo enigmático imposible de aprehender y reproducir, tanto por las «pequeñas ecuaciones de la ciencia» como por los instrumentos de la tecnociencia. Lo real es aquello que escapa a la imagenología médica, que no se deja representar, y que los artistas no han dejado de abordar en cada época. Desde el psicoanálisis y desde el arte se han inventado maneras de abordar y saber hacer para aproximarse a eso que las imágenes médicas no dan a ver.

Desde el psicoanálisis puede sostenerse que si bien el cuerpo, reducido al organismo, se ha vuelto transparente en nombre de una ideología de la evaluación y la consecuente abolición del sujeto (tanto de las prácticas de la salud en general como de la salud mental), no sucede lo mismo con lo real del goce femenino, de la inexistencia de la relación

sexual, lo propio del inconsciente real y la cuestión del deseo. De estas cuestiones opacas desechadas por la ciencia, debido a la imposibilidad de establecer certezas sobre las mismas en tanto no se dejan ver, nos ocupamos los psicoanalistas en nuestra clínica; cuestión que en este libro es mostrado con claridad, vigor y rigor.

Héctor Gallo*

Medellín, julio de 2016

* Profesor del Departamento de Psicoanálisis de la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad de Antioquia.

Introducción

Al fin he alcanzado el medio invariable de este cuerpo, poniendo los pies en el lugar de la cabeza, la cabeza en el lugar de los pies y poniendo el dedo sobre un punto donde los seres maniobraban para transportar un cuerpo fluido falso más rápido que mi pensamiento y hacer en lugar mío todas las cosas que pensaba yo. Ese punto está en medio de mi cuerpo entre el plexo y el ombligo (Artaud, 1946: 205)

El cuerpo es algo que debería causar pasmo. De hecho, deja pasmada a la ciencia clásica (Lacan, 1972-73: 133)

Hoy abundan los discursos sobre el cuerpo. Las ciencias humanas y sociales lo consideran el territorio donde se despliegan las principales tensiones identitarias del ser humano. Cuerpos marcados, controlados, pero también liberados y expuestos, cuerpos convertidos en bellos y preciados objetos de consumo. En medio de la diversidad de disciplinas que contribuyen a construir un saber sobre el cuerpo y de la pluralidad de abordajes posibles, vale la pena interrogarse por la especificidad de las representaciones del cuerpo en nuestra época. Numerosos autores coinciden en que la reflexión sobre las corporalidades contemporáneas no puede eludir un análisis de las determinaciones provocadas por los avances de las tecnociencias (Le Breton, 2013; Queval, 2008; Rose & Abi-Rached, 2013).

La ciencia omnipresente y sus magníficos instrumentos están cambiando radicalmente la forma como nos representamos el cuerpo. Dicho supuesto aunado al interés por explorar cómo ciertas prácticas corporales contemporáneas en el campo de biomedicina, configuran no solamente nuevas formas de concebir el cuerpo, sino que

transforman la forma como nos representamos la subjetividad, el psiquismo humano y la relación mente-cuerpo, se convirtió en uno de los principales motores de la investigación cuyos resultados se traducen en este libro.

Tratándose de una investigación inscrita en el campo disciplinar del psicoanálisis, y en particular del psicoanálisis lacaniano,¹ mi interés por estudiar las corporalidades contemporáneas cristaliza al menos dos inquietudes intelectuales que me acompañan desde hace algún tiempo. La primera, que denominaré una inquietud epistémica y de diálogo de saberes, es la necesidad cada vez más sentida de promover una interlocución provechosa y constructiva entre el psicoanálisis y otras disciplinas. Al iniciar el proceso investigativo y durante la elaboración del proceso de la revisión del estado del arte, resultó para mi sorprendente no hallar ninguna referencia a la teoría psicoanalítica en los trabajos de los cientistas sociales y filósofos que se han dedicado a estudiar las transformaciones del cuerpo, y su relación con cuestiones ontológicas e identitarias a través de la historia y en la contemporaneidad.

Al mismo tiempo, del lado de la producción intelectual que circula en varios medios especializados y en congresos donde participan psicoanalistas lacanianos contemporáneos, asistía una suerte de *boom* de trabajos sobre el cuerpo desde una perspectiva clínica principalmente, pero también a una serie de reflexiones originales sobre las características de nuestra época y las nuevas corporalidades que ella produce. Siendo testigo de la potencia del discurso psicoanalítico para interpretar el malestar en nuestras sociedades contemporáneas, decidí embarcarme en esta investigación reconociendo los importantes aportes de otras disciplinas, al mismo tiempo que acentuaba la pertinencia de la teoría psicoanalítica para leer y analizar, desde una perspectiva crítica, las prácticas corporales en nuestra época.

Es bien sabido que la invención del psicoanálisis por parte de Freud surgió como una respuesta frente al enigma de los cuerpos hablantes de las pacientes histéricas de la época victoriana. En sus *Estudios sobre*

1. Esta investigación se realizó en el marco de la tesis de Maestría en investigación en psicoanálisis (Master Recherche en Psychanalyse) en la Universidad de París VIII, Francia, bajo la dirección del profesor y psicoanalista Gérard Wajcman. Fue sustentada en septiembre de 2014.

la *histeria*, Freud (1896) narra los casos de algunas de sus pacientes a las que su cuerpo les hace sufrir; padecen, por ejemplo, de parálisis, dolores o anestias en algunas de sus extremidades. A través del examen clínico neurológico de rigor, el doctor Freud constata que en estos casos raros, desechados por la medicina de la época por considerarse simulaciones, el organismo no tiene relación directa con estos síntomas. El descubrimiento de que las parálisis histéricas no siguen un trayecto neurológico conduce a Freud, mediante un método basado en la palabra (propuesto por las mismas pacientes), a plantear la hipótesis de que el cuerpo de la histérica es un cuerpo afectado por el lenguaje y éste ignora la anatomía. Siguiendo esta consideración, se avanzará en la proposición de los conceptos fundamentales de la naciente disciplina del psicoanálisis.

En las primeras décadas del siglo XX, el concepto de pulsión, definido por Freud (2003 / 1915a) como «un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático» (p. 117) se convertirá en una de las nociones capitales a la hora de abordar la cuestión del síntoma y el cuerpo. La pulsión, cuya *fuerza* es siempre una zona del cuerpo, es diferente de la necesidad biológica y del instinto, en la medida que su *fuerza* no disminuye cuando se sacia la necesidad, es indiferente al *objeto* porque lo que le importa es la *meta* de la satisfacción que es alcanzada siempre, ya sea en el placer o en el displacer. A partir del acento que el psicoanálisis pone en la economía pulsional y en la incidencia del lenguaje sobre el cuerpo, se define el síntoma en sus dos vertientes: por un lado, es un mensaje que entraña una verdad coartada de la historia subjetiva y que es susceptible de ser descifrada; y por otro lado, el síntoma comporta una satisfacción paradójica que hace sufrir.

Retomando y reordenando los conceptos freudianos, la teorización psicoanalítica lacaniana, está atravesada de principio a fin, por una pregunta sobre el cuerpo. Lacan insiste aún más en el aspecto pulsional del cuerpo, definiendo al sujeto como un *hablanteser* (*parlêtre* en francés),² que ha perdido para siempre su programación instintiva.

2. Haciendo hincapié en el hecho de que el lenguaje, más allá del encadenamiento significativo propio a su dimensión simbólica, es también un aparato de goce, Lacan introduce el concepto de *parlêtre* sustituyendo el de *sujeto*, éste último definido como efecto puro del significante. Este neologismo lacaniano que condensa el encuentro traumático de *lalengua* (definida como aparato de goce) con el cuerpo (definido como

Tal como lo enuncia en su *Seminario XI*, ningún alimento podrá jamás satisfacer la pulsión oral, «este objeto no es sino la presencia de un agujero, de un vacío [...] susceptible de ser ocupado, nos dice Freud, por cualquier objeto» (1964, p.164). Delimitando con rigor el circuito pulsional, Lacan subraya la satisfacción paradójica sentida como displacer que comporta el síntoma y formula su concepto de goce. Podríamos decir que la originalidad de la teorización psicoanalítica del cuerpo es precisamente el énfasis que esta pone en el cuerpo como aquello «que se goza»; al mismo tiempo que se considera el lenguaje como un «aparato de goce», un aparato que produce efectos de goce en el cuerpo (Laurent, 2013; Miller, 2014).

En su *Seminario XX, Aún*, Lacan (1972-73) introduce una definición del cuerpo intrínsecamente vinculada al goce: «¿No es esto lo que supone propiamente la experiencia psicoanalítica?: La sustancia del cuerpo, a condición de que se defina sólo por lo que se goza [...] no sabemos qué es estar vivo a no ser por esto, que un cuerpo es algo que se goza» (p. 32). El goce que anima al cuerpo no tiene nada de natural, al contrario, éste desnaturaliza el cuerpo y vuelve inarmónica su relación con el mundo y con el entorno humano. La relación problemática del sujeto con el cuerpo proviene del hecho de que el goce está ligado a una verdad que perturba la armonía y la «buena forma» del cuerpo, amenazando su estabilidad (Lacan, 1975).

Desde la perspectiva psicoanalítica, el cuerpo no es un dato previo ni una evidencia primaria, mucho menos un conjunto de órganos; el cuerpo no es equivalente al organismo. Tampoco es el asiento del ser ni el complemento del alma. El ser hablante *no* es un cuerpo, sino que *tiene* un cuerpo, y esto plantea un problema: el hombre se embrolla con su cuerpo (Lacan, 1975). La histeria, así como la transexualidad y la homosexualidad, son ejemplos vivos de que el cuerpo y el inconsciente no están en armonía. Para el psicoanálisis, el cuerpo permanece enigmático a la vez que ejerce un efecto unificador, de completud y fascinación.

Los desarrollos conceptuales de Lacan sobre el cuerpo resultan ser particularmente pertinentes no sólo para la aproximación clínica de

.....
sustancia gozante), actualiza la noción de inconsciente (definido como real) y aquella del síntoma o –sinthome– como acontecimiento del cuerpo (Miller, 2003). En el cuarto capítulo de este libro se definen los conceptos aquí mencionados.

los llamados síntomas contemporáneos, sino también para reflexionar críticamente sobre las corporalidades de nuestra época, fuertemente marcadas por los asombrosos avances de las tecnociencias. En la actualidad, nuevas formas sintomáticas muestran una relación con el cuerpo que se distingue radicalmente de los enigmas que enfrentó Freud, que lo condujeron a proponer una ligazón particular entre el síntoma, la pulsión y el lenguaje. Un vínculo que aseguraba la eficacia de la interpretación, en la medida que las palabras tenían el poder de reorientar las vías de la pulsión en los cuerpos.

Hoy asistimos a una «crisis de las normas y una agitación en lo real» (Laurent: 2013a, p. 24) la cual hace que los cuerpos estén librados a sí mismo. Por un lado, las normas no logran aprehender los cuerpos en los estándares y los protocolos impuestos por el discurso de la ciencia, y por otro lado, la promoción del goce como consecuencia del «ascenso del *objeto a* al cenit de la civilización» (Lacan, 1970) somete los cuerpos a una especie de ley de hierro, cuyos efectos para el sujeto todavía resta analizar.³ Nos las vemos por un lado con cuerpos que no tienen ninguna mediación simbólica, y por otro, nos enfrentamos a las consecuencias de la captura de los cuerpos por parte de las biotecnologías: los cuerpos genéticamente modificados, operados, convertidos, recortados, rearmados, examinados.

3. En este párrafo se condensa la tesis lacaniana contemporánea con respecto a las coordenadas de nuestra época y sus incidencias sobre las corporalidades y síntomas contemporáneos. Lacan propuso la fórmula del «ascenso del objeto a al cenit de la civilización» para referirse a una época que coincide con el declive del orden patriarcal, la caída de los ideales y grandes narrativas ideológicas que ordenaban el mundo. Es una manera de expresar la importancia del goce vinculado a los objetos de consumo y a las satisfacciones inmediatas, que a los grandes ideales que orientaban a los sujetos. De allí se deriva la idea de que los cuerpos están «librados a sí mismos», no tienen un único referente que los oriente hacia un proyecto futuro; las normas nunca son suficientes para atajar este nuevo desorden del mundo. Por este motivo no cesamos de inventarnos nuevas normas, comités de ética, protocolos de evaluación que buscan de alguna manera frenar ese «real sin ley» que habita el registro humano; es decir, hay un imposible de simbolizar en el seno mismo del orden simbólico. De esto dan cuenta los síntomas contemporáneos, que se manifiestan como excesos, tales como las nuevas formas de violencia, la multiplicación e intensificación de las adicciones, y la extensión de los fenómenos psicósomáticos.

Una segunda inquietud que constituye un importante motor de este trabajo, es principalmente una inquietud de orden ético y político. Al aproximarnos en la actualidad a ciertas prácticas biomédicas constatamos una fuerte tendencia a la expulsión de la subjetividad y al silenciamiento de los síntomas; éstos últimos entendidos no como trastornos o déficits sino como respuestas que los sujetos inventan frente a lo insoportable de su existencia. Acallar a los sujetos, su capacidad de inventar, crear y proponer formas singulares de arreglárselas con lo que Freud llamó el malestar en la cultura; sustituyéndolos por modelos estandarizados, protocolos de evaluación, el relevo del juicio clínico por una imagen diagnóstica. Lo anterior genera interrogantes profundos sobre la libertad, la autonomía y la responsabilidad subjetiva.

Los hallazgos de esta investigación dan cuenta de la transformación profunda que se está llevando a cabo en la forma cómo entendemos la salud, la enfermedad, el malestar psíquico, el diagnóstico, la relación mente-cuerpo, a partir de ciertas prácticas biomédicas que promueven la excesiva tecnificación, objetivación, medición y control de las expresiones humanas. Frente a este movimiento tecnocientífico y sus derivas científicas, que aparece como hegemónico en nuestra época, asumo a lo largo de este trabajo investigativo una postura política donde reivindico la praxis del psicoanálisis como uno de los pocos lugares donde la escucha y la palabra del sujeto, en su dimensión más singular, tienen un papel primordial.

En relación con lo anterior, la lectura psicoanalítica lacaniana del discurso científico contemporáneo contribuye a la construcción de una línea de pensamiento crítico en torno a ciertas apropiaciones proféticas de la tecnociencia o al uso extendido de ciertas tecnologías en el campo de la salud, las cuales avanzan sin preguntarse por las consecuencias que podrían tener sobre el lazo social y la subjetividad. Cuando Lacan afirma que la verdadera ciencia es la ciencia-ficción porque ésta «articula cosas que van mucho más lejos que aquello que la ciencia soporta enunciar: la ciencia-ficción es el misterio del ser hablante» (1978, p. 9); nos da a entender así que dialogando con los significantes de la ciencia, ésta logra integrar aquello que la ciencia justamente excluye: el sujeto del inconsciente. Con los planteamientos

desarrollados de Lacan (1970) podemos ver en los discursos y prácticas descritas en este libro, cómo la investigación científica es dinamizada por utopías escatológicas que contribuyen, de una manera eficaz, al fortalecimiento de la ciencia como una poderosa ideología de supresión de la subjetividad.

Este libro se divide en cinco capítulos. El primero tiene como propósito situar las coordenadas del discurso científico en nuestra época teniendo como principal referente teórico el psicoanálisis lacaniano (Lacan, 1966 / 1969 / 1970 / 1972 / 1974; Bassols, 2013; Laurent, 2013a; Miller, 2014; Skriabine, 2011). En la primera parte del capítulo se hace una aproximación al debate en torno a la relación del psicoanálisis con la ciencia, poniendo en relieve la noción de «sujeto» en la ciencia moderna, y los puntos de divergencia y convergencia con el sujeto del psicoanálisis. En un segundo momento, se examina la noción de lo «real» en el psicoanálisis, y sus diferencias con lo real en la ciencia. A partir de la tercera parte se introduce el análisis crítico que se hace desde el psicoanálisis lacaniano sobre las características de la ciencia en la contemporaneidad. Se aborda la producción ilimitada de objetos técnicos de consumo o *gadgets* como uno de los rasgos principales de las tecnociencias, producto de su alianza con el discurso capitalista. Se circunscriben las diferencias entre la ciencia, el cientificismo y la tecnociencia, y se identifican algunos ejemplos de «las derivas científicas» presentes en ciertas prácticas investigativas de hoy.

El segundo capítulo presenta lo que he nombrado como los efectos de la apropiación del cuerpo por parte de los proyectos tecnocientífico. Inicio con un recorrido descriptivo de algunos de los campos más importantes de desarrollo tecnocientífico como son la biomedicina y la biotecnología. A continuación describo y analizo las principales configuraciones del cuerpo en nuestra época, en la medida que es tomado como objeto de transformación de las tecnociencias en sus proyectos futuristas. Estudio en primer lugar la figura del *cuerpo desmaterializado*, o la desaparición del cuerpo en el campo de la Inteligencia Artificial, basándome en el proyecto transhumanista y la utopía científica del *cyborg*. La segunda representación del cuerpo identificada es la que denomino el *cuerpo fragmentado y transparente* que aparece con las novedosas tecnologías biomédicas:

la trasplantología y las nuevas tecnologías de imagenología médica. Concluyo el capítulo analizando el surgimiento de una versión tecnocientífica del *monismo mente-cuerpo*, facilitada por el uso actual de las técnicas de imagenología médica aplicada al campo de las neurociencias. A lo largo de este capítulo las principales fuentes citadas son Queval (2008), Le Breton (2013), Moulin (2006), entre otros para los aspectos históricos y sociológicos; acudí a Guibert (2013) y a Dumit (2004) en lo que respecta a las fuentes secundarias utilizadas para analizar las prácticas corporales y tecnocientíficas elegidas; y en lo que atañe a las referencias psicoanalíticas, además de los autores clásicos, me basé en Wajcman (2011), Bassols (2014b), La Sagna (2013), Laurent (2013a) y Pérez (2012).

El tercer capítulo del libro contiene la parte empírica más importante de la investigación: el análisis de dos estudios de caso. El primero se basa en el uso actual de las Tomografías por Emisión de Positrones (TEP) en las investigaciones en neurociencias. Me basé en la etnografía desarrollada por el antropólogo americano Joseph Dumit (2004) como fuente secundaria, realizando un análisis de ciertas entrevistas y documentos publicados por este autor. El segundo caso se basa en el uso de las ecografías fetales 3D/4D observado a través de una etnografía realizada en un centro médico especializado en la ciudad de Cali, Colombia. El análisis de la información recogida, tanto en fuentes primarias como en secundarias, se hace a la luz de la teorización psicoanalítica del cuerpo (Lacan, 1949 / 1962-63 / 1964 / 1975-76; Miller, 2003; Brousse, 2012), la crítica formulada a las derivas cientificistas por los autores lacanianos (Bassols, 2011; Laurent, 2013a), así como del concepto de mirada como objeto pulsional (Lacan, 1962 / 63; Wajcman, 2011).

El cuarto capítulo condensa la dimensión política de este trabajo investigativo. Reconociendo de antemano que el psicoanálisis no es el único discurso contra-hegemónico y crítico frente a la dominancia de las tecnociencias y su fuerte determinismo en las representaciones contemporáneas del cuerpo, se sitúan aquí lo que he denominado tres «puntos de resistencia y lugares de batalla»: la vigencia de la noción de biopolítica como un concepto en ciencias sociales con gran potencia crítica, basándome principalmente en

las investigaciones de Rose (2006); el psicoanálisis en su vertiente de acción política, en particular los debates y acciones en torno a lo que se ha denominado «acción lacaniana» (Miller, 2003b); y el arte contemporáneo, a través del trabajo de algunos artistas que se han interesado por el destino del cuerpo en relación con las tecnociencias, convirtiéndose en un discurso crítico capaz de desenmascarar las nuevas servidumbres de la época.

En las conclusiones, retomo algunas de las reflexiones e hipótesis que recorren este trabajo sobre las representaciones del cuerpo en una época signada por grandes avances técnicos en la los instrumentos de visualización de la medicina tienen un lugar preponderante. Resalto igualmente la necesidad de sostener lugares críticos y de resistencia frente a la tendencia tecnocientífica universalizante que amenaza con suprimir la subjetividad de las prácticas actuales en salud y salud mental.

Capítulo 1

Reflexiones sobre el discurso científico contemporáneo

La relación entre lo corporal y lo anímico es de acción recíproca; pero en el pasado el otro costado de esta relación, la acción de lo anímico sobre el cuerpo, halló poco favor a los ojos de los médicos. Parecieron temer que si concedían cierta autonomía a la vida anímica, dejarían de pisar el seguro terreno de la ciencia (Freud, 1890: 116)

El problema no es el de saber si estamos a favor o en contra de la técnica, sino el de decidir si, en relación con la técnica, nos mantenemos de pie o flaqueamos (Sollers, 2003: 3)

La construcción de un saber sobre el cuerpo en la actualidad no puede esquivar la reflexión acerca de los avances científicos y sus efectos sobre los discursos y prácticas corporales. El cuerpo es hoy objeto de una producción inédita; su especificidad podría situarse en el cruce de un materialismo biológico creciente y de una ficción tecnocientífica (Queval, 2008; Peteiro, 2015). Los dispositivos biomédicos, derivados de los vertiginosos avances técnicos en el campo de la biología molecular, constituyen una cristalización del biopoder, al que se refirió Foucault en 1976, para «designar lo que hace entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos y convierte al poder-saber en un agente de transformación de la vida humana» (p. 173).

Interrogarse por el devenir del cuerpo en nuestra época implica necesariamente reconocer una paradoja que podemos constatar empíricamente. Del lado de las prácticas sociales e institucionales en el ámbito de la salud, encontramos toda una serie de prácticas que apuntan a enmarcar los cuerpos en un régimen de normalización y de

previsión rígido, particularmente a través de las técnicas biomédicas que no cesan de multiplicarse. En el campo de la clínica psicoanalítica asistimos a nuevas formas sintomáticas que atañen al cuerpo y que se manifiestan de una manera cada vez más desregulada, por fuera de todo lazo simbólico, dando cuenta de un real irreductible que no obedece a los intentos de normalización del discurso científico contemporáneo (Laurent, 2013a; Bassols, 2013).

Si partimos del supuesto psicoanalítico de que la relación del sujeto hablante con su cuerpo es problemática (Horne, 2015; Miller, 2014; Barton, 2015) parece necesario interrogarse por el devenir del cuerpo en el mundo contemporáneo; un mundo marcado por la fuerte incidencia del discurso de la ciencia aliado con los avances tecnológicos y la lógica del libre mercado. El lugar dominante de la técnica asociado cada vez más a una fuerte pregnancia de las imágenes, así como al ascenso del paradigma de la evaluación, pueden considerarse características del simbólico en el siglo XXI; momento en el que asistimos a una transformación radical y acelerada de la relación sujeto-psique-cuerpo, evidenciando una fuerte tendencia hacia la supresión de la subjetividad y la vigilancia de los cuerpos (Wajcman, 2011; Leguil, 2015).

Antes de abordar las representaciones contemporáneas del cuerpo mediante el análisis de ciertas prácticas en el campo de la ciencia biomédica, se hace necesario introducir en este primer capítulo una reflexión sobre el discurso científico en nuestra época; con el propósito de circunscribir las diferencias entre la ciencia, la tecnociencia y el cientificismo, situar algunos puntos de divergencia con el discurso psicoanalítico, así como señalar los vínculos entre el discurso de la ciencia con el discurso capitalista.

Psicoanálisis y ciencia: una relación que no cesa de no escribirse⁴

Desde la invención freudiana a finales del siglo XIX, el debate entre ciencia y psicoanálisis, en particular orientado por la pregunta acerca de la cientificidad del segundo, jamás ha cesado. Digno heredero del Siglo de las Luces y formado en la escuela positivista de Hemholtz,⁵ Freud sostuvo siempre argumentos sólidos a favor de la necesidad de inscribir el psicoanálisis en el discurso científico. Si bien a partir del encuentro con el enigma de la histeria, su trabajo estuvo principalmente orientado por la singularidad del síntoma; Freud nunca renunció a referirse al psicoanálisis como una «nueva ciencia», y a debatir con los presupuestos objetivistas de la ciencia positivista. Resulta relevante en este punto citar textualmente el párrafo introductorio de uno de sus principales trabajos de metapsicología, que a mi modo de ver, constituye una disertación epistemológica que condensa la posición freudiana:

Muchas veces hemos oído sostener el reclamo de que una ciencia debe construirse sobre conceptos básicos claros y definidos con

4. La expresión «no cesa de no escribirse» es tomada textualmente de Lacan, quien la utiliza para referirse a la imposibilidad de escribir la relación sexual. Lacan propuso por primera vez su célebre y controvertida fórmula en 1970: «No hay relación sexual». Con ella no se refiere a la que la gente no tenga sexo, sino a la cuestión de la relación entre la posición sexual masculina y la posición sexual femenina. La fórmula condensa algunos puntos del enfoque lacaniano sobre la sexualidad, que él denomina «sexuación». Uno de estos puntos se refiere a que no existe reciprocidad o simetría entre las posiciones masculina y femenina porque el orden simbólico es fundamentalmente asimétrico; no hay ningún significante de la mujer que corresponda simétricamente al modo en que se simboliza el sexo masculino. Un solo significante, el falo, gobierna la relación entre los sexos. Cuando Lacan enuncia en el *Seminario XX* «la relación sexual no puede escribirse» se refiere a que no hay ningún significante que pueda nombrar la asimetría entre los sexos.

5. Hermann Helmholtz (1821-1894) fue el fundador de una escuela basada en la aplicación de un determinismo riguroso a la biología, lo que permitió el magnífico progreso de la psicofisiología en los países germánicos durante la segunda mitad del siglo XIX. Helmholtz y sus tres colegas, Reymond, Ludwig y Brücke, este último representante del Grupo de Viena y maestro de Freud, estaban unidos por la amistad y animados por un espíritu de cruzada, lo que sin duda proporcionó a Freud un modelo de acción que le permitió desarrollar y legitimar el psicoanálisis (Jones, 1984).

precisión. En realidad, ninguna, ni aun la más exacta, empieza con tales definiciones. El comienzo correcto de la actividad científica consiste más bien en describir fenómenos que luego son agrupados, ordenados e insertados en conexiones. Ya para la descripción misma es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva. Y más insoslayables todavía son esas ideas –los posteriores conceptos básicos de la ciencia– en el ulterior tratamiento del material. Al principio deben comportar cierto grado de indeterminación; no puede pensarse en ceñir con claridad su contenido. Mientras se encuentran en ese estado, tenemos que ponernos de acuerdo acerca de su significado por la remisión repetida al material empírico del que parecen extraídas, pero que, en realidad, les es sometido (Freud, 2003 / 1915a, p. 113).

La anotación freudiana no sólo problematiza la relación entre experiencia y elaboración conceptual, siendo esta última social e históricamente situada, consensuada y por ende subjetiva, sino que comienza a hacer explícita la paradoja inevitable e irresoluble con la que se enfrenta el psicoanálisis al constituirse como una «ciencia del sujeto» (Lacan, 2002 / 1966).

A pesar de los intentos de Freud por defender el estatuto científico de su invención e incluso de incluirla en las ciencias naturales, el mundo de la ciencia rara vez le ha otorgado al psicoanálisis las debidas credenciales. Es bien conocida la crítica de Karl Popper sobre la relación entre el psicoanálisis y la verdad. Su objeción principal es que las hipótesis psicoanalíticas no pueden ser falseables porque se basan en un método interpretativo, donde el psicoanalista siempre termina teniendo la razón. Con base en este argumento, el psicoanálisis ha sido tildado de pseudo-ciencia.

Más allá de la profunda crítica popperiana, que parte de una concepción lógica de la ciencia no muy bien acogida en el ámbito científico contemporáneo, el debate entre el psicoanálisis y la ciencia tiene hoy nuevos matices. Aunque sigue siendo pertinente servirse de los criterios epistemológicos para definir en qué medida el psicoanálisis

es o no una ciencia,⁶ en este capítulo hago énfasis en otro aspecto del debate: ¿Qué claves de interpretación nos proporciona el psicoanálisis, en particular el psicoanálisis lacaniano, sobre el lugar del discurso de la ciencia en la contemporaneidad?

Esta pregunta se basa en dos supuestos: por un lado, la ciencia es hoy principalmente tecnociencia y ese movimiento se ha redefinido a partir de su relación con el sujeto liberal del discurso capitalista (Miller, 2000); por otro lado, el psicoanálisis, particularmente en su vertiente lacaniana, ha mantenido su fortaleza como experiencia clínica, al mismo tiempo que ha sabido legitimar su saber en el marco de las teorías críticas de la cultura dejando atrás su ansiedad por ser incluida en el ámbito de las ciencias naturales. La relación entre psicoanálisis y ciencia se aborda entonces reconociendo estas nuevas coordenadas y exponiendo argumentos, con base en los aportes de Jacques Lacan así como de otros psicoanalistas lacanianos contemporáneos, en torno a las siguientes tesis:

- Si la ciencia y el psicoanálisis se articulan es sólo en el sentido de que la ciencia moderna es la condición de emergencia necesaria para el psicoanálisis.
- Si bien el «sujeto de la ciencia» es la condición de emergencia del «sujeto del psicoanálisis» (Lacan, 2002 / 1966), la ciencia es también «una ideología de supresión del sujeto» (Lacan, 2012 / 1970).
- Pensar en una síntesis posible entre psicoanálisis y ciencia equivale a negar «lo real sin ley» que en la ciencia retorna como síntoma, ya sea bajo la forma de «la angustia del científico» (Lacan, 1988 / 1974), del recrudescimiento del cientificismo, o de la expansión de la ideología de la evaluación.

6. Este ejercicio ha sido desarrollado por autores reconocidos como Ramírez (2005) y Braunstein, Pasternac, Benedito y Saal (2003), entre otros. En su libro *Clio y Psiqué*, Ramírez (2005) hace un recorrido por la influencia de los principales paradigmas epistemológicos –empirismo, racionalismo, positivismo– en el desarrollo del psicoanálisis. Finalmente argumentar a favor del paradigma indiciario, en la medida en que tiene en cuenta lo singular, lo irreplicable, el caso por caso, los indicios y detalles que constituyen la experiencia subjetiva.

El sujeto de la ciencia y el sujeto del psicoanálisis

En su escrito *La ciencia y la verdad*, Lacan (2002 / 1966) explora las relaciones entre ciencia y psicoanálisis, situando en primer lugar lo que se ha bautizado como «ciencia» en la época moderna. Para ello se basa en los desarrollos del filósofo Alexandre Koyré y su concepción discontinuista de la historia de las ciencias: la modalidad del saber que surge en el siglo XVII con la física de Galileo no se inscribe en la continuidad de los saberes que la precedieron. La física que surge entonces no es la prolongación de aquella desarrollada en el Renacimiento o en la Edad Media; la astronomía moderna no es la continuación de la astronomía asiria, india o china. Hay una ruptura epistemológica entre las ciencias antiguas y las ciencias nuevas, la cual inaugura un nuevo régimen de saber. Este nuevo saber es lo que Lacan (2002 / 1966) llamará, siguiendo a Koyré (citado por Lacan 2002 / 1966), *la ciencia moderna*, distinguiéndola del *épistémè* antiguo. Las ciencias diversas de la época moderna no son producto del desarrollo de las más antiguas, sino que se desprenden de un discurso que Lacan (2002 / 1966) denomina *el discurso de la ciencia*.

Koyré (1955, citado por Lacan 2002 / 1966) describe la ciencia moderna como aquella que no resulta del progreso de la observación o de la empiria; por el contrario, ella resulta de la predominancia de la razón sobre la experiencia. Esto implica que se pone en suspenso la realidad empírica para superponerle modelos ideo-matemáticos. El verdadero método experimental hace su aparición. En él, el lenguaje matemático formula preguntas a la naturaleza e interpreta con el mismo lenguaje las respuestas de esta. De ahí la invención de instrumentos de medida, por ejemplo el termómetro, que utiliza la propiedad de dilatación de los cuerpos físicos por su reacción al calor para establecer una escala de variaciones numéricas.

Es sobre este modelo instrumental matemático que se fundamenta todo experimento considerado científico en el sentido moderno. Lacan (2002 / 1966) subraya que la ciencia moderna se caracteriza, principalmente, por una aceleración creciente en su desarrollo, así como de la técnica que le es indisociable, argumen-

tando a favor de la tesis discontinuista de Koyré (citado por Lacan 2002 / 1966), que hace de la ciencia a la vez causa y efecto de una mutación radical en la civilización.

En este contexto, la originalidad de la tesis de Lacan (2002 / 1966) es considerar que la mutación discursiva que da lugar a la ciencia moderna se vincula con la emergencia de una posición subjetiva históricamente definida. Una nueva forma de subjetividad que denomina «sujeto de la ciencia».

Pero pudo observarse que tomé como hilo conductor el año pasado cierto momento del sujeto que considero como un correlato esencial de la ciencia: un momento históricamente definido del que tal vez nos queda por saber si es estrictamente repetible en la experiencia, aquel que Descartes inaugura y que se llama el cogito (Lacan, 2002 / 1966, p. 835).

Este sujeto nuevo es aquel que aparece como resto ineliminable de la prueba de la duda radical cartesiana. El sujeto cartesiano se funda, en un primer momento, a partir del rechazo de todo saber. En búsqueda de una certeza, este sujeto comienza a dudar de todos los saberes previos, los prejuicios, haciendo *tabula rasa* de todos los saberes establecidos. En un segundo momento, la reflexión cartesiana, con el *cogito ergo sum*, introduce el pensamiento como el soporte de todas las ideas. Esta operación del *cogito*, que establece una separación radical entre el sujeto y el saber, es tomada por Lacan (2002 / 1966) para proponer una forma nueva de concebir al sujeto, una operación ligada al saber.

El sujeto del *cogito* que nada tiene de subjetivo, un sujeto sin representación subjetiva, un puro operador, puntual, evanescente, vacío, que se manifiesta de forma desnuda; una suerte de base virgen sobre la que se inscribe un saber nuevo. Entonces, de un lado, tenemos un sujeto completamente vaciado y, del otro, un nuevo régimen de saber, también desprovisto de toda subjetividad. Es así como todos los saberes que se desarrollan a partir de la ciencia moderna, tienen un vínculo con un sujeto universal, un sujeto correlativo a un régimen de saber igualmente ligado a un universal (Skriabine, 2011).

Este sujeto vacío que aparece inicialmente con Descartes, da nacimiento a una nueva forma de posición subjetiva, que implica no

permitir la entrada de la subjetividad en el saber que se produce. He aquí la paradoja: la ciencia supone un sujeto pero, al mismo tiempo, lo rechaza. Lacan (2002 / 1966) identifica esta relación antinómica cuando escribe en 1966: «la posición científica está ya implicada en lo más íntimo del descubrimiento psicoanalítico» (p. 224), subraya que en psicoanálisis el «sujeto en cuestión sigue siendo el correlato de la ciencia» (Lacan, 2002 / 1966, p. 840). Años más tarde, anota que «la ciencia es una ideología de la supresión del sujeto» (Lacan, 2012 / 1970, p. 460). ¿Cómo entender esta paradoja?

Con Freud (2004 / 1920) surge una nueva perspectiva que revoluciona la concepción de subjetividad, esta demuestra que el sujeto no se confunde con el individuo. Las producciones del sujeto, tal como Freud (2002 / 1901) las sistematiza—los lapsus, los actos fallidos, los olvidos—no son situadas en el mismo plano que las funciones cognitivas o adaptativas del individuo biológico. El sujeto del psicoanálisis es, de alguna manera, *ex-céntrico* frente al individuo, no es un individuo que se adapta al medio ambiente, sino más bien un sujeto habitado por una verdad que Freud llama libido.⁷

Si bien el sujeto de la experiencia psicoanalítica, el-sujeto-que-habla o *hablanteser*, en términos de Lacan, no es el individuo biológico del que se ocupa la ciencia, el sujeto freudiano sí tiene un vínculo con la ciencia. Es el mismo sujeto que está en el principio de la producción científica, pero es también *persona non grata* en el seno de este saber. Es, por decirlo de alguna manera, un sujeto huérfano de saber científico, rechazado por la ciencia, extraviado de un saber tradicional que respondería al enigma de su existencia y su sexualidad.

Este sujeto vaciado del saber previo es aquel que se dirige al lugar del analista, en busca de un *sujeto-supuesto-saber*, que le proporcione respuestas sobre su ser. El dispositivo psicoanalítico es, por lo tanto, impensable sin la emergencia del sujeto cartesiano; la práctica analítica y el descubrimiento del inconsciente pulsional no habrían sido posibles antes del nacimiento de la ciencia moderna. Sin la propuesta de Descartes, quien consideraba que la posición científica se obtenía a partir de la

7. En un artículo de mi autoría, titulado *El sujeto del psicoanálisis: Más allá de la dicotomía individuo-sociedad*, desarrollo en mayor profundidad estas ideas (Castro, 2014).

evacuación de toda creencia previa, para dejar lugar a la verificación y demostración, no habría existido un Freud que, con su espíritu científico, inventara un método en el que el sujeto habla libremente a partir del supuesto de que una ley estructura el lenguaje. Ciertamente, el sujeto de la ciencia es la condición de existencia del discurso psicoanalítico, y allí donde esta forma subjetiva no se manifiesta, la práctica analítica se vuelve imposible. Por ejemplo, en ciertas culturas donde los sujetos se acoplan a los saberes tradicionales, sean religiosos o culturales.⁸

Si bien podemos afirmar sin vacilar que el psicoanálisis es hijo de la ciencia, claramente no podemos definirlo como una ciencia propiamente dicha. El psicoanálisis se distingue radicalmente de la ciencia precisamente en lo que concierne al sujeto, ya que se ocupa del sujeto que la ciencia rechaza. Cuando Lacan (2003 / 1959-60) se refiere a la «forclusión» o a la «supresión» de la subjetividad operada por la ciencia, lo vincula también al automatismo propio del lenguaje científico:

El hombre aprendió en un momento a lanzar y a hacer circular, en lo real y en el mundo, el discurso de las matemáticas [...] Basta con que una pequeña cadena significante comience a funcionar con base a este principio para que las cosas continúen cual si funcionasen por sí solas, al punto que debemos preguntarnos sin el discurso de la física, engendrado por la omnipotencia del significante, confinará con la integración de la Naturaleza o su desintegración (p. 284).

Lo anterior para decir que el sujeto de la ciencia es fundamentalmente irresponsable del saber que produce, en la medida en que el sujeto está, por definición, dissociado de dicho saber. Una vez lanzado, el significante de la ciencia trabaja solo, la ciencia avanza sin reflexividad. No hay sujeto ni amo que puedan frenar este discurso que marcha siempre hacia adelante, tal como lo hace el empuje de la pulsión, como una suerte de vector que no cesa de buscar su satisfacción.

Contrariamente, el psicoanálisis se dirige a un sujeto responsable (Lacan, 2002 / 1966); un sujeto que es llamado a hacerse cargo de sus propios dichos, así como de su posición subjetiva y de sus modos de

8. Lacan evoca en varias ocasiones la imposibilidad del despliegue del discurso analítico con el sujeto católico, o el sujeto de la cultura japonesa.

gozar. Si bien ambos discursos parten de la misma noción de sujeto vaciado de saberes, la posición del sujeto en psicoanálisis difiere de la posición del sujeto en el discurso de la ciencia. En el segundo, el sujeto debe ante todo callar para evitar infectar con su subjetividad el saber que produce, ya que deviene el representante del error, de la contaminación y de la discontinuidad en los datos. Mientras que en psicoanálisis, el sujeto tiene libertad de hablar, hablar de todo lo que se le venga a la mente porque cualquier significativo, por más banal que parezca, puede conducir a lo más singular de cada uno.

Desde el punto de vista del psicoanálisis, con Lacan, aquello que obstaculizaría los avances científicos son los efectos sobre la subjetividad. Es el «efecto sujeto» que pone un límite a la aceleración del saber científico puesto en marcha. Y es precisamente a causa de esto que no cesamos de crear comités de ética, cuya función es reflexionar sobre las consecuencias humanas de los avances científicos, a condición de que nunca se altere la lógica interna del funcionamiento de la ciencia.

El discurso de la ciencia no se ocupa de las consecuencias que la ciencia tiene sobre el sujeto, ni sobre los seres vivos. Escapando del discurso del amo de antaño que pretendía dominarla, la ciencia produce un mundo que no está hecho para el hombre, y que de vez en cuando revela su cara catastrófica. Así lo afirma la filósofa Hannah Arendt, «el progreso y la catástrofe son el anverso y el reverso de una misma moneda» (1968, citada por Sarthou-Lajus, 2009, p. 206). En efecto, enunciar que la ciencia no está pensada para el ser humano, resuena con la frase de Heidegger, cuando afirmaba: «la ciencia no piensa». Para el filósofo alemán, esta afirmación no es una objeción a la ciencia, sino una constatación de su estructura interna: el pensamiento por fuera de sus límites, no es objeto de su consideración (Heidegger, 1951-52, citado por Queval, 2008).

«Lo real» en la ciencia y en el psicoanálisis

El sintagma lacaniano «sujeto de la ciencia» surge como correlato de la suposición de «un saber en lo real». Es necesario entonces interrogarse por la relación entre el saber científico y «lo real», así como por la

diferencia entre éste y «lo real» en psicoanálisis. La ciencia se sostiene por la creencia de que «hay un saber en lo real» (Lacan, 2012 / 1973a, p. 328), es decir, que habría significantes en lo real frente a los cuales el saber científico respondería.

La ciencia se ocupa entonces de encontrar el saber en lo real y de operar sobre él. La afirmación lacaniana sobre el real de la ciencia hace eco a la declaración de Galileo, a propósito de la naturaleza, en tanto estaría escrita en lenguaje matemático. Partiendo de la proposición que existe un saber en lo real, la ciencia apunta a recubrir todo real con el saber, buscando constituir una coherencia interna en su sistema explicativo. Es justamente con el número que la ciencia accede a lo real, explica los fenómenos naturales, cuantificándolos, midiéndolos con cifras. Esta es entonces la condición para encontrar el saber en lo real. El discurso científico moderno pretende, tal como lo enuncia Bassols (2014a), medir todo lo que es medible, y volver medible todo lo que no lo es. El proyecto científico moderno se fundamenta en el principio que todo lo real puede reducirse a lo simbólico.

En su conferencia titulada *El triunfo de la religión*, Lacan (2005 / 1974) afirma «lo real *real*, el verdadero real es ese al que podemos acceder por un camino completamente preciso que es el camino científico, el camino de las pequeñas ecuaciones» (p. 92). Lo real, en tanto fuera del sentido, sólo es accesible a través de los significantes a-semánticos, es decir, «los números, que son de lo real aunque cifrado» (Lacan, 2012 p.580). Es precisamente por esta condición que los números tienen el poder de incidir en la naturaleza.

¿Qué es entonces lo real en psicoanálisis? ¿En qué se diferencia del real de la ciencia? Si no nos sometemos al fantasma de la ciencia, que pretende reducir la totalidad de lo real a lo simbólico, lo real puede definirse en negativo: «lo real es sin ley», lo real escapa al saber, no es posible someter *todo* a las leyes matemáticas deterministas (Lacan, 2012). Ya en la época estructuralista de su enseñanza, Lacan repara que el proceso de simbolización no tiene únicamente un efecto de estructuración, de puesta en orden de lo real, sino también un efecto de desorden, de desestructuración, particularmente en lo concerniente a las relaciones sexuales entre los seres hablantes.

Existe algo en lo que respecta a la relación sexual que resiste a la formulación de un patrón regular o típico de comportamiento entre los partenaires. El factor simbólico que permite al sujeto la asunción de su posición sexuada resulta ser, al mismo tiempo, aquello que interrumpe su acceso natural al otro sexo, a la supuesta armonía preestablecida entre los sexos; de la cual no cesamos de constatar más bien su «perpetuo fracaso» (Lacan, 2004). En el mismo momento que formaliza la traducción en términos lingüísticos del complejo de Edipo, Lacan señala la existencia de una falla específica en la sexualidad humana, que sería efecto del lenguaje.

Una cierta noción de «lo real como imposible» comienza entonces a perfilarse, que no es el resultado de una demostración, sino que se infiere a partir de ciertos fenómenos, eventos y arreglos que sobrevienen sin poder ser reconducidos a una ley o a un modelo matemático. En lo concerniente a la sexualidad, únicamente constatamos encuentros, prácticas, estilos de vida más o menos aproximativos, personales, más o menos cojos, además bastante diversos. Tenemos que vérnoslas con lo real de una fórmula imposible de algo que, sin embargo, ocurre; nos enfrentamos a un imposible que se demuestra de una forma extraña, a través de la contingencia ineliminable de los fenómenos relacionales que indudablemente se producen.

El real del que da cuenta el psicoanálisis es «el único real que no puede inscribirse» (Lacan, 2012 / 1973b, p. 580) en lo simbólico, particularmente, la imposibilidad de escribir una fórmula de la relación sexual. Se trata de un real que no está escrito, y que sin embargo no cesa de no escribirse, un real donde no existe saber. En otras palabras, lo describe Miller (2005) cuando enuncia que los planetas saben a qué distancia deben gravitar en relación con los otros cuerpos celestes, mientras que los seres hablantes no saben cómo tienen que comportarse en el campo de la gravitación sexual. En su última enseñanza, Lacan se apoya en la topología, para sustentar la tesis de que «hay un agujero en el saber incluido en lo real» (Bassols, 2011b, p. 88), proponiendo consecuentemente la pregunta en torno al estatuto del inconsciente frente a un real sin ley y fuera de sentido. Si el científico aloja un saber en lo real,

«el analista aloja otro saber, en otro lugar, pero que debe tener en cuenta del saber en lo real» (Lacan, 2012, p. 328).

La ciencia es entonces una práctica simbólica cuyo proyecto es dar cuenta de lo real, cuantificándolo, matematizándolo. Siendo un discurso que corresponde a un saber en lo real, la ciencia se edifica bajo la pretensión de reducir todo lo real a lo simbólico, omitiendo de antemano que lo real también habita lo simbólico; condena al sujeto al silencio y niega que él mismo es una respuesta frente a lo real. Sin embargo, la realidad contingente e imprevisible de la vida está allí para recordarnos constantemente que el saber no cubre todo el campo de lo real.

Miller (2011b) nos da el ejemplo de la catástrofe nuclear de Fukushima, con el fin de introducir cómo la contingencia irrumpe en medio de los cálculos. Aparentemente, no podemos prever los terremotos, lo cual constituye una angustia para los seres hablantes, incluyendo los científicos. En este sentido, Lacan señala con ironía la emergencia de la angustia entre los científicos cuando, en medio de su frenesí, se les cruza por la mente la idea de que las bacterias cultivadas con tanto amor en los laboratorios asépticos podrían transformarse en enemigos mortales:

El asunto se pone gracioso tan solo cuando los propios científicos son presa, no de la ciencia-ficción, sino presa de una angustia: esto sí es instructivo. A fin de cuentas, es el síntoma tipo de todo acontecimiento de lo real (Lacan, 1988 / 1974, p. 87).

Lacan pone de relieve que la pulsión de muerte habita los laboratorios científicos. Esta se las arregla hábilmente para manifestarse de múltiples maneras, entre las cuales hoy se encuentran las nuevas versiones eugenésicas, en su deriva liberal, tal como las describe Habermas (2002), así como los desastres ecológicos ligados al calentamiento global.

La ciencia-ficción, el capitalismo y sus objetos

Otro aspecto importante del abordaje lacaniano al discurso científico moderno, es que dicho discurso construye efectivamente su

real, poblando el mundo de objetos nuevos. En el *Seminario XVII*, Lacan enuncia:

En efecto, no debemos olvidar que la característica de nuestra ciencia no es que haya introducido un conocimiento de un mundo mejor y más extenso, sino que ha hecho surgir en el mundo cosas que no existían en modo alguno en el nivel de nuestra percepción (Lacan, 2002 / 1969-70, p.170).

Se trata de cosas producidas por los cálculos matemáticos, evidenciando que la ciencia tiene la ventaja de percibir los resultados de su propia operación. La ciencia moderna construye su real, en la medida en que cesa de observarlo. El real no es la realidad, aquella que percibimos. Los objetos de la ciencia, como por ejemplo los agujeros negros, son concebidos independientemente de su observación, son el fruto de cálculos y modelos ideo-matemáticos. El real de la ciencia moderna, reducido a los cálculos matemáticos, no es de ninguna manera equivalente a la materia. En «La tercera», Lacan (1988 / 1974) subraya:

Lo real no es el mundo. No hay ninguna esperanza de alcanzar lo real por la representación. No voy a empezar a argumentar aquí con la teoría de los quanta ni con la onda y el corpúsculo [...] si quieren estar al tanto, entérense ustedes mismos, basta abrir unos cuantos libritos de ciencia (p. 82).

En el discurso de la ciencia moderna, la sustancia y la cosa se revelan pulverizadas. Es en su *Seminario XVII* que Lacan (2002 / 1969-70) introducirá el neologismo «*l'achose con apóstrofo*», para referirse a las creaciones de la ciencia moderna y a la insustancialidad del campo donde se despliegan las creaciones de la ciencia, «hecho que cambia completamente el sentido de nuestro materialismo» (p. 171). Sostiene además que la característica primera de la ciencia no es permitirnos conocer mejor el mundo, sino introducir objetos nuevos en cantidades inauditas. Para referirse a estos objetos de la «ciencia objetivada [...] esas cosas forjadas enteramente por la ciencia, simplemente esos trastitos, aparatitos» (p. 160) propone el neologismo *letosas*, creado a partir

del *alèthéia* griego⁹ y que resuena además con *ventosas* considerando que «hay viento en su interior» (p. 174); también utiliza el término en inglés *gadgets*.¹⁰ La ciencia hace aparecer cosas en el campo de la percepción con instrumentos tecnológicos que permiten extender los poderes sensoriales. Asistimos entonces a la producción de objetos inéditos, engendrados por la ciencia y sus aplicaciones técnicas, fruto de la alianza del discurso de la ciencia con el discurso capitalista. «El mundo está cada vez más poblado de *letosas*» (p. 174), afirma Lacan al desarrollar el tema de la *aletosfera*. En otro momento, insiste en este punto, preguntándose: «¿qué nos procura la ciencia a fin de cuentas? Algo para distraer el hambre en lugar de lo que nos falta en la relación de conocimiento. Nos procura en su lugar algo que para la mayoría de la gente, [...] se reduce a *gadgets*» (Lacan, 1988 / 1974, p. 107).

Pero, ¿cuál es el estatuto de estos objetos tecnológicos, desde el punto de vista del psicoanálisis? Más que sobre su aspecto fálico, Lacan (2002 / 1969-70) recalca la vertiente de la satisfacción pulsional. Ligándolos al síntoma, definido como eso que vendría a responder allí donde no hay relación sexual que pueda escribirse en el inconsciente; los *gadgets* de la techno-ciencia son portadores del goce autoerótico que surge como respuesta del sujeto al goce del Otro que no existe. Esto explica la tendencia adictiva que suele caracterizar el vínculo con estos objetos, los cuales son portadores de los objetos pulsionales clásicos, como también de la voz y la mirada. Efectivamente, los *gadgets* son nuestros síntomas, y quizás esto resulte extrañamente conveniente si seguimos la hipótesis de Lacan (1988 / 1974), cuando se refiere al futuro del psicoanálisis:

[...] el porvenir del psicoanálisis es algo que depende de lo que advendrá de ese real, a saber, de que los *gadgets* verdaderamente se nos impongan, de que verdaderamente llegemos nosotros mismos a estar animados

9. *Alétheia* (en griego *ἀλήθεια* «Verdad»), es el concepto filosófico que se refiere a la sinceridad de los hechos y la realidad. Literalmente la palabra significa «aquello que no está oculto, aquello que es evidente», lo que «es verdadero». También hace referencia al «desocultamiento del ser».

10. El término *gadget* no tiene un equivalente en español ni en francés. Es definido en el diccionario Webster como un artefacto tecnológico pequeño, cuyo valor está más puesto en la novedad o ingeniosidad que en su utilidad práctica.

por los gadgets. Debo decir que esto me parece poco probable. No lograremos hacer que el gadget no sea un síntoma, porque por ahora lo es de la manera más obvia (p. 108-109).

En resumen, si los *gadgets* logran resolver la cuestión de la relación sexual que no existe, ese sería efectivamente el fin del psicoanálisis. La apuesta de Lacan (2002 / 1969-70) es que los *gadgets* no aportarán la respuesta al agujero en el saber, a la falla estructural que habita la condición humana. Es poco probable que estos objetos cesen de ser síntomas. Y mientras haya síntomas, el psicoanálisis tiene un porvenir, en tanto se ocupa de aquello que hace síntoma, de aquello que no marcha.

La producción exponencial de *gadgets* posibilitada por la alianza entre el sujeto liberal del capitalismo y el discurso de la ciencia, unión que sustituye el amo soberano de antaño, ilustra concretamente la realización de la ley de Gabor: «todo lo que es posible será necesariamente realizado». En efecto, estamos ante una construcción fantasmática, únicamente prefigurada en las obras de ciencia ficción. Vivimos en una época donde la producción sin límites nos ha impuesto un mundo atiborrado de objetos, una infinidad de objetos de la técnica que prometen hacerlo todo posible.

A propósito del discurso capitalista y comparándolo con el discurso del amo, Lacan (1978 / 1972) subraya en una conferencia en Italia, que el primero está tan bien hecho que logra engañarnos, «es locamente astuto, locamente astuto pero destinado a estallar [...] es insostenible; no puede marchar mejor, marcha sobre ruedas, pero justamente marcha demasiado rápido, se consume, se consume tan bien que se consume» (p. 13).

Continuando la reflexión, me parece relevante introducir otra contribución de Lacan al debate, en la medida en que señala un punto sintomático de la ciencia contemporánea. En una entrevista, Lacan (2013 / 1978) afirma que la única ciencia seria y verdadera es la ciencia-ficción, porque esta «articula cosas que van mucho más lejos que aquello que la ciencia soporta enunciar: la ciencia-ficción es el misterio del ser hablante» (p. 9). Estableciendo una relación recíproca entre ciencia y ciencia-ficción, «sin ciencia, no habría

ciencia-ficción», Lacan supone una relación lógica en la cual la ciencia-ficción se constituye a partir de su exclusión del campo de la ciencia. Esta exclusión no es otra cosa que la exclusión del sujeto operada por el discurso de la ciencia.

Ya mencionamos anteriormente cómo el científico, como agente del discurso científico, no quiere saber nada de la verdad como causa, ni de su goce, lo cual desemboca en la constitución del discurso científico como ideología de la supresión de la subjetividad. Desde esta perspectiva, la ciencia-ficción deviene entonces el síntoma de la ciencia, en la medida en que aporta una respuesta frente al rechazo del saber del sujeto del inconsciente operado por los dispositivos científicos modernos.

La ciencia-ficción, como construcción mítica, revela la estructura del discurso científico, constituyéndose así en una vía para interrogar el saber inconsciente rechazado por la ciencia. Si por un lado la ciencia «solo progresa por la vía de tapar los agujeros» (Lacan, 2012 / 1973b, p. 581), la ciencia-ficción produce relatos que logran decir algo sobre el goce opaco de los seres hablantes, es decir, apunta a la verdad del sujeto. Es por este motivo que desde el punto de vista lacaniano es más seria y verdadera que la ciencia.

Técnica y tecnociencia

Interrogarnos por el lugar del discurso de la ciencia en el mundo contemporáneo, debe conducirnos necesariamente a definir la tecnociencia y cómo esta resulta de cierta forma de concebir la relación entre el ser humano y la técnica. La primera definición de la técnica fue propuesta por Aristóteles (citado por Queval, 2008): la técnica (*technè*) es, ante todo, un saber-hacer, una capacidad de hacer cosas; está inscrita en el orden los aprendizajes específicos y constitutivos del ser humano.

La técnica aparece entonces como un modo de aproximarse y apropiarse del mundo, es el *hacer* indisociable del *ser* en el mundo. Un segundo sentido de la técnica, ligado al paradigma evolutivo-adaptativo, es aquel que pone de relieve la invención del utensilio, inicialmente concebido como la prolongación de la mano, del cuerpo, mediando entre el

hombre y la naturaleza, y entre el hombre y sus creaciones. La máquina sería el tercer sentido de la técnica: se trata de la concretización de una exterioridad, despliega el poder de fabricación fuera del cuerpo humano. Lo que es propio a la máquina, cuyo funcionamiento es autónomo, es existir por sí-misma y, por lo tanto, sustituir enteramente al ser humano. El cuarto sentido de la técnica es el de la tecnología, como teorización de una técnica, como codificación de una práctica (Queval, 2008).

A partir del año 1970, la noción de tecnología se generalizó, dando cuenta de una experiencia colectiva de mutación de un sistema técnico, que transformó para siempre las sociedades industriales. El paradigma de este fenómeno es la extensión de las nuevas tecnologías de información y comunicación a todos los campos de la existencia humana. Actualmente la informática y la informatización tienen una incidencia no solamente sobre las máquinas y los bienes de consumo, sino sobre la organización del trabajo, los modos de vida, la forma como concebimos el mundo y como establecemos los lazos sociales. Vivimos en un mundo donde incluso las relaciones amorosas son mediadas por la tecnología.

Con el advenimiento de aquello que algunos autores han denominado «la revolución tecnocientífica» (Quintanilla, 1989), más allá de la ciencia subyacente, estamos frente a la capacidad, inconcebible en épocas pasadas, de hacer realidad todo lo que antes estaba únicamente en el ámbito de las posibilidades. Hablar de tecnociencias supone admitir un sujeto en plural, en el cual concurren científicos, técnicos, ingenieros, políticos, administradores, militares, que negocian, literalmente, las acciones que se emprenden.

Esto supone igualmente la existencia de grandes laboratorios, repletos de un rico inventario de aparatos sofisticados, que contienen los códigos de aquello que debemos observar en el mundo y de aquello que seremos capaces de lograr. Del lado de la sociedad, encontramos una diversidad de dispositivos técnicos que permiten el surgimiento de fenómenos, otrora presentes únicamente en nuestros sueños: conversión de sexo, clonación, trasplantes de órganos, vientres de alquiler, cirugías estéticas. Siendo el más popular el mundo virtual e internet, tecnología que está transformando sustancialmente todos nuestros referentes simbólicos.

Frente a la globalización de un mundo tecno-saturado, vale la pena preguntarse por las consecuencias que dicho fenómeno tiene en la subjetividad y el lazo social. ¿Cómo abordar este interrogante sin caer en el debate, con frecuencia caricatural y dicotómico, entre los llamados tecnófobos y los tecnófilos o entre los denominados bio-catastrofistas versus los tecno-profetas? (Lecourt, 2011). El psicoanálisis lacaniano no promueve de ninguna manera una satanización de la ciencia, aunque sí propone una postura crítica en la medida en que se interesa por dilucidar los efectos de las nuevas coordenadas tecno-científicas en los seres hablantes.

«Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época» (Lacan, 2002 / 1953, p. 309) escribía Lacan en 1953, invitando a los psicoanalistas a renovar sus conceptos a partir de los rasgos del simbólico de cada época. Si partimos de la idea de que el mundo virtual instala un nuevo sistema de representación o incluso de una nueva escritura (Echeverría, 2000), sería entonces necesario pensar en la actualización de nuestros conceptos redefiniendo la dimensión simbólica. ¿Cómo situar el Otro a partir de las tecnociencias? Podemos conjeturar que esta produce efectos reales sobre los cuerpos, sobre los sujetos, efectos que tendríamos que verificar caso por caso. Sabemos que las prácticas derivadas de las tecnociencias no absorben la singularidad del goce, y que tendríamos que analizar las formaciones sintomáticas y los acontecimientos del cuerpo producidos por el encuentro, en ocasiones traumático, entre el ser hablante y la técnica.

Del lado de la filosofía, la reflexión sobre el lugar del ser humano en el despliegue extensivo de la técnica en las sociedades contemporáneas se articula en torno a dos posiciones clásicas: la primera, que piensa el artificio externo como una prolongación del ser humano, y, en consecuencia, la condición de toda acción; y la segunda, que sostiene que la exteriorización operada por la técnica se convertiría en el semillero de la alienación humana.

Para Hegel (1807, citado por Queval, 2008), fundador de la primera posición, fundamentada en la *technè* de Aristóteles, exteriorizarse significa existir, «salir de sí mismo»; sobrepasar su forma y devenir un ser más elevado, una determinación concreta anclada

en la historia (Hegel, 1807, citado por Queval, 2008, p. 328). Es así como la exteriorización técnica aparece como el logro concreto de las invenciones y los poderes humanos. Esta concepción integra una comprensión de la técnica como proyección orgánica, siendo esta la expresión de fuerzas vitales del cuerpo, posibilitada por el objeto de la técnica. Esta posición frente a la técnica implica concebir, por un lado, el destino técnico del sujeto, y por otro lado, la imbricación que vincula actualmente de un modo cada vez más estrecho y fusional el cuerpo y la técnica.

El fundamento de la segunda posición filosófica frente a la relación entre el ser humano y la técnica, es precisamente el hecho de que la técnica, en tanto proyección orgánica, tiende a la exteriorización, y, en esa misma vía, corre el riesgo de enajenarse. Los críticos más acérrimos de la técnica señalan el sometimiento del hombre a las máquinas, estas últimas convertidas en entes foráneos y autónomos. La exteriorización de la técnica se muda así en un medio de alienación (Queval, 2008).

En este punto coinciden la crítica marxista a las condiciones de trabajo en la era industrial, la crítica heideggeriana sobre la pérdida de la razón en un mundo operado por la técnica, así como la crítica arendtiana de la amputación en el hombre de la dimensión fundamental de la comprensión. «Todo sucede como si en el proceso de conquista de las condiciones de liberación del ser humano, la tecnociencia estuviera condenada a perder las condiciones que harían razonable dicha liberación» (Queval, 2008, p. 330).

Es así como emergen una serie de cuestionamientos éticos, ligados por un lado a la humanidad de la técnica, con la idea de que la técnica cesaría de ser humana, no en el sentido de benevolente, sino en términos de la esencia técnica del hombre; y, por otro lado, a una desnaturalización del hombre, principalmente en relación con los avances médicos, tales como la clonación terapéutica, el diagnóstico embrionario y las posibilidades técnicas de la procreación artificial. Esta última, en particular, introduce necesariamente la idea de la «naturaleza humana», cuya definición está lejos de establecerse. En la posición crítica que sitúa la alienación en el corazón de la técnica, la tesis de Heidegger (citado por Queval, 2008) aparece como el principal referente.

Para este filósofo, el fin de la filosofía –entendido como el fin del pensamiento– es el correlato directo del triunfo de la ratificación de un mundo sometido a los mandatos de una ciencia cada vez más tecnificada. Disociando radicalmente el ser de la técnica del destino humano, y haciendo de la pérdida de la razón un proceso intrínseco a una modernidad fuera del control humano, Heidegger termina por negar de forma categórica la humanidad de la técnica (Queval, 2008).

Aún si la tesis heideggeriana debe tomarse con cierta precaución, no podemos negar que abre la vía a una serie de interrogantes que se formulan desde las ciencias humanas y que coinciden con algunos planteamientos de psicoanalistas lacanianos contemporáneos. En una entrevista publicada en la prensa argentina, Laurent (2008) sostiene que «existe la idea en nuestra sociedad que todo puede ser reducido a un mundo técnico. Estamos ante un protocolo maquinista». En la entrevista describe espléndidamente cómo nuestro mundo social se ha vuelto ante todo técnico, porque no encuentra referentes en una ética de la responsabilidad, sino que opera en función de negociaciones múltiples cuyo fin es distribuir las responsabilidades entre una pluralidad de actores del sistema capitalista.

Si la técnica afecta todos los dominios de la vida contemporánea, ¿cuál será entonces el destino del sujeto en un mundo cada vez más saturado por la técnica? Desde la perspectiva psicoanalítica, tendríamos una hipótesis de trabajo sobre esta cuestión: en la medida en que la tecno-ciencia invade todos los campos de la vida humana, más tendremos que vérnoslas con la supresión del sujeto y la consecuente producción de nuevos síntomas como acontecimientos del cuerpo.

Ciencia, ideología y derivas científicistas

La crítica propuesta desde el psicoanálisis frente al cientificismo de nuestra época no se sitúa en la serie de protestas morales que la ciencia ha despertado a lo largo de su progresión (Dessal, 2009). Dichas reprobaciones morales surgen del presupuesto a partir del cual algunos pensadores contemporáneos, como Habermas (2002) y Dyens (2008), articulan la siguiente tesis: la revolución tecnoló-

gica ha generado una mutación ontológica y metafísica tal, que su condición actual debe ser calificada de inhumana.

Si bien no le otorgan al término una connotación moral o negativa, abriendo el camino a una redefinición de «lo humano», estos autores desarrollan su argumentación a partir del fantasma según el cual el lenguaje humano sería capaz de armonizar la aprehensión de la realidad y la comunicación. Oponiendo el lenguaje humano, definido como aquel que designa el mundo, al lenguaje informático como aquel que designa un binario; Dyens (2008) concluye que a partir de la extensión del lenguaje tecnológico a todos los campos de la vida humana, se irrumpiría en una supuesta armonía implícita en la comunicación humana.

Es bien sabido que esta concepción del lenguaje no es compartida por el psicoanálisis lacaniano, que considera, por el contrario, que el lenguaje nos produce como seres que habitamos realidades virtuales desde siempre; y que esta desmaterialización del mundo, tan anunciada por los posmodernos, no es tan nueva como parece, considerando que el sujeto accede a la realidad a través de «aparatos de goce», tal como lo afirma Lacan (2001 / 1972-73) en su *Seminario XX*. Esto quiere decir que los sujetos tomamos la información del mundo a partir de los modos en que cada cual goza de su inconsciente (Dessal, 2009). En cuanto a la pérdida de humanidad evocada por los críticos del cientificismo contemporáneo, el psicoanálisis no se opone a la idea de que la ciencia desfigure radicalmente la naturaleza humana, por la simple razón de que la denominada:

Naturaleza humana no existe, nunca ha existido, y la idea de su pretendida desaparición no es más que una fantasía que poco se distingue de la fantasía científica que pretende explicar lo humano a partir de las leyes de la naturaleza (Dessal, 2009, p. 80).

Con el fin de esclarecer la posición del psicoanálisis frente al cientificismo contemporáneo, es necesario introducir en este punto una distinción conceptual desarrollada rigurosamente por algunos pensadores, retomados por psicoanalistas contemporáneos. Uno de ellos es Peteiro (2010), médico y científico español, experto en cinética celular

e inmunoquímica, quien oportunamente encontró una forma de distanciarse de su práctica para deliberar sobre las formas actuales del discurso de la ciencia y las derivas científicistas que están a la orden del día. En su libro *El autoritarismo científico*, Peteiro (2010) se refiere a la distinción entre las ciencias y las falsas ciencias, preguntándose dónde habría que trazar el límite entre ambas.

Gestada por el espíritu iluminista, la ciencia develó los grandes secretos de la naturaleza y sus aplicaciones modificaron muy rápidamente la vida humana. Gracias a ella, alcanzamos un nivel remarcable de conocimiento en un período relativamente corto de la historia humana; formidables esfuerzos personales, así como descubrimientos geniales, permitieron demostrar la belleza del mundo, posibilitando además su transformación vertiginosa.

Para muchos, la ciencia se convirtió en el único saber posible por su capacidad de asumir el lugar de una suerte de dios axiomático. Todo esto la convierte en algo fascinante, dándole el estatuto de una creencia, una referencia única para explicar todos los fenómenos de la vida y del mundo. Para Peteiro (2009), este fenómeno de veneración de la ciencia sería, en principio, responsable de una deriva que consiste en engendrar una especie de omnisciencia –constitutiva de las falsas ciencias–, que se basa en la creencia que incluso aquello que no es propio del campo de la ciencia, pretende serlo y, en consecuencia, «tarde o temprano, la ciencia dirá todo sobre el Todo y es en este sentido que ella sigue su ruta, con el designio de convertirse en la teoría definitiva y unificada» (p. 65).

Sin embargo, los verdaderos científicos saben muy bien, por medio de la ciencia misma, que ella nunca sabrá todo sobre lo que aborda. «El principio de incertidumbre de Heisenberg y el teorema de Gödel son los límites fundamentales que implican que la ciencia, ni hoy, ni en un millón de años, alcanzará la omnisciencia» (Peteiro, 2009, p. 66).

Retomando la distinción que establece Peteiro (2010) entre ciencia y científicismo, el psicoanalista Bassols (2011b) subraya que éste último se caracteriza por la confusión del reduccionismo metodológico, necesario en toda producción de conocimiento científico, con un reduccionismo ontológico, que consiste en aplicar un conocimiento científico insuficiente a la explicación de lo desconocido. A través de

una lectura rigurosa de las teorías neurocientíficas contemporáneas, este autor diferencia aquellas que no derivan en un reduccionismo, que consiste en explicar absolutamente todos los fenómenos humanos, incluyendo el lenguaje, a partir de la físico-química cerebral, de aquellas que producen una variedad de explicaciones absurdas, con base en presupuestos reduccionistas sobre las cuestiones más enigmáticas en la vida humana, como lo son la sexualidad, el comportamiento moral y la identidad.

En la misma vertiente, Cottet (2013) señala también la diferencia entre la ciencia, las falsas ciencias (i.e. la astrología) y el cientificismo. Apoyándose en Canguilhem (1977, citado por Cottet, 2013), quien en su escrito en torno a la pregunta «¿Qué es un ideología científica?», califica de imitativa a una ciencia que tiene apariencia de una ciencia constituida pero no lo es; Cottet (2013) sostiene que se puede hacer semblante de ciencia: se puede observar, medir, verificar; pero hay que tener un objeto y producir un saber; «es el reduccionismo el que caracteriza el cientificismo» (p. 17).

En este sentido desarrolla el ejemplo de la psicología como ciencia del comportamiento, en tanto participa de la impostura de pretender reducir la emoción a una respuesta físico-química del organismo. De la misma manera, el conductismo deviene ideología a partir del momento en que postula la aplicación en los humanos de las leyes derivadas de observaciones en otras especies, basadas estrictamente en el modelo estímulo-respuesta. Reconociendo de antemano que toda ciencia se basa en un reduccionismo metodológico, en la medida en que depende de la definición precisa de un objeto, como lo hace Heisenberg cuando reduce la química a la física de las partículas, o el psicoanálisis al reducir lo inconsciente a la materialidad de la mecánica signifiante, este autor señala que el cientificismo sería la extensión autoritaria de un método científico desarrollado en un campo, con un objeto y unas leyes de funcionamiento propias, a otro campo (Cottet, 2013).

Otro aspecto que se pone de relieve al considerar la distinción entre la ciencia y el cientificismo, es la importancia de diferenciar la ciencia de sus aplicaciones. Ya Lacan (2002 / 1966b) lo señalaba cuando formulaba la advertencia sobre las derivas autoritarias del programa

estructuralista en las ciencias humanas. Pero quizás el ejemplo más ilustrativo de la docilidad de la ciencia es la psicología contemporánea, «ciegamente sometida a los principios de un programa de predicción, control y adiestramiento autoritario» (Cottet, 2013, p. 17).

Finalmente, el abordaje psicoanalítico a los avatares del discurso de la ciencia en las sociedades hipermodernas, exalta otro aspecto, señalado por Cottet (2013) en los siguientes términos:

Hoy, el sintagma «sujeto de la ciencia» ha perdido quizás su respetabilidad. Ha perdido su universalidad porque ha derivado en experticia, principalmente porque ha adquirido un tinte político, en la medida que ha sido arrastrado por las ideologías contemporáneas de la evaluación (p. 17).

Tal como lo señalan formidablemente Miller y Milner (2004), así se erige frente a nuestros ojos la ideología de la evaluación. En su libro titulado *¿Desea usted ser evaluado?*, estos autores develan los mecanismos de esta práctica sectaria y seductora, que convierte al sujeto en anónimo, imponiéndole un falso contrato de confianza y confinándolo a un circuito consensual, el cual se apoya en una obediencia intransigente al régimen de la cifra. Los agentes de esta comedia patética que llamamos «evaluación experta» son especialistas en todos los campos imaginables, colmados de saberes técnicos aunque vaciados de pensamiento crítico; a pesar de ser marionetas, ostentan el poder de juzgar al sujeto a partir de protocolos, cuestionarios y encuestas.

Paradójicamente, en medio del vértigo de la incertidumbre generada por la liberalización económica, encontramos esta práctica de la evaluación que intenta fijar las cosas, sin darse cuenta que jamás alcanzará el ritmo del libre mercado porque este avanza demasiado rápido. La función de la evaluación es hacernos creer en un sujeto del conocimiento, engendrando un mundo artificial basado en una falsa objetividad y, por ende, en una pretendida científicidad.

El gran secreto de la ideología de la evaluación, aquello que la convierte en una de las mayores imposturas científicas del mundo contemporáneo, es que pretende hacer equivalentes dos términos

que no lo son: el valor de cálculo y el valor comercial. Deviene entonces el medio principal a través del cual el poder político, administrativo, económico, a nivel internacional o local, ejerce el dominio sobre todos los saberes y prácticas culturales, pretendiendo establecer la norma de la verdad. Es entonces a partir de los informes saturados de cifras, producidos por los expertos evaluadores acéfalos, que se toman las decisiones. La trasmudación ideológica consiste en encubrir con un cálculo objetivo, neutro, cifrado y factual, lo que es un mero y llano ejercicio de poder. Sutilmente, la ideología de la evaluación, en su pretensión por expandirse a todos los dominios de la vida humana, ya sean culturales, educativos, sanitarios o de investigación científica, disimula y revela, en un mismo movimiento, su apetito de control universal. La ideología de la evaluación se convierte así en una forma honorable de la ley de la jungla, en la medida en que repite los derechos del más fuerte bajo el velo de la exactitud objetiva (Miller y Milner, 2004).

Ciertamente, la evaluación como formación ideológica es una de las fachadas del cientificismo contemporáneo. Esta exhibe de forma cifrada el autoritarismo científico de nuestros días, contribuyendo copiosamente a la forclusión del sujeto que el psicoanálisis pone en el centro de su experiencia: aquel que por su singularidad escapa a toda comparación y medida objetiva, aquel que tendría la posibilidad de discernir, en la medida en que se hace responsable de lo que dice. El sujeto del acontecimiento, de la contingencia, de la sorpresa, del error. Sin embargo, el sujeto del inconsciente no cesa de manifestarse, como síntoma y con sus síntomas, en los intersticios de las rubricas de evaluación, evidenciando que en un mundo poblado por seres hablantes no-todo lo real es susceptible de ser medido, y que en el seno de lo simbólico habita un imposible. En este contexto resta entonces reflexionar acerca del devenir del cuerpo en una época signada por los vertiginosos avances tecnocientíficos.

Capítulo 2

El cuerpo tomado por las fantasías tecnocientíficas

Lo que nos lleva al fin –continuó Mister Foster– fuera del reino de la servil imitación de la Naturaleza, para entrar en el campo, mucho más interesante de la invención humana. Se frotó las manos. –No era bastante incubar los embriones –añadió– eso cualquier vaca puede hacerlo. Predestinamos y condicionamos –continuó–. Decantamos nuestros infantes como seres humanos socializados, como Alfas o Epsilones; es decir, como futuros poceros o futuros [...] –jiba a decir «futuros Inspectores Mundiales», pero se contuvo a tiempo y terminó–: «futuros Directores de Incubación» (Huxley, 1932: 21)

Tan profundamente desconocido por haber sido reducido por Descartes a la extensión, necesitará ese cuerpo los excesos inminentes de nuestra cirugía para que se deleve a la mirada común que solo disponemos de él haciéndolo su propia fragmentación (Lacan, 2012 / 1967: 377-378)

Vivimos una época sobre-determinada por los grandes avances de la investigación científica, particularmente en el campo de las ciencias biológicas. De la misma manera que el siglo XX estuvo marcado por el apogeo de la física –lo que permitió en gran medida la revolución informática que se ha desplegado en las últimas décadas– el siglo XXI parece estar signado por las transformaciones asombrosas a partir de la biología (Queval, 2008). Aunque la biología ha producido pocas teorías después de la teoría de la evolución, que sigue siendo la más consistente en este ámbito, su éxito contemporáneo se debe más bien a victorias de orden pragmático; así como al provecho que

ha sabido extraer del liberalismo económico, especialmente con la posibilidad de patentar la vida (La Sagna, 2013).

Desde los años 50 del siglo pasado, la biología ha logrado aclarar su condición de ciencia física con el desarrollo de la biología molecular: un cruce de la genética, la química y la física que permite la comprensión de diversas propiedades del funcionamiento de los seres vivos, a partir del estudio de mecanismos celulares a nivel de las moléculas. Convertida en el único faro del progreso del conocimiento biológico, la biología molecular absorbe poco a poco todas las áreas de esta disciplina; al punto que no sólo afecta el desarrollo de otras ramas de la biología como la etología, sino que además entra, de un modo cada vez más acelerado, en el campo de la medicina dando poder a la llamada biomedicina.

Pronto, con el paso de la biología molecular a la biología cuántica, será la biología sintética la que dominará este campo y se ha sido definida como una «tecnociencia emergente para la concepción racional de la síntesis de sistemas complejos, basados en, o inspirados por la vida, pero dotados de funciones ausentes en la naturaleza» (Gros, citado por Le Breton, 2013, p. 133). Lo anterior no está libre de consecuencias y justifica la necesidad de preguntarnos sobre las consecuencias de la expansión de la biología, concebida como tecnociencia, y sus efectos en las representaciones actuales del cuerpo, así como de la emergencia de nuevas prácticas médicas.

La biotecnología puede ser considerada como uno de los significantes-amo de la ciencia contemporánea (La Sagna, 2013). Esta concretiza sobre el cuerpo la efectividad de nuevos poderes ya que permite crear el cuerpo humano, permite repararlo, perfeccionarlo, perfilarlo. El cuerpo, en tanto es escaneado, gestionado, reconstruido, purificado, artificializado, recodificado genéticamente, deviene el centro de una apuesta política mayor, el lugar por excelencia del ejercicio de poder de la nueva ciencia. Numerosos científicos sociales, coinciden en afirmar que el cuerpo no es sólo el analizador fundamental de nuestras sociedades contemporáneas, sino que es igualmente producido y gestionado por los progresos científicos y técnicos.

Objeto de investigaciones de punta y de fantasías futuristas, el cuerpo se presenta en la híper-modernidad bajo el aspecto de una

docilidad inédita y de una cartografía resplandeciente. Todo tipo de cirugías, farmacología, genética, bio y nanotecnologías, neurobiología, cosmetología, dietética, disciplinas deportivas, contribuyen a tejer una nueva forma de anudar los saberes sobre el cuerpo; esto desemboca en la medicalización de la vida, así como en un universo prescriptivo donde los médicos y terapeutas juegan cada vez más un rol normalizador y moralizante (Queval, 2008; Peteiro, 2015).

Desde que la medicina cesó de preocuparse estrictamente por aliviar el sufrimiento y la enfermedad, justificándose en malestares probables, se volvió predictiva. Interviniendo para dominar la vida, por ejemplo controlando los datos genéticos, la medicina se ha convertido en una instancia normativa, de biopoder, una forma científica de enunciación taxativa del destino humano, sin ofrecer curas para los males que pone en evidencia de una forma triunfalista. La medicina predictiva se ocupa de inventariar las enfermedades inevitables o aquellas susceptibles de manifestarse dentro de cincuenta años.

Amnésica de las derivas eugenésicas aterradoras de nuestra historia reciente, ella está presta a participar en la selección de embriones siguiendo un procedimiento basado en la «vida digna de ser vivida», eliminando, con el consentimiento de los padres por supuesto, aquellos portadores de enfermedades que no sabemos curar. Movilizada por una aspiración de predicción que tiende a ser totalitaria, la medicina ha entrado en la era virtual, decidiendo la suerte del sujeto que no existe aún y discriminando a nivel embrionario a aquellos que vale la pena o no que existan (Le Breton, 2013; Rose & Abi-Rached, 2013).

Ya sea que se trate del genoma humano, de las manipulaciones genéticas, de la fecundación in-vitro, de los exámenes prenatales, de la supresión radical del cuerpo –para ciertos partidarios de la cibercultura–, de la automedicación, del diagnóstico de enfermedades mentales a través de las técnicas de imagen del cerebro o de la aplicación frenética de estadísticas en el campo de la salud mental, asistimos a un imperativo de dominio sobre los seres vivos que no deja lugar a las contingencias propias de la existencia.

Si consideramos que nuestra época hiper-moderna se define por el estallido de los referentes simbólicos, y que los discursos religiosos y políticos han perdido la facultad de reunir a los sujetos

alrededor de creencias y proyecto comunes; el discurso científico, potenciado por el capitalismo liberal, ha sabido sacar provecho de esta situación ocupando la brecha dejada por el amo soberano de otra época. Es así como los tecnocientíficos se elevan como los nuevos pontífices, productores de certidumbres, mensajeros de futuros mejores, posibilitados por los prodigiosos descubrimientos de la genética, las neurociencias y el ciberespacio (Queval, 2008). Estas producciones discursivas de la ciencia y de la técnica, presentadas por algunos como garantía de felicidad, no disimulan sin embargo su cara absurda y disparatada, tal como se evidencia en ciertas prácticas que pretenden diagnosticar enfermedades mentales a partir de las neuro-imágenes (Dumit, 2004; Rose & Abi-Rached, 2013).

Para algunos autores contemporáneos de las ciencias humanas, el cuerpo es a menudo considerado por la tecnociencia como «un borrador que debe rectificarse» o como un «cuerpo supernumerario» (Le Breton, 2013, p. 24-7). Siguiendo esta lógica, está entonces destinado a desaparecer, dado que hoy es posible lograr el fantasma de un «cuerpo liberado de sus antiguos lastres naturales que conduce notablemente al mito del niño perfecto, fabricado médicamente y sellado como producto de buena calidad morfológica y genética» (Le Breton, 2013, p. 26).¹¹ Además, algunas corrientes de la cibercultura sueñan con su desaparición; el cuerpo se convierte en simple «carne» de la que conviene deshacerse para acceder al fin a una humanidad gloriosa. El mejor ejemplo de la desmaterialización o desnaturalización del cuerpo es la expansión de las tecnologías virtuales, las cuales dan a los usuarios la sensación de estar atados a un cuerpo molesto e inútil que se debe alimentar, cuidar, mantener; y ofrecen alternativas que prometen ser menos costosas en términos de inversión libidinal, como la comunicación sin rostro, el cibersexo y una rica variedad de dispositivos derivados de la Inteligencia Artificial.

Para otros autores, la tesis de la desaparición del cuerpo no parece adecuada si se tiene en cuenta la enorme inversión individual y colectiva que se hace hoy en el cuerpo como eje de la apuesta identitaria del hombre. El mercado del cuerpo, la obsesión cosmética y estética, así como el

11. La traducción del francés es mía.

creciente materialismo de la psique en relación con la investigación en neurociencias, conducen a la configuración de una concepción monista que da cuenta de una centralidad del cuerpo en el campo social. Para estos autores, no se trata de una desaparición del cuerpo sino de un cambio radical en la representación de éste (Queval, 2008).

Por lo anterior, parece pertinente discutir a continuación las cuestiones en torno al estatuto del cuerpo en nuestro tiempo, analizando algunos efectos de la apropiación del cuerpo por parte del discurso tecnocientífico como lo son la desmaterialización, la fragmentación del cuerpo y la configuración de un nuevo monismo psique-cuerpo.

La desmaterialización y desaparición del cuerpo

La desnaturalización del cuerpo por la ciencia parece no tener límites. Lo virtual, figura dominante de la biología y del ciberespacio, marca por su impacto social, cultural, científico o político, un nuevo paradigma en la relación del sujeto con el mundo. Hablamos de una desmaterialización generalizada, movida por las tecnologías de la información y de las comunicaciones, que producen un modo inédito de relaciones sociales, así como nuevas subjetividades. La cibersexualidad como una de las formas adoptadas por la desmaterialización del cuerpo, hace posible un erotismo desprovisto de los riesgos y las contingencias propias del encuentro físico de cuerpos sexuados. Al respecto, la película *Her*, del director estadounidense Spike Jonze, muestra una historia futurista, muy plausible por cierto, en la que un hombre establece una relación sentimental con un sistema operativo¹² que toma la forma de una voz femenina. La película presenta preguntas muy pertinentes alrededor de la virtualización de los encuentros sexuales y de la relación hombre-cuerpo-máquina tal y como es propuesta por numerosos adeptos a la Inteligencia Artificial. Para ellos, sin duda, la máquina será algún día pensante, consciente y sensible, suplantando al hombre en la mayoría de sus tareas. En el mismo giro en el que la máquina se humaniza, el hombre se mecaniza, dando como resultado «la ciborgización progresiva del humano» (Le

12. Término original en inglés: *Operating System (OS)*.

Breton, 2013, p. 27)¹³ hasta el punto de llegar a reivindicar un derecho de las máquinas equivalente a los derechos humanos, con el fin de protegerlas de los posibles abusos de los usuarios.

Este discurso encuentra su punto más radical entre los investigadores que anuncian explícitamente su intención de suprimir el cuerpo y descargar su «mente» en un computador para vivir sin restricciones una inmersión eterna en el ciberespacio. Kenneth Hayworth, investigador de Harvard, dijo recientemente a la prensa que quería acabar con su vida antes de que su cuerpo dejara de funcionar, porque está convencido de que en el próximo siglo la tecnología será capaz de simular su cerebro petrificado y resitarlo en un robot anfitrión. El investigador estadounidense se ha dedicado desde hace algún tiempo al desarrollo de un proceso llamado «plastinación», que consiste en reemplazar el agua y la médula espinal del cerebro con una resina de plástico en la que la conciencia podría conservarse como un fósil (Guibert, 2013).

Aunque esto parece sacado de una novela de ciencia ficción, esta idea está lejos de ser exclusiva de un investigador excéntrico. Desde 1998 existe en los Estados Unidos una asociación que reúne a más de seis mil miembros, entre ellos científicos de renombre, filósofos, religiosos *new age* y políticos, entre otros, llamada la World Transhumanist Association (WTA). Con sucursales en numerosos países y un poderoso *lobby* internacional, su propósito es promover las nuevas tecnologías, especialmente las relacionadas con el funcionamiento corporal y las condiciones de vida dentro del campo científico, filosófico e incluso artístico. Creada en el corazón del movimiento de la cibercultura de 1990 en Silicon Valley California, esta asociación creó la Universidad de la Singularidad, y recibe subvenciones de la NASA y Google. La misión de esta institución, según su director, es:

Formar los alumnos más inteligentes del mundo y los ejecutivos más exitosos en las áreas de robótica, inteligencia artificial, bio y nanotecnologías, para ayudarles a entender cómo éstas pueden cambiar sus empresas para lograr objetivos más ambiciosos que nunca (Guibert, 2013, p. 142).¹⁴

13. La traducción del francés es mía.

14. La traducción del francés es mía.

El proyecto tecnocientífico de elevar la naturaleza humana para que sea más eficiente, que ante ojos ingenuos puede parecer beneficioso, presupone que en veinte años el hombre habrá creado una inteligencia superior a la suya, poniendo fin a la era humana. Es con ese tipo de enunciados que los transhumanistas ganan importancia dentro de revistas científicas de gran prestigio y logran irrumpir en la formulación de políticas de desarrollo científico; como el *Human Brain Project* – HBP designado por la Unión Europea en 2013, que promete poder realizar finalmente la máquina inteligente de Alan Turing, el padre fundador de la informática. Es necesario decir que el HBP no es simplemente una declaración política abstracta, sino que tiene sede en el prestigioso École Polytechnique de Lausanne, recibe un financiamiento de un billón de euros por diez años y reúne alrededor de trescientos investigadores europeos provenientes de una gran variedad de instituciones de renombre. El objetivo concreto: diseñar una máquina, un cerebro virtual, que simule completamente la inteligencia y el consumo de energía del cerebro humano, con una capacidad de cálculo un millón de veces mayor que la de un superordenador.

El proyecto no se detiene allí. El HBP también permitirá el desarrollo de nuevos procedimientos de detección médica e incluso de nuevas terapias, para luchar contra algunas enfermedades mentales como la depresión o el autismo, además de ayudar a la identificación de los problemas cerebrales que explicarían su origen (Guibert, 2013). El compañero de ese hombre mejorado de los transhumanistas será, por supuesto, el robot. Prontamente veremos el nacimiento del «soldado robot», así como vemos ahora cómo los «robots compañeros» de todo tipo se multiplican. Especialmente en Japón, donde las entrevistas de trabajo en algunas empresas ya se hacen por medio de robots que tienen la capacidad de detectar mentiras¹⁵ y los auxiliares de enfermería de los hogares de retiro están siendo reemplazados por robots de compañía. El transhumanismo, versión radical del discurso de la ciencia, se encuentra, por desgracia, muy lejos de la ciencia ficción,

15. Estas entrevistas fueron registradas en el documental *Un monde sans humains* producido y difundido por la cadena de televisión franco-alemana ARTE.

«la única ciencia verdadera» según Lacan (1978, p. 9). Contrario a los mitos de la ciencia ficción, que logran poner en escena el regreso de la pulsión al seno de los proyectos científicos y futuristas, el proyecto transhumanista no oculta su deseo de deshacerse del cuerpo perecedero, sufriente, pulsional, así como lo dice R. Kurzweil, director de la Universidad de la Singularidad:

Borrar la humanidad significa integrarnos al interior de la red, dejar de limitar los «talegos de carne» que somos a la comunicación en Internet únicamente a través de un teclado y los dedos, y más bien, convertirnos en parte de la red, transformándonos así, en parte del mundo máquina. Eso es el transhumanismo (Guibert, 2013, p. 145).¹⁶

Ese «talego de carne» que somos, o esta «sustancia gozante» si lo traducimos a términos lacanianos, no es la única cosa que dificulta el proyecto transhumanista. De hecho, la programación de inteligencia superior tiene otra limitación: los cerebros modelados a una determinada edad, no tendrán la plasticidad del cerebro humano, la cual depende de las experiencias vividas. La solución propuesta ante este impase, será inventar un dispositivo que le permita «transformarse, en reacción a estímulos externos, que lo conectarán a la representación virtual del cuerpo y lo colocarán en un entorno virtual realista» (Guibert, 2013, p. 145),¹⁷ del que podrá captar la información para poder actuar y adaptarse a los entornos cambiantes.

Mientras que el *uploading* de lo humano se basa en el paradigma científico del conductismo, que no sólo pretende dominar la pulsión con un programa de acondicionamiento del tipo estímulo-respuesta, sino que revive el viejo sujeto empírico de Locke, el sujeto *tabula rasa* que al comienzo no es más que una superficie de inscripción (Miller, 2004). Partiendo de este principio, no resulta difícil imaginar que podamos concebir una equivalencia sin desfases entre un computador y un sujeto inteligente. Basta con introducir los algoritmos correctos para programar todas las respuestas frente a todos los probables estímulos. Aquí nos encontramos ante el sujeto

16. La traducción del francés es mía.

17. La traducción del francés es mía.

puro del conductismo de los años 1930, el sujeto de la «caja negra» donde la mente aparece, por principio, evacuada.

Esta pasión informática que dio a luz a los *cyborgs*¹⁸ en el contexto de la conquista del espacio en la década de 1960 en los Estados Unidos, se alimentó al comienzo de la fantasía de la creación de un hombre capaz de sobrevivir en condiciones muy alejadas a las de la tierra, un híbrido hombre-máquina cuyas cualidades fisiológicas se mejorarán con ayudas técnicas. Si en sus comienzos el *cyborg* se dirigía a mitigar las deficiencias del cuerpo en un ambiente fuera de la tierra, actualmente presenciamos una «ciborgización» de la vida cotidiana, así como la supresión generalizada de los obstáculos entre la computadora y el hombre, donde la incorporación cerebral de chips sería uno de los logros más celebrados. Para algunos, esta reconfiguración del cuerpo humano, posibilidad que se da gracias a la tecnociencia, modifica la relación entre el hombre y el mundo; hasta tal punto que es considerada por algunos ciber-aficionados como la cuarta herida narcisista, después de las tres establecidas por Freud (1917) en su texto sobre las dificultades del psicoanálisis. Para ellos, sería entonces el momento de añadir una cuarta dislocación ontológica conducente a una mayor humildad: «La distinción entre el hombre y la máquina se justifica cada vez menos debido a que ésta no deja de mezclarse con el hombre, de interferir en su funcionamiento» (Mazlich, citado por Le Breton, 2013, p. 210).¹⁹

El cuerpo fragmentado y transparente

Otro de los efectos de la posesión del cuerpo por el discurso científico es su fragmentación, así como la disolución de la barrera que separa el interior del cuerpo de su exterior. La permutación de sus elementos y funciones, posibilitada por los progresos biomédicos, convierte el cuerpo en piezas sueltas. Esta permutación, posible gracias a los avances biomédicos, hace declinar al cuerpo en piezas separadas. Concebido como una estructura

18. Término derivado del inglés *Cybernetic Organisms*.

19. La traducción del francés es mía.

moldeable, cuyas partes son intercambiables, el cuerpo es hoy retocado por razones terapéuticas –que plantean pocas objeciones– y también por motivos de conveniencia personal; a veces incluso en la búsqueda de una utopía técnica de perfeccionamiento del hombre o de mejoramiento de su ser. Los trasplantes, el comercio y el tráfico de órganos, las cirugías cosméticas, y las transformaciones de sexo, dan fe de la creciente fragmentación del cuerpo. Pareciera que el adagio lacaniano de «tu cuerpo es tuyo», que con la ayuda de la ciencia y del liberalismo «tendremos el derecho de dividirlo para el intercambio» (Lacan, 1968, p. 369), se confirma con creces en la contemporaneidad.

Ciertamente, esta práctica del trasplante, considerada un episodio mayor en la historia de la medicina del siglo XX, estaría en el origen del rol principal que tienen los órganos en las representaciones contemporáneas del cuerpo. En la actualidad, el órgano se encuentra en frente del escenario, tomando el lugar del cuerpo como imagen de completud. Los avances tecnológicos han hecho del trasplante un devorador incansable de órganos, dejando sólo al cerebro con su reputación de intransplantable.²⁰ Los órganos se han convertido en el mundo contemporáneo en un bien precioso, un bien caro, altamente cotizado en los mercados, ilegales y legales, nacionales e internacionales. Si bien el trasplante de órganos encarna uno de los sueños futuristas de la medicina del siglo XXI, ésta ilusión se encuentra con algunos obstáculos en ciertos cuestionamientos éticos ligados a la circulación de los órganos en la economía liberal. Son ampliamente conocidos los escándalos divulgados en la prensa en torno al robo de órganos en los países del tercer mundo.

Sin embargo, la carrera desenfrenada de la ciencia no se deja detener fácilmente y rápidamente ya ha inventado una solución: el trasplante de las células madres. Estas se toman del embrión o

20. Podríamos incluso pensar que por su intransplantabilidad, el cerebro ha ascendido al lugar de órgano amo del cuerpo, aquel que conserva los códigos del comportamiento humano. Pero si bien no es intercambiable o trasplantable, es programable y controlable, le podemos instalar chips para que aumente su desempeño, por ejemplo. Por otro lado, el uso expandido en el lenguaje común del significante «cerebro» para referirnos a lo humano, es decir el cerebro como sinécdoque del ser humano, es un buen ejemplo de la suplantación del ser humano por un órgano. Por decirlo de otra manera, el órgano deviene el representante del ser humano.

del cordón umbilical de un recién nacido, y con una biotecnología que ya existe, se reconstituye el tejido orgánico de acuerdo a las necesidades y a las demandas del mercado. ¡He ahí la materialización de la fórmula de la eterna juventud! Los cuerpos y sus partes, al momento en que se hacen intercambiables y manufacturales, contribuyen a alimentar el fantasma de la inmortalidad, presente desde siempre entre los seres humanos (Moulin, 2006). Y esto va de la mano con otro fantasma: la transparencia de un cuerpo que está en proceso de revelarnos todos sus secretos. El desarrollo de la imagenología médica, tan pronto entró en la cultura popular, contribuyó a alimentar el mito de su advenimiento. La historia de la imagenología médica encuentra sus raíces en la anatomía. Ésta parecía no sólo un requisito previo para cualquier pedagogía médica, sino que se convirtió inmediatamente en el paradigma del conocimiento científico: anatomizar, es decir, describir, clasificar, nombrar. Durante los siglos anteriores, la autopsia didáctica, había tenido la función central de liberar a los médicos del tabú de mirar dentro del cuerpo. Richard Selzer (1987, citado por Moulin, 2006), cirujano y escritor estadounidense, escribió en sus memorias:

Ya te comprendo, Vésalius [anatomista del siglo 16], hoy en día todavía, después de tantos viajes hacia el interior, tengo el mismo sentimiento de transgresión de una prohibición, cuando contemplo el interior de un cuerpo, el mismo temor irracional de cometer una mala acción por la cual sería castigado (p. 17).²¹

Con la anatomía, desvestirse deviene necesario, el examen clínico del cuerpo desnudo es un imperativo en la medicina moderna; es en el cuerpo desnudo que se ven los signos de la enfermedad: la coloración de la piel, las deformaciones, así como cualquier otro signo sin el cual no sería posible un diagnóstico. Luego vienen los tiempos de la auscultación, con la búsqueda de los ruidos anormales, respiratorios o cardíacos, descritos por los antiguos médicos de forma pintoresca y poética, dejando ver una buena dosis de imaginación ficticia. Esto fue radicalmente subvertido por las tecnologías

21. La traducción del francés es mía.

de exploración del cuerpo, contribuyendo a inscribir el saber-hacer del clínico de antaño en el museo de las prácticas tradicionales, al lado de otras disciplinas artesanales.

Con el declive de la medicina clínica, el enfermo, o más bien, el organismo, circula entre maquinas piloteadas por especialistas y técnicos mudos, cuya mirada está atrapada por los aparatos. Entre las nuevas técnicas médicas, se ubican en un primer plano, las técnicas de la exploración visual de lo vivo, aquellas que son derivadas de la aplicación de la física y de la química modernas al saber médico. Comparables a la aventura científica espacial o a la exploración de las aguas profundas submarinas, la imagenología ha revolucionado la práctica médica moderna. Si la práctica de la autopsia en los cadáveres estaba rodeada de cierto halo abominable, la imagenología de nuestra época tiene como principal característica representar una imagen del ser vivo y ofrecer todos los medios de observar, sin violencia, el interior del cuerpo (Moulin, 2006). Esto la convierte en un dispositivo fascinante, cautivante y muy sugestivo (Dumit, 2004).

La mirada toma entonces un lugar preponderante en medicina. La imagen reina allí donde el silencio de los pacientes, los médicos y técnicos es necesario para hacer funcionar esta máquina tecnocientífica de vigilancia de los cuerpos. Gracias a la imagenología médica, la mirada se superpone a la escucha, cada vez se escucha menos porque se confía en la imagen. Miramos más, escuchamos menos. Estas tecnologías se caracterizan por subvertir completamente la barrera de la piel, sin tocarla (Brousse, 2012). No es necesario cortar la piel con un bisturí para viajar dentro del cuerpo, es suficiente con introducir una cámara miniatura, o mejor aún franquear la piel con los rayos X, los ultrasonidos o las tomografías. Y todo esto sin el pudor culpable del cirujano Selzer. Es con gran ingenuidad que los médicos llaman estas tecnologías «no invasivas». Claramente no reconocen la dimensión pulsional de la mirada,²² ya que para ellos

22. Desde la perspectiva del psicoanálisis lacaniano, la mirada como objeto pulsional hace que la observación científica –supuestamente objetiva y neutral– del interior del cuerpo, se convierta en un espectáculo democrático donde todos los sujetos pueden tener su trago de goce. Esto se puede ilustrar con el uso contemporáneo

se trata de una observación científica, objetiva, donde se reproduce el célebre dictamen epistemológico positivista de «observar el mundo tal como es».

La constitución de un monismo científicista mente-cuerpo

Los fenómenos anteriormente descritos, los cuales he llamado la desaparición, fragmentación y transparentización del cuerpo, posibilitados por los importantes avances introducidos por el discurso científico contemporáneo, conducen a la configuración de una versión tecnocientífica del monismo mente-cuerpo. El crecimiento de un materialismo neurofisiológico, especialmente aplicado a las neurociencias tiende a expulsar toda consideración de la psique, a favor de una explicación físico-química de las expresiones humanas: la memoria, el deseo, el amor, la fe, la ética, la violencia, etc. Si bien es cierto que en el campo de las neurociencias no existe un consenso sobre la división mente-cuerpo, se constata en la actualidad una fuerte tendencia monista, la cual sostiene que el cerebro, en tanto órgano con estructuras y funciones, sería equivalente a la mente (Llinás y Churchland, 2011).

Sin percatarse del posible retorno de las rebatidas hipótesis de la frenología del siglo XIX, un grupo importante de neurocientíficos se basa en la imagenología cerebral para sostener que «el cerebro es igual a la mente» porque alberga funciones específicamente localizadas. El éxito actual de esta tesis es tal, que en el campo de la salud mental algunos hablan del fin de la clínica, en la medida que se promueve el uso de la evidencia imagenológica en el diagnóstico de enfermedades mentales.

El debate actual en torno a la publicación de la quinta edición del DSM por parte de la Asociación Americana de Psiquiatría, ha puesto sobre la mesa el llamado de un grupo importante de psiquiatras, consultores del Instituto Nacional para la Salud Mental (NIMH) de los Estados Unidos, sobre la necesidad de basar los diagnósticos

.....
de una nueva tecnología de visualización fetal (3D/4D HD Live) que se usa más para entretener («entertainment scans») que para realizar diagnósticos prenatales.

en los métodos científicos y objetivos que proveen las nuevas tecnologías de imagenología médica. Si bien el debate persiste entre quienes defienden aún una postura clínica basada en la observación y la anamnesis de los pacientes, y aquellos que proponen tener en cuenta principalmente los datos de los escáneres cerebrales para el diagnóstico, el modelo DSM parece estar llegando a su fin; y con él corre el riesgo de esfumarse el último reducto del abordaje clínico en psiquiatría (Laurent, 2013b).

Al realizar un recorrido histórico del desarrollo de la imagenología médica²³ constatamos que en poco menos de cincuenta años, las ciencias del cerebro han conocido un éxito notable, si se juzga por su omnipresencia tanto en la literatura científica como en los medios de divulgación científica y de interés general. Si realizamos una búsqueda en las principales bases de datos de publicaciones académicas en disciplinas como la psicología, la psiquiatría y la neurología, notamos que la literatura científica actual en estos campos está inundada de *papers* que muestran los resultados de investigaciones basadas en el uso de neuroimágenes. Las más comunes son aquellas que localizan en el cerebro respuestas a las cuestiones más enigmáticas de la vida humana: la sexualidad, las disposiciones sociales y morales y la enfermedad mental.

Velozmente, los resultados de estos estudios son traducidos a titulares de prensa, difundidos a nivel planetario, y permean con eficacia el sentido común. «Scan cerebral permite distinguir la depresión bipolar de la unipolar» (Lucida Treatment Programs, 2014), «Escáneres cerebrales revelan signos tempranos de esquizofrenia» (Pedersen, 2015), «Estudio basado en imágenes cerebrales explica diferencias entre hombres y mujeres» (Penn State School of Medicine Press Release, 2013), «Escáneres cerebrales revelan bases de decisiones morales» (Saalfeld, 2012), son algunos de los titulares que se encuentran, realizando búsquedas simples en internet, en boletines de divulgación científica de reconocidas instituciones y universidades.²⁴

23. Este recorrido se presenta con más detalle en el tercer capítulo de este libro.

24. Los titulares citados están en inglés en la fuente. Las traducciones al español con más.

Desde el primer artículo publicado sobre el tema en la edición norteamericana de la revista *Vogue* en el año 1983,²⁵ no pasa una semana sin que un estudio científico revele un nuevo aspecto de nuestra personalidad materializado sobre la cartografía del cerebro (Dumit, 2004). No existe hoy revista de divulgación científica que no exponga una nueva causa cerebral de las enfermedades mentales, de la identidad u orientación sexual, y de cualquier tipo de comportamiento humano o animal. En efecto, ya no hacemos la diferencia: el hombre es tratado a partir del modelo animal y la investigación del cerebro parece borrar cualquier consideración sobre el psiquismo humano. El resultado es una concepción reduccionista, ya que todo acto es susceptible de encontrar su explicación en una localización cerebral. Esto también resulta en un aumento de la medicalización de la existencia, en la medida que todos nuestros comportamientos se enumeran y escanean en un atlas y se relacionan a una causalidad orgánica.

Esta suerte de reduccionismo organicista plantea no solamente interrogantes de orden epistemológico, sino cuestionamientos de tipo ético relacionados con la libertad y la autonomía humana, dado que las investigaciones biomédicas no están destinadas solamente a curar enfermedades, sino también predecir, clasificar y ordenar las poblaciones. Una sociedad medicalizada es también una población clasificada, fichada y vigilada (Rose & Abi-Rached 2013; Queval, 2009). Sin pretender generalizar las siguientes críticas epistemológicas y éticas a la totalidad del campo de las neurociencias y reconociendo, de antemano, una compleja diversidad de posiciones y contribuciones importantes en dicho ámbito, expondré a continuación algunos aportes de pensadores contemporáneos que enriquecen un debate cada vez más necesario.

Para el antropólogo norteamericano, Joseph Dumit (2004), la construcción de un lenguaje químico del químico ha sido determinante para que podamos deducir que el débito sanguíneo cerebral es un índice de la actividad neuronal. Los marcadores de glucosa, que hacen aparecer las zonas activas del cerebro en colores, permiten ver al cerebro en actividad, no solamente cuando el sujeto ejecuta un

25. Esto se desarrolla con más detalle en el tercer capítulo de este libro.

movimiento sino también cuando se lo representa. De allí se concluye con enorme júbilo: ¡Si las zonas cerebrales se iluminan en función del contenido del pensamiento, entonces el cerebro piensa!

Este es el atajo sugestivo que toman una gran cantidad de investigadores en neurociencias y que los conduce a multiplicar sus estudios afinando el juego de luces y colores, por ejemplo con la tecnología TEP.²⁶ Comparar el repertorio de imágenes ligadas a las emociones humanas con otras especies animales, comparar el cerebro de un paciente autista con uno supuestamente normal, comparar el cerebro del hombre con el de la mujer, establecer diferencias entre el cerebro de un sujeto esquizofrénico y uno normal, entre un delincuente y un ciudadano del común, etc. Todo esto gracias a la TEP, uno de los instrumentos favoritos de los neurocientíficos de nuestro tiempo, que parecen hipnotizados por el descubrimiento de la geografía mental en colores, versión híper-moderna de la antigua teoría localizacionista o una versión tecnificada de la frenología.

Ciertamente, la neurociencia se ha convertido en una potente máquina para reducir todo lo que es psíquico al funcionamiento neurofisiológico del cerebro, con base en una prueba reina: somos capaces de ver las áreas del cerebro que se activan cuando los sujetos hacen ciertas acciones, como interpretar música, rezar, pintar, soñar, hablar, etc. De ahí se concluye precipitadamente, que se ha encontrado la causa del mecanismo mental en cuestión. Además, los neurocientíficos concluyen con base en sus experimentos, que a partir de la modificación de una condición mental o comportamiento, con un producto químico, se puede deducir la causa del estado mental o la conducta en cuestión. De este modo se transforma de manera muy hábil, aquello que alguna vez fue mental, en mecanismo neurofisiológico, suministrando certezas allí donde antes sólo había hipótesis.

Tal como lo afirma Pérez (2012), la confusión del soporte material de un fenómeno con el fenómeno en sí es probablemente el error más grande del monismo neurocientífico. ¿Quién podría confundir la

26. La Tomografía por Emisión de Positrones (TEP) es una técnica diagnóstico e investigación «in vivo» por imagen capaz de medir la actividad metabólica del cuerpo humano. En el capítulo tercero de este libro se analizará en profundidad el uso de esta tecnología en los llamados estudios del cerebro.

belleza que caracteriza a una pintura con el material que la soporta? Con los mismos elementos, los óleos, el lienzo, el marco, sin duda podemos hacer otra cosa, una mala copia de la obra, por ejemplo. Aunque la materialidad que soporta la pintura sea una condición necesaria, *sine qua non*, para la existencia de la belleza de la pintura, no podemos confundir la materialidad de la obra con el acto artístico que la produjo. Esto se aplica a todo lo que es del campo humano-cultural: la música, la pintura, la lengua, el credo, etc.

¿Es necesario tener conocimientos sobre física y química para definir la función del oro en la económica de los pueblos, incluso cuando sus propiedades fisicoquímicas son absolutamente indispensables para que este metal precioso pueda cumplir su función en el campo económico? O, ¿tal vez nos acercamos a la época en la que los expertos en física y moléculas, serán quienes definirán el futuro de las políticas económicas de las sociedades del futuro, de la misma manera que las condiciones artísticas de una obra serán analizadas no por los críticos de arte, sino por este tipo de científicos? Estas preguntas son igualmente aplicables en el ámbito del pensamiento, las emociones, y en general, a todos los fenómenos que se sitúan en el campo de la mente. Incluso si podemos reconocer, sin dudarlo, que ningún fenómeno psicológico o mental ocurre sin la activación de mecanismos fisiológicos, nervios, sustancias químicas, estos últimos no son equivalentes ni a los fenómenos ni a sus causas.

Según Bassols (2011b), la preeminencia actual del significante «neuro» en el campo de la psicología y de la salud mental está relacionada con la veneración contemporánea de la ciencia, que ejerce influencia en todas las actividades humanas. Se refiere a este fenómeno como cientificismo distinguiéndolo de la ciencia. En esta nueva ideología científica, parece que estamos convencidos de que si un elemento está sujeto a una demostración científica todo se explica y no hay necesidad de introducir otro tipo de debate. Bassols subraya que el cientificismo se caracteriza por la confusión del reduccionismo metodológico, necesario en toda producción de conocimiento científico, con un reduccionismo ontológico, que consiste en aplicar un conocimiento científico insuficiente a la explicación de lo desconocido. A través de una lectura rigurosa de las teorías neurocientíficas

contemporáneas, este autor diferencia aquellas que no derivan en un reduccionismo que consiste en explicar absolutamente todos los fenómenos humanos, incluyendo el lenguaje, a partir de la fisico-química cerebral, de aquellas que producen una variedad de explicaciones absurdas con base en presupuestos reduccionistas sobre las cuestiones más enigmáticas en la vida humana como lo son la sexualidad, el comportamiento moral y la identidad.

Al lado de la genética, las neurociencias constituyen hoy en día uno de los campos científicos más beneficiados por los avances en biología molecular. El significante «neuro» se ha convertido en un significante sobresaliente, dado que lleva con él la marca de una verdad científica. Basta con adherirlo al nombre de cualquier otro campo para que este último gane potencia científica: neuropsiquiatría, neuro-ética, neuro-filosofía, neuropsicología, neuro-teología, neuro-derecho, neuro-estética, neuro-marketing, o incluso ¡neuro-psicoanálisis! Pero, ¿cómo hemos llegado hasta aquí? La hipótesis que sostengo en el tercer capítulo de este libro, siguiendo las investigaciones de Dumit (2004) y Rose & Abi-Rached (2013), entre otros, es que las neurociencias tienen una característica que les da una ventaja sobre otros campos científicos contemporáneos. Un número importante de neurocientíficos ha sabido aprovechar los beneficios de los avances tecnológicos en imagenología médica, produciendo imágenes del cerebro que tienen un efecto cautivador y fascinante entre los círculos expertos y legos.

Desde una perspectiva psicoanalítica, lo anterior puede sustentarse acudiendo a las tesis de Wajcman (2011) en su libro *El ojo absoluto*. Según este autor una de las características propias de nuestro tiempo es la pretensión de que los hechos, para poder ser considerados como hechos, deben ser vistos. Lo visible condiciona la existencia de las cosas en nuestro mundo. Desde la hipervigilancia de una sociedad asegurada con cámaras por todas partes, hasta el dominio del campo de la investigación científica, pasando por todo el cuestionamiento de la vida privada e íntima –uno de los ejemplos más obscenos los llamados *reality-shows*–, asistimos a una tiranía de la transparencia. Todo lo que es real, debe ser visible, dando como resultado una nueva versión de la ecuación positivista, que gobierna el mundo contempo-

ráneo: lo real es igual a lo material, que es igual a la existencia, que es equivalente a lo visible, lo que se puede ilustrar con la siguiente ecuación $R = M = E = V$ (Pérez, 2012). En el tercer capítulo, cuando se analicen las prácticas de visualización médica, se expondrán con mayor profundidad las ideas expuestas por este autor cuyo referente principal es la teoría lacaniana sobre la imagen y la mirada.

El cuerpo en el psicoanálisis

Antes de continuar con la descripción y el análisis de dos prácticas biomédicas basadas en técnicas de imagenología, es pertinente detenerse para introducir una serie de preguntas que permiten situar algunas claves de interpretación que provee el psicoanálisis lacaniano para pensar las transformaciones corporales en la era de las tecnociencias.

¿Cómo interpretar el advenimiento del cuerpo fragmentado y transparente de la era de la tecnociencia, haciendo uso de los conceptos psicoanalíticos? ¿Cómo analizar la utopía tecnocientífica transhumanista y la desmaterialización del cuerpo que ésta pretende? ¿Cómo leer el surgimiento de un monismo mente-cuerpo y su relación con la preeminencia de las tecnologías de visualización del cuerpo en el campo de la medicina?

La teorización psicoanalítica lacaniana, está atravesada de principio a fin, por una pregunta sobre el cuerpo. Partiendo de una concepción del cuerpo como unidad imaginaria que resulta de una identificación especular –*cuerpo imaginario*–, pasando por una noción de cuerpo vaciado, mortificado y recortado por el significante –*cuerpo simbólico*–, Lacan acentúa en lo que se conoce como «su última enseñanza», en la dimensión *real del cuerpo*.

En lo referente a la fragmentación del cuerpo y a la disolución de la barrera interior-exterior que lo vuelve transparente para los ojos de la ciencia, es pertinente acudir a la primera teoría lacaniana del cuerpo: la de la constitución del cuerpo como una imagen en el estadio del espejo. A pesar de que la teoría del cuerpo en Lacan evolucionó considerablemente, particularmente en su última enseñanza, él con-

sideraba todavía en 1975 que su doctrina del cuerpo como imagen, era una de las piedras angulares de la teoría psicoanalítica: «Un cuerpo [...] lo aprehendemos como forma. Lo apreciamos como tal por su apariencia. Esta apariencia del cuerpo los hombres la adoran. Adoran en suma una pura y simple imagen» (p. 57).

En su escrito de 1949 sobre el estadio del espejo, Lacan presenta su teoría sobre la constitución del cuerpo imaginario, el cuerpo como una imagen. A partir de una lectura original de las doctrinas etológicas y psicológicas de su tiempo, define la identificación imaginaria, es decir «la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen [...] un imago» (2003 / 1949, p. 87). Esta identificación que él sitúa, siguiendo la teoría de la evolución de Baldwin, desde los seis meses de edad en infantes humanos, se caracteriza por una investidura libidinal, especular y espectacular:

El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrecito en ese estadio *infans*, nos parecerá que manifiesta en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo se precipita de forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto (Lacan, 1949, p. 87).

Esta *gestalt*, en tanto forma constitutiva del *yo-ideal*, es entonces anticipatoria de una coordinación motora que el sujeto no logra todavía. De hecho, ésta es ortopédica de un cuerpo que aparece fragmentado en los fantasmas. En este sentido es un espejismo de la maduración de su poder dado que el cuerpo está insuficientemente formado, aún está fragmentado. De ahí su carácter a la vez alienante e ilusorio pero también necesario, para la estructuración de la forma del cuerpo, de su orientación en el espacio, así como de todos los vínculos con los otros y con el conocimiento del mundo, que estarán siempre marcados por una inclinación imaginaria, por ende agresiva y paranoica.

La originalidad de la propuesta lacaniana del estadio del espejo yace en que la imagen tiene efectos reales en el cuerpo; es por la imagen que el cuerpo toma forma. Pero esto no pasa sin la intervención

del lenguaje, ya que esta imagen no se puede construir como identificación sin el apoyo del significante del Otro; por ejemplo, la madre pone al niño frente a su imagen y mirándolo dice «Mírate, cómo eres de hermoso, etc.» Aquello que permite la identificación del niño con la imagen que percibe, son las palabras del Otro. Podemos asumir que el niño en ese momento de su constitución subjetiva, vive una realidad caracterizada por múltiples sensaciones orgánicas sin ninguna unidad: es la experiencia de un cuerpo fragmentado. Es como si sus miembros no le pertenecieran, como si fuera un conjunto de sensaciones orgánicas caóticas.

Mediante la introducción de la doctrina del estadio del espejo, Lacan propone que la unidad del cuerpo no se deriva de ninguna evolución biológica del organismo, sino de una identificación con una imagen encontrada en el semejante. Esta captura imaginaria que da nacimiento a la unidad del cuerpo, reemplaza la fragmentación original del organismo. Sin embargo, esta sustitución no está totalmente terminada; de ahí, que seamos confrontados en los momentos de angustia, o en algunos fenómenos en la psicosis, a la fragmentación del cuerpo. El encuentro del sujeto con su propia imagen en el espejo, así como con el otro semejante, es constantemente amenazado con el retorno de la fragmentación, supuestamente original. Esta imagen del cuerpo, tan adorada por los seres humanos, si bien es estructurante es también muy frágil. Así lo explica Lacan en su *Seminario XXIII*:

El *parlêtre* adora su cuerpo porque cree que lo tiene. En realidad, no lo tiene, pero su cuerpo es su única consistencia –consistencia mental, por supuesto–, porque su cuerpo a cada rato levanta campamento [...] la adoración es la única relación que el *parlêtre* tiene con su cuerpo (Lacan, 1975-76, p. 64).

En nuestros tiempos signados por los avances en las técnicas de visualización del cuerpo, asistimos a un cuestionamiento de la supremacía del cuerpo como imagen de completud, imagen adorada, ya que oculta el aspecto ominoso de un organismo fragmentado. Los órganos, hoy protagonistas de la escena, han tomado la delantera con respecto al cuerpo como imagen unificada. La piel,

traspasada por los rayos X, los ultrasonidos, las tomografías, las resonancias magnéticas, ya no es una barrera; ha cesado de ser el eje de articulación de la dicotomía interior-exterior. El interior, está ahora al mismo tiempo afuera. Así la tecnociencia revitaliza los fantasmas de la fragmentación corporal estructuralmente presentes en los seres humanos.

Más allá de la doctrina sobre lo imaginario, Lacan nos proporciona otros elementos conceptuales que nos sirven para interpretar la fragmentación del cuerpo en la época de la tecnociencia. Al entrar en el registro simbólico, el cuerpo sufre los efectos del significante. Esta inmersión en el lenguaje produce una pérdida de goce irrecuperable, pero esta pérdida es al mismo tiempo constitutiva del cuerpo, un cuerpo para siempre marcado por ella, y también es constitutiva de un objeto definido como objeto perdido: el *objeto a*. Los restos del goce perdido estarán ubicados en las partes del cuerpo que tienen una estructura de borde: las zonas erógenas. En la civilización se encuentran múltiples maneras en las que el Otro ordena y normaliza las formas de gozar. Un ejemplo concreto es la práctica de la circuncisión, que Lacan interpreta como una demanda del Otro divino en el judaísmo. El fraccionamiento significativo del cuerpo puede verse igualmente en la práctica de aprendizaje de las partes del cuerpo en los niños: un cuerpo compuesto de partes clasificadas, ordenadas, nombradas (Brousse, 2012). Es ciertamente el discurso científico moderno el que viene a acentuar ese recorte significativo del cuerpo, especialmente con la anatomía y toda la tradición que ésta inaugura, de la cual vemos hoy las derivaciones técnicas.

Aunque la ciencia moderna ha hecho posible un retorno tecnificado de la fragmentación corporal, no significa que el aspecto fascinante y narcisista de la imagen haya perdido su potencia, de lo contrario no habría prácticas cosméticas ni quirúrgicas de reconstrucción estética. Pero, lo que es nuevo dentro de las formas actuales de reconstrucción del cuerpo, es que se hace a través del corte real de lo orgánico, de los órganos: se extraen partes en exceso y se ponen otras que se suponen faltantes. Todavía prevalece la fragmentación corporal, como se ve en las series norteamericanas y los documentales científicos sobre cirugías cosméticas, que toman mucho más tiempo para mostrar las

imágenes a veces repugnantes de partes recortadas, que la imagen unificada de la mujer-Barbie fabricada.

En efecto, para entender el lugar que ocupa el órgano en las representaciones contemporáneas del cuerpo, es necesario mirar del lado del *objeto a* lacaniano en su relación con la teoría psicoanalítica del cuerpo. Sin el *objeto a* no podemos aprehender el posible vínculo entre dominios que no están asociados de forma natural en los seres humanos: la imagen unificada del cuerpo (el cuerpo imaginario), su recorte significativo (cuerpo simbólico) y el goce (el cuerpo real). En su seminario sobre la angustia, Lacan (1962-63) introduce una ruptura en su enseñanza en lo que concierne al objeto, y por ende en lo relativo al concepto de cuerpo:

Lo que nos interesa en la cuestión [...] no es en absoluto el cuerpo participando en su totalidad [...] sino el compromiso del hombre que habla en la cadena significante, con todas sus consecuencias [...] en el cuerpo hay siempre, debido a este compromiso de la dialéctica significante, algo separado, algo sacrificado, algo inerte, que es la libra de carne (p. 237).

Lacan considera equivalente esta «libra de carne»²⁷ al *objeto a* en tanto es «algo separado». Es un «pedazo de cuerpo», una parte de nosotros tomada por la máquina formal del significante que es irrecuperable. Este resto corporal es el objeto perdido, soporte de la función de causa (Lacan, 1962-63). Él inventa un nuevo tipo de objeto, que indica con la letra *a* y le da cinco formas: el objeto oral, anal, el falo, la mirada y la voz. Este nuevo estado del objeto determina así otro cuerpo completamente diferente de aquel del estadio del espejo, o del cuerpo simbólico de su seminario sobre la relación del objeto. Este ya no es el cuerpo «visual» del espejo, es más bien el cuerpo libidinal, el cuerpo de las zonas erógenas. El cuerpo de la buena forma comienza a dar lugar al cuerpo de «lo in-forme» (Lacan, 1975).

Para abordar el *objeto a* que en su *Seminario X* se muestra particularmente corporal, Lacan parte de descripciones realistas y anatómicas del cuerpo. Esto proporciona una descripción inédita de los objetos

27. Lacan toma este término de una metáfora referida por W. Shakespeare en su obra *El mercader de Venecia* (1600).

parciales, muy diferentes a lo tratado en el seminario sobre la relación de objeto. Tomemos, por ejemplo, el seno: Lacan describe cómo este objeto real, objeto de necesidad para satisfacer el hambre, se convierte en un objeto simbólico; el objeto de satisfacción se convierte en un don, un signo de amor, por lo tanto, un significante. Mientras que en su seminario sobre la angustia, el seno es un objeto del infante, no de la madre; la línea divisoria pasa entre el organismo de la madre y el seno. Es un objeto independiente del niño que se va a adherir a la madre. De ahí esta topología extraña del cuerpo, donde no es suficiente un esquema en dos dimensiones, que ya no está estructurado como el interior y el exterior o el cara-a-cara del espejo: «Si lo más yo mismo que hay está en el exterior, no tanto porque lo haya proyectado, como porque ha sido separado de mí [...]» (Lacan, 1962-63, p. 242).

Lacan amplía la lista de objetos pulsionales parciales ya identificados por Freud, Abraham y Klein. Es principalmente la experiencia clínica de la psicosis, donde la mirada y la voz están especialmente presentes en lo real, lo que le permitió hacerlo. Lo que sucede en estos casos es que el objeto no está sustraído por no haber operado la castración simbólica. El cuerpo como sustancia gozante se encuentra afectado por el lenguaje y en esa medida es evacuado de la libido. Esta debe localizarse porque si no queda a la deriva (Leguil, 2015). A menudo hablamos de fenómenos corporales ligados a la psicosis. Si el goce no está localizado, el sujeto encuentra los medios para hacerlo; existen métodos de extracción radicales del objeto, como la mutilación, el pasaje al acto. Las tentativas de extraer el objeto, de localizar el goce a través de la conexión a objetos o máquinas, los fenómenos psicosomáticos o las adicciones, pueden ser también modos de localización. Igualmente, el uso o fabricación de objetos o el hecho mismo de fabricarlos. (i.e. obras artísticas, pintura, escritura, escultura) pueden servir para extraer el objeto. Sin embargo, no debemos olvidar que los fenómenos corporales no son exclusivos de las psicosis, ya que el neurótico tampoco tiene una relación normal con el cuerpo, «lo que es normal, es más bien que el cuerpo no se sostenga» (Laurent, 1999).

Ciertamente el cuerpo es inconsistente y la angustia se convierte en una especie de detector de *objetos a*, como se ve en las experiencias de encuentro con imágenes siniestras (por ejemplo en el cine y en las

series de TV), de objetos que aparecen separados de la imagen completa del cuerpo, donde el paradigma es la mutilación. Cuando estos objetos se articulan en una *gestalt* aparecen cubiertos del velo de la belleza, pero cuando se cortan, producen un sentimiento de horror y angustia, porque estos se convierten en objetos reales, que funcionan del lado del cuerpo fragmentado. Se evidencia un movimiento paradójico: en la medida que la ciencia fragmenta cada vez más el cuerpo para explicarlo, para entenderlo anatómica, fisiológica y químicamente, más emerge la angustia generalizada bajo la forma de nuevos síntomas corporales, que escapan al saber científico: fibromialgias, ataques de pánico, fenómenos psicósomáticos.

Extrañamente, vivimos en una época en la que la medicina está en la cima de sus descubrimientos científicos en muchas áreas y sin embargo no puede controlar completamente el cuerpo. La disponibilidad en la web de toda suerte de información acerca de las enfermedades, así como todos los tratamientos posibles, no parece suficiente para aliviar los cuerpos enfermos (Bassols, 2015). Al parecer, la famosa «sociedad del conocimiento» no logra hacer frente a la angustia que se deriva de la creciente fragmentación y transparentización de los cuerpos. Se actualiza de esta forma lo que anotó Lacan con ironía en 1974 sobre «la angustia del científico».

Capítulo 3

La mirada de la ciencia al interior del cuerpo: dos casos de estudio

La extensión del ámbito de la mirada sigue al avance del discurso de la ciencia. Es un hecho. Ella constituiría un efecto deletéreo de su ascenso irresistible. Lo cierto es que una voluntad motoriza el discurso de la ciencia: ver, ver todo, ver todo de todo. Esta voluntad se ha difundido. Infiltrada, se impone a todo y a todos, lo gobierna todo. Habita ahora el espíritu de la época [...] Lo que el discurso de la ciencia hace es inyectar en ella una creencia y una promesa: que podamos ver todo. [...] El deseo de ver se ha mutado así en voluntad de ver todo. Y esta voluntad se impone ahora como una ley (Wajcman, 2011: 16-17)

La historia del cuerpo a partir del siglo XX es aquella de una intervención creciente de la medicina, que rodea los acontecimientos comunes de la vida, remueve los límites y aumenta el campo de lo posible. En el curso de los dos primeros tercios del último siglo, la medicina, vigorosa por sus victorias en la exploración del cuerpo y la prolongación de la vida, ya estaba en ruta para conquistar la exclusividad de la administración del cuerpo y el desciframiento de sus secretos. Su imperio aumentó aún más con la expansión de sus prácticas por fuera del campo de lo patológico propiamente dicho, dando como resultado la medicalización de la vida cotidiana (Queval, 2008; Moulin 2006). Sin embargo, es con el despliegue acelerado de las tecnologías de imagenología que el saber médico ha ganado un poder incontestable, infiltrando aún más las representaciones sociales y las prácticas del cuerpo en nuestra época. Es con la imagenología médica, como uno de los instrumentos más importantes de la gran «máquina de ver» de nuestra sociedad híper-moderna,

que el cuerpo-organismo es actualmente el lugar privilegiado de la verdad de los sujetos (Wajcman, 2011).

Las técnicas de imagenología han puesto las maravillas del cuerpo al alcance del público, promoviendo la idea de un todo-poder de la medicina. Y esto, sin duda, tiene efectos formidables, porque gracias al mejoramiento de los dispositivos ópticos, la espeleología de los órganos permite llevar a cabo intervenciones extraordinarias. Ya casi no se opera un gran número de afecciones a vientre abierto, disminuyendo los riesgos de infecciones tan comunes anteriormente. La posibilidad de hacer cirugías en el curso de una exploración endoscópica de los órganos huecos, como la vesícula, el estómago o el intestino, parece no tener límites ni peligro, porque éstas se hacen sin esfuerzo, pasando por los orificios naturales. Se evita así las incisiones, las cicatrices, las infecciones, incluso a veces la anestesia. La medicina de hoy se refleja cada vez menos en las escenas sangrientas de la sala de operación, y cada vez más, en las composiciones escaneadas, que pueden simultáneamente viajar por la web. Asistimos actualmente a la práctica inverosímil de la operación robótica con el concurso sinérgico de equipos internacionales que se encuentran en Internet. Los hospitales virtuales y la telemedicina están a la orden del día y el cuerpo digitalizado se convierte en el soporte del éxito científico de la hipermodernidad (Moulin, 2006).

En efecto, el aprendizaje de la anatomía en el siglo XXI no se efectúa más sobre los cadáveres; práctica obsoleta que acarrea problemas logísticos, prácticos, incluso éticos. Los profesionales en informática norteamericanos han desarrollado un modelo que ofrece en imágenes un equivalente escaneado del cuerpo humano, con el fin de brindar a los estudiantes de anatomía los planos sagitales y frontales en un conjunto interactivo de fácil manejo, organizado, numerado, disponible en cualquier momento para el análisis y la disección en computador. Este programa, que ha sido nombrado magistralmente *The Visible Man*, no ha sido, sin embargo, concebido en lo abstracto, sino a partir de un hombre bien tangible de 35 años, de cuerpo saludable y deportivo, inquilino durante varios años, en las antecámaras de la muerte, antes de ser víctima de la pena capital. *The*

Visible Woman, el equivalente femenino del programa para el aprendizaje de la anatomía, salió a las pantallas poco tiempo después del modelo masculino, fue configurado a partir de una mujer enferma, muerta por insuficiencia cardíaca y carente de las características estéticas de su semejante (Moulin, 2006).

Ciertamente, la imagenología médica aporta progresos magníficos y necesarios para el diagnóstico, la detección oportuna y los tratamientos de las enfermedades, así como ventajas considerables para el aprendizaje médico y la cooperación científica. Sin embargo, lo que me interesa analizar en este capítulo es el abuso del uso terapéutico de la imagenología médica que se dirige hacia un empleo francamente ideológico, con consecuencias inéditas en la representación contemporánea del cuerpo, la subjetividad y el vínculo social. Los dos casos de estudio, que presentaré a continuación, ilustran precisamente cómo la imagenología médica, puesta al servicio de las neurociencias, o mercantilizada por un negocio en crecimiento de algunos médicos-obstetras, contribuye al aumento vertiginoso del discurso de la ciencia como indisociable de la extensión del campo de la mirada. Estas prácticas contemporáneas alrededor de la imagenología, materializan despiadadamente la efectividad de los nuevos poderes sobre el cuerpo. Presentaré un retrato de dos nuevas filiales del «biotecnopoder» vinculadas con la gran empresa «multinacional de la mirada» (Wajcman, 2011, p. 14).

La fabricación de las imágenes del cerebro o la entronización del cerebro por la imagen

En la enseñanza médica se han habituado ustedes a ver. Ven el preparado anatómico, el precipitado en la reacción química, la contracción del músculo como resultado de la estimulación de sus nervios. Más tarde, se exhiben a los sentidos de ustedes los enfermos, los síntomas de su enfermedad, los productos del proceso patológico y, en muchos casos, hasta el agente de la enfermedad en su estado aislado. En los departamentos de cirugía son testigos de las intervenciones mediante las cuales se procura aliviar al enfermo, y tal vez ustedes mismos ensayen

ejecutarlas. También en la psiquiatría la presentación del enfermo con sus muecas, sus modos de decir y su conducta alterados les sugiere una multitud de observaciones que dejarán en ustedes una impresión profunda. Así, el profesor de medicina desempeña predominantemente el papel de un guía y de un intérprete que los acompaña por un museo mientras ustedes obtienen un contacto inmediato con los objetos, y, por medio de su propia percepción, se sienten convencidos de la existencia de los nuevos hechos (Freud, 1916: 14).

Como consecuencia del descubrimiento de los rayos X por Wilhelm Roentgen en 1895, la radiografía ofrece el primer ejemplo de imagenología del cuerpo basada en métodos físico-químicos herederos de las ciencias fundamentales. Al principio, ésta fue instrumentalizada por los cirujanos con el fin de identificar los objetos extraños, a menudo metálicos, tragados principalmente por los niños. Después, gracias a la posibilidad de visualizar fácilmente los huesos y las fracturas, los rayos X comienzan a ser utilizados masivamente en el diagnóstico de los traumas de los combatientes durante la Primera Guerra Mundial. Al mismo tiempo que el cine nace, el montaje de una pantalla fluorescente junto con el dispositivo de rayos X permite observar el movimiento de la caja torácica y el esclarecimiento de los pulmones durante el momento de la inspiración y la tos (Moulin, 2006). Mientras que Freud está tras la pista de la invención de un método de desciframiento lingüístico de los síntomas histéricos, se fabrica la máquina que permite espiar sin violencia, el funcionamiento de los órganos al interior del cuerpo.

Sin embargo, en un primer momento de la historia de la imagenología médica, el saber de referencia sigue siendo el cuerpo muerto, el cadáver; es el aspecto de esqueleto lo que caracteriza las representaciones artísticas y literarias de esta nueva imaginización del interior del cuerpo. Y luego, los rayos X, conocidos en aquel entonces con el nombre de esquiagrafías –palabra que proviene del griego *skia*, y que significa «sombra»–, demandan un esfuerzo importante de desciframiento e interpretación; son indisolubles de una cierta hermenéutica, tal como lo afirma en 1936 Antoine Béclère, el fundador de la radiología: «Los rayos X no se equivocan nunca. Somos nosotros quienes nos equivocamos

interpretando mal su lenguaje o pidiéndoles más de lo que nos pueden dar» (Béclère citado por Moulin, 2006, p. 59).²⁸

Quedaba aún todo por inventar, la distancia óptima entre el objeto y la fuente de radiación, los ángulos de aproximación, y sobre todo encontrar la dosis precisa de radiación. Es así como el método de desciframiento evolucionó por fases consecutivas, donde la primera consistía en comparar las películas fotográficas o *clichés*²⁹ obtenidos de los vivos y de los muertos, éstos últimos con un diagnóstico autenticado por la autopsia. Luego, los datos de la radiografía eran minuciosamente comparados con aquellos del examen clínico, para llegar finalmente a la autonomía de las radiografías donde éstas sólo serán comparadas con ellas mismas. Gradualmente, se perfila una semiología especializada, capaz de catalogar las claridades y opacidades, localizadas o difusas, normales o patológicas. Poco a poco, “las imágenes en sombras chinas», llamadas así metafóricamente por Roentgen con el fin de resaltar su opacidad, se esclarecerán, marcando el beneficio concedido al aumentar lo visible sobre las otras informaciones sensoriales (Moulin, 2006, p. 60).

A principios de 1940, las radioscopias fueron utilizadas masivamente, principalmente en la detección sistemática de la tuberculosis; bajo la bandera de la salud pública, fueron exigidas a las mujeres embarazadas, a los niños en edad escolar, a los empleados. En tanto que prototipo de detección sistemática masiva en aquella época, y dada la ausencia de un tratamiento eficaz, la prescripción para todos de los rayos X pulmonares fue cuestionada por algunos, alertando un desvío hacia la estigmatización de las poblaciones (Moulin, 2006).

El siguiente capítulo de la historia de la imagenología médica llega con la invención de otro tipo de rayos, poniendo al día el pensamiento de Claude Bernard, cuando afirmaba que percibiríamos los secretos del funcionamiento del cuerpo «cuando podamos seguir

28. La traducción del francés es mía.

29. En el texto original en francés se usa el término *cliché* fotográfico. En español el término *cliché* es definido como fragmento de película fotográfica en negativo que sirve para reproducir la imagen que contiene en papel: guarda los clichés para poder hacer copias de las fotos. Clisé, negativo. En *Diccionario Manual de la Lengua Española*. Larousse Editorial. 2007.

una molécula de nitrógeno de carbono, escribir su historia y contar su viaje desde la entrada hasta la salida» (Planiol, citada por Moulin, 2006, p. 59).³⁰ Es en 1935 que Frédéric Joliot-Curie, al recibir su premio Nobel, propone introducir en el cuerpo, elementos radioactivos para emprender este viaje legendario y así explorar los órganos que hasta el momento eran difíciles de visualizar, tales como el hígado o el páncreas. El Yodo 28, fue el primer isótopo utilizado médicamente gracias a su carácter a la vez inofensivo y detectable. Se volvió rápidamente obsoleto debido a su corta duración: veinticinco minutos que permitían a duras penas el registro de las emisiones de partículas y no llegaba a proporcionar una imagen. En 1940, los isótopos de Yodo menos pasajeros aparecían, y en 1949 entró en uso un medidor en el que la radiación emitida por el cuerpo hacía centellear un cristal, de allí el nombre de escintigrafía.³¹

Contrariamente a la radiografía o más tarde al escáner, la imagen escintigráfica no se puede realizar en un cadáver, puesto que ella necesita de las células vivas capaces de fijar el trazador radiactivo. Los órganos como el cerebro, el hígado, los riñones, y los pulmones aparecen en imágenes netas por primera vez, permitiendo visualizar abscesos, tumores, a menudo inaccesibles a través del examen físico-clínico. Igualmente se hace posible multiplicar los planos de corte y de reconstituir los órganos en tres dimensiones. Todo parecía soñado e ideal si esto no estuviera contaminado por lo nuclear. El tratamiento de pacientes con sustancias radioactivas era entonces, y sigue siéndolo hoy, objeto de diversas preocupaciones. Para calmar las angustias, se tiene que inventar una alternativa al uso de una molécula artificial externa al organismo, asociada con la imagen de lo nuclear cancerígeno. El uso de emisores de positrones, en tanto que sustancias omnipresentes en el cuerpo como el oxígeno o la glucosa, viene entonces como respuesta parcial a las angustias generalizadas alrededor de las tecnologías de medicina nuclear (Moulin, 2006).

30. La traducción del francés es mía.

31. Traducida de la palabra en francés *scintigraphie*, cuya raíz etimológica *scintiller* puede traducirse al español por centellear o alumbrar.

Lo que es totalmente nuevo y revolucionario con la medicina nuclear es el hecho que ésta no sirve únicamente para explorar los órganos enfermos, sino que inventa una nueva morfología del interior del cuerpo. El viaje de una molécula que, traicionada por su radiación, se fija a receptores específicos, dibuja en el cuerpo subdivisiones que no tienen nada que ver con el atlas anatómico clásico. Así se esbozan tanto las imágenes del cuerpo como los marcadores escogidos, sugiriendo la complejidad de las relaciones entre las partes del cuerpo y la existencia de una especie de lenguaje entre ellas, asociadas a la existencia de mediadores y de receptores. Es con la introducción de la noción del lenguaje químico del cuerpo, que se ha preparado magníficamente el terreno para cultivar los ambiciosos programas del estudio del cerebro.

Sin duda, la construcción de un cuerpo químico es determinante para que se pueda deducir que el flujo sanguíneo cerebral es un índice de la actividad neuronal (Moulin, 2006). La glucosa marcada que hace aparecer las zonas activas del cerebro en colores permite ver el cerebro en actividad, no solamente cuando el sujeto ejecuta un movimiento sino también cuando se representa este movimiento. Se concluye entonces que el cerebro piensa porque sus zonas se encienden en función del contenido del pensamiento. A partir de este postulado, los investigadores en neurociencias se embarcan en una infinitud de estudios comparativos afinando este juego de luces. Comparar el repertorio de imágenes vinculadas a las emociones humanas con otras especies animales, comparar el cerebro de un sujeto deprimido con un sujeto normal, comparar el cerebro del hombre con el de la mujer, establecer las diferencias entre el cerebro de un delincuente y un sujeto normal, etc. Todo ello con la cámara de positrones (Tomoescintigrafía por Emisiones de Positrones - TEP), convertida en la herramienta favorita de los neurocientíficos, hipnotizados por el descubrimiento de una geografía mental en colores, versión híper-moderna de la teoría de las localizaciones cerebrales, ver incluso la versión tecnificada de la frenología (Dumit, 2004).

Dando un salto rápido desde la voluntad de «ver mejor», para detectar y curar, a un «ver todo» para vigilar, prever y controlar los cuerpos, las neurociencias respaldadas por la imagenología médica

constituyen un excelente ejemplo del cientificismo dominante. El caso de estudio sobre los discursos que rodean la producción, circulación y apropiación de las imágenes TEP del cerebro, me ayuda a ilustrar esta idea.

Para empezar me referiré a la reflexión epistemológica que realiza Dumit (2004) al analizar los experimentos basados en la TEP. Supongamos que un prestigioso equipo de investigación publica un artículo en el que se demuestra una correlación entre el aumento del fluido sanguíneo en los dedos del pie y el aprendizaje de la lectura en un número de sujetos estadísticamente significativo. En el mejor de los casos, tal afirmación se recibiría con bastante escepticismo e incluso si se repitiera la experiencia en grupos representativos variados confirmando el resultado, no se llegaría a la conclusión que la lectura es una función de los dedos de los pies. Si se llevara más lejos la experiencia, encontrando eventualmente una correspondencia entre una zona del cerebro, los dedos de los pies y el aprendizaje de la lectura, incluso si la «señal» del cerebro fuera más débil que la de los pies, puede ser que se concluya, sin embargo, que la lectura está en el cerebro y que el fluido sanguíneo de los dedos del pie es una especie de efecto del proceso cerebral. Entonces, ¿qué es lo que nos permite concluir que hemos llegado al lugar correcto por el hecho de que se haya confirmado una correspondencia entre la lectura y una parte específica del cerebro?

Las imágenes producidas por la tomografía por emisiones de positrones (TEP), también llamada PET o *PET scans* en inglés, son el resultado de un conjunto increíblemente complejo, costoso y multidisciplinario de técnicas, tecnologías y especialistas. Un scanner TEP experimental, incluyendo el ciclotrón que produce los nucleídos radioactivos, cuesta alrededor de seis millones de euros. Un proyecto de investigación TEP no puede llevarse a cabo sin la experticia de físicos, químicos nucleares, matemáticos, informáticos, farmacólogos y neurólogos. La meta es alcanzar un saber sobre los circuitos recorridos por los fluidos moleculares en el cuerpo, sobre las partes específicas y sobre la duración determinada.

La técnica TEP es la solución al problema del seguimiento de una sustancia molecular como el agua, el oxígeno, el azúcar o la fluoxetina, y observar todos los circuitos de su viaje al interior del cuerpo. Por

medio del uso del ciclotrón, los isótopos radioactivos provenientes de los cuatro elementos atómicos comunes (carbono, nitrógeno, oxígeno y fluorina), son substituidos por los átomos originales de la molécula objetivo. Esta molécula radio-etiquetada funciona exactamente como la molécula original. Durante su duración, la molécula es capturada por el escáner y reconstruye sobre un plano que representa la velocidad de flujo de la molécula. El resultado es entonces una fotografía del fluido molecular en el cuerpo, principalmente en el órgano seleccionado (Dumit, 2004). La técnica TEP es utilizada, por supuesto, en diversas especializaciones médicas para mejorar el diagnóstico vinculado a ciertos problemas cardiacos, para diferenciar los tumores benignos de los cancerígenos en ciertos órganos, para detectar las metástasis, y para identificar diferentes tipos de cáncer.³²

Lo que me interesa en este capítulo es analizar el uso particular del TEP por la investigación neurocientífica y principalmente en la investigación sobre el cerebro (*Brain Research*), ya que a esto apuntan las conclusiones de esta investigación, y a que tienen una supremacía en los medios de comunicación, demostrando su poder de penetración en el discurso común. Interpretados, editados y publicados en los medios de comunicación de gran audiencia, como también en los medios especializados de divulgación científica, los resultados de la investigación neurocientífica basados en la imagenología TEP contribuyen eficazmente al deslizamiento de la ciencia hacia una ideología científica; una ideología científica que, además, opera la supresión del sujeto del inconsciente.

Describiré enseguida cómo las imágenes TEP del cerebro son presentadas en la diversidad de publicaciones, así como en las descripciones de los investigadores, de los periodistas y de las personas comunes, de una forma tal que vehiculan la representación del cerebro como el sujeto de la acción: el cerebro piensa, habla, lee, huele, alucina, se deprime, cree, ama, odia, miente, etc. Ilustraremos igualmente cómo la técnica de imagenología TEP se vuelve una empresa performativa de fabricación, no únicamente de la equivalencia sujeto=cerebro, sino también de tipos

32. Una buena fuente de información sobre el uso clínico de la TEP es el sitio web de la Academia Americana de Imagenología Molecular (*Academy of Molecular Imaging*) www.ami-imaging.org

y de clases diferentes de cerebros, como los cerebros deprimidos, los cerebros esquizofrénicos, los cerebros criminales, etc.

La TEP es la primera tecnología no invasiva que ha permitido la exploración directa y cuantitativa de los procesos fisiológicos del cerebro. En términos de investigación sobre el cerebro, este descubrimiento no tiene precedentes, he aquí la razón por la que rápidamente se convirtió en la tecnología más importante en este campo. Siendo a la vez compleja y ambigua, ha permitido a los investigadores medir con exactitud el fluido sanguíneo, el gasto de glucosa y la recepción de dopamina. Por tanto, las preguntas de investigación no se han limitado a esto. Era necesario entonces dar un paso suplementario: proponer hipótesis sobre las posibles relaciones entre estos índices fisiológicos y los comportamientos normales y anormales (Dumit, 2004). Es con la realización de este paso de gigante que ha nacido una larga lista de suposiciones fantasmáticas en torno a la relación entre el cálculo de los índices fisiológicos y el cerebro, también, entre el cerebro y el sujeto. Aquí está entonces el primer momento del deslizamiento de un campo estrictamente científico a la construcción de una idea científicista.

Las imágenes TEP fueron noticia popular por primera vez en 1983, en un artículo que fue publicado en la edición americana de la revista de moda *Vogue* con el título: «Descubrimiento capital de alta tecnología en medicina: Nuevas ojo-máquinas videntes [...] observan el interior de su cuerpo y salvan su vida» (Hixson, citado por Dumit, 2004).³³ El artículo ilustrado por una imagen única, mostrando tres figuras ovales raras, cada una llena de diferentes motivos en colores brillantes, marcando «pequeñas diferencias»³⁴ entre ellas. Por debajo de cada imagen, su etiqueta: NORMAL, ESQUIZO, DEPRIMIDO. No es necesario continuar leyendo. Por la yuxtaposición de las palabras y de las imágenes, se llega claramente al mensaje que aquellos óvalos coloreados son los escaneos del cerebro, y que los tres cerebros escaneados son probablemente diferentes. El artículo tiene el siguiente anuncio: gracias a las imágenes

33. La traducción del inglés es mía.

34. Me parece pertinente utilizar este término freudiano a propósito del narcisismo de las pequeñas diferencias. Se trata aquí de tres imágenes parecidas con sutiles diferencias que conducen a establecer distinciones entre grupos.

TEP, conocemos la diferencia entre los cerebros enfermos y los cerebros normales, entonces conocemos con antelación la diferencia entre la gente enferma y la gente sana. La disposición de las palabras y de las imágenes en el artículo de Vogue es muy persuasiva, contribuyendo así a construir simultáneamente dos ecuaciones:

(Imagen del escáner) = (cerebro) = (sujeto)

(Imagen del escáner) = (diagnóstico)

¿Cómo se podría trazar esta construcción ideológica hecha a partir de datos de la investigación científica? ¿Cómo explicar la constitución de un régimen de verdad a partir de los hallazgos fragmentados y parciales? Dumit realizó un estudio etnográfico sobre las representaciones y prácticas sociales acerca del uso de la imagenología médica, específicamente sobre la imagenología del cerebro, entrevistando a varios actores implicados en la producción y en la circulación de estas imágenes en los Estados Unidos. Él nos aporta pistas interesantes, gracias a la ocasión de una entrevista con la jefe de redacción de la sección *Ciencia* de la revista *Newsweek*, somos testigos de su punto de vista:

Pienso que esta investigación afecta la imaginación de mucha gente. *La idea que podamos «ver» lo que un cerebro está haciendo durante una tarea específica es muy intrigante para las personas.* Aparte del conocimiento científico sobre los circuitos de glucosa en el cerebro, [...] sí, por supuesto, esto seduce a los ciudadanos de a pie (“*man-in-the-street-appeal*»); ellos se dirían probablemente: «¡Wow! ¡He aquí un cerebro trabajando, y puedo ver las diferencias cuando éste piensa en un animal y cuando piensa en un problema matemático!» (Begley citada por Dumit, 2004, p. 22-23).³⁵

El énfasis sobre el hecho de «ver» las diferentes imágenes del cerebro y la fascinación masiva que estas imágenes generan, ilustra cómo este tipo de contenido es altamente valorizado por los medios de comuni-

35. La traducción del inglés y las cursivas son mías.

cación. esta ciencia de la imagen que explica al fin por qué la gente es diferente, se convierte rápidamente en un objeto de consumo de masas. Las personas de la calle se convierten en consumidoras ávidas de estas imágenes-espejismos que explicarían sus comportamientos, sus acciones, sus pensamientos, sus estados de ánimo, su moral, su ser.

De hecho, el artificio engañoso de estas imágenes no es exclusivo de los circuitos de los medios de comunicación y del público. Éste se enraíza igualmente en los discursos que circulan en el seno de los espacios científicos. William Oldendorf (1980), pionero del campo de las neurociencias y uno de los inventores de la tomografía computarizada (CAT o CT scans), escribió un libro llamado: *La conquista de una imagen del cerebro*, en el que sitúa en una perspectiva histórica la sed médico-científica de cualquier información sobre el funcionamiento del cerebro, órgano tradicionalmente considerado, según el autor, como el más refractario de los órganos. Describiendo los diferentes momentos de la historia del estudio del cerebro, Oldendorf relata cómo la fascinación alrededor del cerebro ha progresado proporcionalmente con los avances del conocimiento biológico y químico del organismo en el transcurso del siglo XX.

Una observación frecuente sobre la extensión del uso de la técnica TEP en la investigación del cerebro, es su aparente proximidad a la frenología, teoría de las localizaciones cerebrales en auge durante el siglo XVIII. En efecto, basta con observar los titulares de los artículos científicos de difusión sobre la aplicación de esta tecnología a los estudios del cerebro para darse cuenta de la exactitud de esta observación. Las experiencias TEP descubren y hacen una cartografía (*mapping*), de las zonas funcionales correspondientes al comportamiento moral, al razonamiento, a la ansiedad, a las habilidades sociales, a la sexualidad, la inteligencia, al aprendizaje, al lenguaje, a la percepción del color y a los diferentes tipos de memoria. Curiosa coincidencia con las facultades aparecidas en las cartografías de los frenólogos. Sin embargo, lo que es verdaderamente sorprendente en este asunto, es que ciertos investigadores prestigiosos de la TEP no denigran la frenología, sino que al contrario la celebran. Estos últimos explican, en suma, que el movimiento de la frenología planteaba las buenas preguntas, pero con la tecnología inadecua-

da. Otros neurocientíficos se muestran más reticentes frente a una valoración positiva de la frenología, aunque anuncian con complacencia que la psicología de las facultades recupera al fin su respeto después de que ésta fue durante un largo tiempo asociada con disciplinas dudosas como la frenología (Uttal, 2001).

El uso de las imágenes TEP no se realiza sin cuestionamientos, incluso al interior del campo de las neurociencias, es un campo que está lejos de ser homogéneo. Existen reconocidos investigadores que toman precauciones para no llegar a hacer generalizaciones en el momento de presentar las imágenes, ilustrando las marcadas diferencias en un grupo de individuos «normales». Éstos hacen el llamado al concepto de «plasticidad», es decir, a la idea que sostiene que el cerebro es una red dinámica y funcional capaz de re-cablear (*re-wire*, en inglés); para adaptarse a una lesión, por ejemplo. Sin embargo, la «plasticidad» es un fenómeno minoritario entre los investigadores en neurociencias en la actualidad, donde la mayoría prefieren trabajar con un modelo de cerebro caracterizado por las conexiones rígidas de neuronas aglomeradas (*hard-wire* es el término utilizado en inglés).

Una historiadora de las ciencias que ha estudiado la investigación del cerebro, sugiere que los modelos localizadores del cerebro han hecho resistencia a la teoría de la plasticidad, a pesar de todas las evidencias porque «éstas son fáciles de visualizar y en consecuencia son fáciles de utilizar en la enseñanza y en la comunicación científica» (Harrington citada por Dumit, 2004, p. 22-23).³⁶ Así se perfila otra faceta en la configuración científicista de los estudios del cerebro por las imágenes: las imágenes son prácticas, eficaces, directas, simples; éstas nos simplifican la vida. ¿Por qué entonces hacer investigaciones complicadas, en las que habría que agregar anotaciones sobre los límites de los hallazgos, si podemos fabricar imágenes que nos dan las respuestas terminadas, listas para el uso didáctico y periodístico, y «a la medida» del ciudadano común? Paradójicamente, para que estas imágenes contengan una verdad sobre el funcionamiento cerebral, es necesario que sean elaboradas

36. La traducción del inglés es mía.

a partir del modelo de un cerebro petrificado, un cerebro fijo. Al mismo tiempo que se quiera ver el cerebro en acción, se lo petrifica con la ayuda de una molécula en movimiento.

La tendencia voyerista de los estudios del cerebro se manifiesta inmediatamente en las entrevistas realizadas por Dumit (2004) a reconocidos neurocientíficos en los Estados Unidos. Los profesores Michael Phelps y Michel Ter-Pogossian son considerados como los inventores de la tecnología TEP, derivada de sus investigaciones en los años 1970, al interior del Instituto de Radiología de la Universidad de Washington. Es en la Universidad de California en Los Ángeles, institución que ampara hoy en día la investigación de Phelps, en una sala con los muros cubiertos de imágenes del cerebro enmarcadas, que el investigador escoge bien las palabras para explicar al antropólogo la técnica que él ha desarrollado:

Usted sabe, una forma de abordar la cuestión es olvidar la TEP inicialmente para focalizarse en el problema: es decir, de *ser capaz de tomar una cámara y mirar*. Uno sabe que al interior del cuerpo hay toda esta biología que está en plena acción [...] Su cuerpo parece ser una sustancia física, anatómica, pero adentro hay toda clase de células metabolizando cosas, o moviéndose en toda parte haciendo cosas [...] *Nos encantaría mucho, ser capaces de mirar esta acción. Este es el objetivo. Usted sabe que la actividad está ahí, y usted quisiera construir una cámara para mirarla*. Entonces, una forma de hacerlo es de decir «si yo fuera verdaderamente pequeño podría ir allá adentro, moverme, y mirar estas cosas». Pero como usted no puede ir allá adentro, puede enviar un mensajero. Entonces hace eso. Y después, usted dice «pero, quisiera mirar una parte de esto». Entonces, usted toma una molécula que entrará allá adentro y que participará en el funcionamiento de esta parte [...] Y usted tiene una cámara y puede sentarse para mirar la molécula [...] entonces usted tiene una cámara que le permite mirar la biología del cuerpo, la química del cuerpo. Esto es lo que hace la TEP, ella nos permite mirar todo eso [...] y lo hace de tal manera que no molesta la biología ni la química del cuerpo [...] la molécula es visible para nosotros pero es transparente para el cuerpo (Dumit, 2004, p. 2-3).³⁷

37. La traducción del inglés y las cursivas son mías.

Es interesante encontrar en la entrevista original en inglés una repetición excesiva del verbo *to watch*, así como la ausencia total de los verbos a menudo asociados con la investigación científica tales como observar, investigar, valorar, calcular, medir o *assess* (evaluar, en inglés). Es cierto que el profesor hace un esfuerzo didáctico apreciable para explicar su invención a una persona que no comparte el mismo lenguaje científico, pero de igual forma se constata que él habla sobre todo de *to watch*, en vez de *to observe*. Él habría podido utilizar también el verbo *to see*, pero no. En efecto, el profesor Phelps no observa, él no ve tampoco porque él mira al interior del cuerpo, manifestando la dimensión pulsional implicada en su acto. Además, su discurso es el de la puesta en escena cinematográfica; es como si él dijera «¡Luces! ¡Cámara! ¡Acción!», con excepción que lo dice cambiando el orden «¡Acción! ¡Luces! ¡Cámara!». Y luego, agrega: «sentarse para mirar» los trazos luminosos de las moléculas en el cerebro, como cuando uno mira una película («*you sit and watch the brain [...] [or a movie]*»). Así mismo, los significantes vinculados al campo del diagnóstico médico o al uso de esta tecnología para contribuir con la curación de las enfermedades, brillan por su ausencia en el discurso de este hombre de ciencia.

A pesar de que existan debates y controversias entre los investigadores en neuro-imagenología sobre la utilización de imágenes TEP en sus modelos experimentales, así como también en la interpretación de estas imágenes y su presentación en las comunicaciones científicas, la lógica mercantil y evaluadora que ordena el campo de la ciencia actualmente, aparece como uno de los principales motores del estudio del cerebro. Durante el congreso anual de la *American Society for Neuroscience*, a principios de los años 2000, Louis Sokoloff, otro pionero de las tecnologías en imagenología médica, afirma en una de sus plenarias: «Sabemos que tenemos necesidad del "hype" [gran emoción, conmoción o frenesí], para vender nuestra investigación; intentemos no mezclarlo con nuestros resultados» (Dumit, 2004, p. 53).³⁸

Ahora, no se trata únicamente de vender resultados de investigación con el objetivo de ganar prestigio académico y tener una exitosa carrera científica, los neurocientíficos también están motivados por

38. La traducción del inglés y las cursivas son mías.

fines más nobles. Para poder comprenderlos, es necesario identificar al menos tres elementos que caracterizan el deseo de estos investigadores: primero, buscan impresionar al público con los grandes progresos aportados por el descubrimiento de las funciones cerebrales, así como el sentido de poder al controlar la complejidad del cerebro; segundo, mostrar al mundo la dificultad de su tarea, que implica un equilibrio complicado entre los supuestos y las limitaciones tecnológicas, así como el carácter tramposo del montaje de las experiencias científicas en este campo; tercero, y puede ser la motivación más agobiante, responder a las preocupaciones humanas sumergiéndose sin cuestionamiento en los grandes misterios del cerebro, utilizando estas tecnologías fascinantes, innovadoras y estimulantes. La trayectoria académica de uno de estos eminentes investigadores ilustra esta última motivación:

Quando estaba en la escuela de medicina en los años 1970, tuve la ocasión de leer un artículo de *Scientific American* [la revista más importante de divulgación científica en los Estados Unidos], que mostraba el *brainmapping* a partir de técnicas desarrolladas en Dinamarca a base de xenón [...] Yo trabajaba en aquella época, durante cuatro años consecutivos, en una tesis epistemológica, ya que quería saber cómo el cerebro está organizado para permitirnos conocer nuestro medio ambiente. *Y se hizo inmediatamente evidente con este artículo; había personas que estaban cartografiando esto [...] y muchas personas estaban muy contentas por sus hallazgos, y se volvió muy claro que podíamos cartografiar el cerebro.* En este momento, me cuestionaba a propósito de escoger psiquiatría o neurología, y viendo la emergencia de las técnicas del *brainmapping*, decidí entrar a neurología (Fox entrevistado por Dumit, 2004, p. 54).³⁹

Sin duda, la sed de saber es central en el deseo científico. Y existe también en esta historia, cierta claridad dada por la posibilidad de capturar en imágenes el cerebro. De repente, todo se vuelve evidente. Las largas disertaciones epistemológicas que dan vueltas durante cuatro años, encuentran finalmente un soporte empírico, tangible,

39. La traducción del inglés y las cursivas son mías.

visible, verdadero. El feliz encuentro con las cartografías del cerebro, posible gracias a la divulgación realizada por esta revista, fue definitivo para la trayectoria académica de este investigador.

A pesar de que los investigadores en neuro-imagenología no ocultan la complejidad y la incertidumbre que caracterizan sus experimentos, los datos que resultan de los escaneos TEP del cerebro son siempre presentados de una manera particularmente simple, irrefutable y convincente. Michael Phelps explica que debido a la diversidad y pluridisciplinariedad de las personas que participan en una experiencia TEP, existen muchos conflictos, por ejemplo, entre «aquellos que se interesan en comparar la relación entre el cerebro y el comportamiento en sus campos específicos de investigación [...] y otros que no comparten este enfoque» (Dumit, 2004, p. 58). Él continúa describiendo la diversidad de intereses en las diferentes facciones de la investigación TEP: los paradigmas epistemológicos y metodológicos varían enormemente entre los investigadores en química básica, en biología y los expertos en investigación clínica.

Una experiencia TEP exitosa, demanda un tipo de cooperación interdisciplinaria que está lejos de ser la regla en los medios científicos, porque ésta se encuentra estructurada como una cadena de producción donde cada especialista es responsable de una parte crucial para conseguir el producto terminado. A pesar de esta profunda complejidad interdisciplinaria, los resultados de la investigación son siempre coloreados por las imágenes claramente legibles y netas del funcionamiento del cerebro. Ellas parecen siempre ser simples fotografías tomadas con un aparato automático, lo que alimenta el entusiasmo creciente alrededor de la *brain research*, y contribuye al reclutamiento de nuevos trabajadores para las fábricas de imágenes TEP, tal como lo explica un reconocido investigador:

Es bastante cómico: conozco a muchas personas que muestran su interés por la TEP, típicamente científicos establecidos en diversos campos que se encuentran en una curva descendiente de sus carreras. De manera abierta, ellos explican que la TEP es la vía acertada hacia la ciencia y que están listos a implicarse ahora. *Antes titubeaban, pero ahora están decididos a comprometerse porque*

*jes evidentemente bastante fácil! Pienso que ellos no son conscientes de las implicaciones de esta investigación porque los datos salen bajo la forma de lindas fotos. Usted toma las imágenes que muestran el cerebro que se enciende y se apaga. Ellos no comprenden el trabajo que demanda la puesta en marcha de estas experiencias (Phelps entrevistado por Dumit, 2004, p. 58).*⁴⁰

Curiosamente, la investigación sobre el cerebro por la TEP se convirtió, para algunos, en el camino directo, evidente y fácil hacia el éxito científico, debido a que en los estudios del cerebro, parece legítimo que se utilice lindas imágenes pseudo-coloreadas para ocultar las dificultades inherentes a toda empresa científica. Irónicamente, todas las advertencias de los investigadores TEP sobre la complejidad implicada en la producción y la interpretación de estas imágenes, son rápidamente invalidadas por las imágenes-pantalla, capaces de alimentar toda suerte de fantasmas, incluso delirios. Las advertencias de dos investigadores que provienen del campo de la neuro-imageología, lo explican así: «debemos en principio comprender nuestras herramientas antes de tener la esperanza de comprender nuestros resultados» (Perlmutter y Raichle, citados por Dumit, 2004, p. 58). Esto no será probablemente nunca dado a conocer en una revista de difusión científica; seguramente esta advertencia se dirige al agujero en el saber del que no se quiere saber.⁴¹

En efecto, basta con detenerse un poco más allá del engaño de las imágenes para analizar la complejidad de la tarea experimental. La producción de las imágenes del cerebro interpretadas científicamente está lejos de ser algo simple para los equipos de investigación. Muchos de ellos aceptan el hecho que las conclusiones suponen a menudo operaciones groseramente reduccionistas: «Las deducciones extraídas de los cálculos cualitativos *in vivo* deben ser vistas con extrema precaución a pesar de su *atracción* visual intuitiva. Desafortu-

40. La traducción del inglés y las cursivas son mías.

41. Esta frase hace alusión al saber inconsciente y al goce del que habla Lacan cuando define el saber del que se ocupa el psicoanálisis. En la primera clase de su *Seminario XX* (Aún) utiliza esta frase así: «Me percaté, además, de que mi manera de avanzar estaba constituida por algo que pertenecía al orden del *no quiero saber nada de eso*» (Lacan, 1981, p. 9).

nadamente, este tipo de deducción es más la regla que la excepción» (Ter Pogossian entrevistado por Dumit, 2004, p. 58).

Los investigadores reconocen igualmente que las imágenes son frecuentemente manipuladas para parecer más cautivantes: «las imágenes TEP que ustedes ven en general, son particularmente *atractivas*; son *imágenes fuertemente falseadas*, en el sentido de que las vuelven más *atractivas* de lo que deberían ser» (Ter Pogossian entrevistado por Dumit, 2004, p. 90).⁴² La repetición excesiva del significante «atractivo», para calificar las cartografías cerebrales en las historias de los investigadores, no es ciertamente insignificante. Así surge otra faceta de la transformación de una empresa científica en ideología científicista: Considerando que la convivialidad de las imágenes, así como su familiaridad aparente y su supuesta transparencia con relación al cerebro son el eje del poder de las afirmaciones de la investigación TEP se convierte en consecuencia: aceptable, deseable y legítimo que se manipule la producción y la presentación de estas imágenes. De esta forma se fabrican imágenes atractivas para probar que los hallazgos científicos son verdaderos, incontestables e innegables.

Existen entonces varias estrategias de modificación de imágenes en la investigación sobre el cerebro basadas en la TEP. La más conocida es la que se llama el uso de las «imágenes extremas». Se trata de escoger entre varias imágenes producidas en un experimento, a las que presentan mayores diferencias entre ellas, con el fin de demostrar contrastes significativos entre grupos determinados, en función de las variables definidas. El uso de imágenes extremas es una práctica corriente en numerosos estudios en los que la meta es establecer diferencias entre grupos, principalmente entre sujetos mayores versus jóvenes, entre hombres y mujeres, entre homosexuales y heterosexuales, y cada vez más, entre los sujetos llamados normales y los sujetos con un diagnóstico de enfermedad mental –en particular la esquizofrenia, el autismo y la depresión–. En efecto, la articulación entre la investigación sobre el cerebro y el campo de la salud mental es, hoy, un terreno que promete respuestas bien concretas, como lo

42. La traducción del inglés y las cursivas son mías.

explica una investigadora norteamericana reconocida en el campo de la biopsiquiatría:

A través de las herramientas *in vivo* de las neurociencias modernas, podemos crear cartografías comparativas del terreno del cerebro para las enfermedades como la esquizofrenia, el desorden bipolar, la depresión mayor, la enfermedad de Alzheimer, el trastorno de pánico, el autismo, los desórdenes de la conducta alimentaria, o el desorden del déficit de atención con hiperactividad. Tal que se le describe en este libro, este proceso ya ha comenzado. En los próximos decenios, esperamos identificar las anomalías en la geografía y la topografía cerebrales que definen los diferentes tipos de enfermedad mental. Una vez que esto sea logrado, *sabremos dónde encontrar al enemigo*. Las técnicas de la biología molecular, *nos darán la capacidad de llevar a cabo bombardeos precisos*, al mismo tiempo que nuestros mapas del terreno del cerebro, nos darán los blancos a los cuales apuntar (Andreasen, 1989, p. 320).⁴³

Se puede destacar en esta descripción el uso de un lenguaje bélico, resaltando el modelo localizacionista de los frenólogos, pero agrega la configuración de un enemigo interior que hay que vigilar y cazar en la cueva donde se esconde. Una vez que se vuelva visible, luego identificable, se podrá bombardear químicamente con una precisión inédita. Asistimos así a la emergencia de otra faceta, quizás la más inquietante, del deslizamiento de un campo científico hacia una construcción estrictamente ideológica: la fábrica de las imágenes del cerebro es, al mismo tiempo, una industria que produce diagnósticos, abriendo la vía hacia toda suerte de derivas angustiantes de previsión y de control de la población.

Tal aplicación ya ha surgido en los Estados Unidos. Es el uso de escáneres del cerebro en el campo judicial para determinar un diagnóstico de alienación mental en sujetos que han cometido crímenes, para así juzgar con más certeza su nivel de responsabilidad legal. En efecto, la extensión de la medicalización en el campo jurídico es hoy en día un campo próspero, como lo describe un investigador en neuro-derecho:

43. La traducción del inglés y las cursivas son mías.

Hoy en día los escaneos CAT y TEP, y la farmacoterapia son utilizados en el diagnóstico y tratamiento de desórdenes de conducta. *El concepto de un cerebro enfermo reemplaza el de un espíritu enfermo [...]* Intento argumentar que el comportamiento es controlado por el cerebro, incluso los comportamientos que le interesan a los abogados. Debemos reinterpretar los conceptos legales de alienación mental y de libre albedrío en términos de conceptos físicos, neurológicos. *Las definiciones médicas deben reemplazar las definiciones jurídicas y legales* (Masters y MacGuire, 1994, citados por Dumit, 2004, p. 125).⁴⁴

En efecto, existe ya una jurisprudencia en los Estados Unidos que admite un debate acerca de los efectos del uso, no sin polémica, de las imágenes funcionales del cerebro TEP en los tribunales. A pesar de que la pregunta sobre la conveniencia de esta práctica está lejos de ser resuelta, y que los jueces tiene aún la potestad de decidir si aceptan o no la presentación de este tipo de imágenes en los juicios, los juristas parecen estar de acuerdo sobre un punto: la presentación de imágenes en las audiencias tiene el poder de influenciar prodigiosamente el discernimiento de los jurados, como lo describe un abogado americano:

Los escáneres del cerebro ayudan a convencer el jurado de que hay algo mal en la mente de un acusado. La mayoría de los jurados tienen la impresión que los enfermos mentales fingen y si usted les muestra una imagen médica, ellos se convencen inmediatamente. Pero los fiscales temen que las imágenes coloreadas de la TEP puedan anonadar a los jurados. *Los fiscales están preocupados por el hecho que los jurados miran estupefactos estas lindas fotos [...] y que asimilan el color rojo con el color de la locura* (DeBenedictis, 1990, citado por Dumit, 2004, p. 128).⁴⁵

Las lindas fotos-quimeras del cerebro conllevan seguramente la facultad de petrificar los jurados y de suspender su capacidad de pensar, luego de discernir, de hacer un juicio. No obstante, ¿para qué sirve la capacidad de juzgar, si las imágenes deciden en su lugar? El uso de las imágenes del cerebro en las salas de audiencia norteamericanas no es únicamente un fenómeno que ha suscitado controversias, éste

44. La traducción del inglés y las cursivas son mías.

45. La traducción del inglés y las cursivas son mías.

rápidamente ha visto la emergencia de una tendencia iconoclasta, promovida por un juez de los Estados Unidos, que ha decidido prohibir las imágenes en su sala porque considera que el hecho de verlas es en sí perjudicial, a pesar de que acepta sin titubear la descripción y el testimonio experto que acompaña la imagen (Dumit, 2004). Para este juez, la imagen en sí contiene un enorme poder que desemboca fácilmente en una especie de idolatría que invade la sala de audiencia. Él pide entonces que los expertos psiquiatras presenten sus peritajes sin el soporte de las imágenes-ídolos, aceptando únicamente la descripción verbal con el fin de evitar los efectos de adoración que, en su opinión, no son deseables en el campo de la justicia terrenal.

Sin embargo, la prohibición de las imágenes *in situ* por fuera de los escenarios científicos, como en los peritajes judiciales, las evaluaciones en el sector de la educación o en las empresas, no impide que las conclusiones de la investigación basada en la imagenología funcional del cerebro sean fabricadas. Los investigadores que producen y utilizan estas imágenes son también cautivados, tal y como lo podemos apreciar en la forma en la que ellos comunican sus resultados científicos en los medios especializados. Además de la investigación sobre las facultades psicológicas (memoria, lenguaje, aprendizaje), y las enfermedades mentales, la sexualidad parece ser uno de los temas favoritos de los neurocientíficos. La investigación TEP sobre las diferencias sexuales (hombre-mujer) y la orientación sexual (hetero-homo), es también objeto de un gran interés en los medios de divulgación científica, sobre todo entre los grandes medios de comunicación pública. Basta con leer rápidamente los títulos y los resúmenes de los artículos en la prensa científica especializada en inglés, disponibles a tan sólo dos clics en internet, para descubrir los siguientes enunciados en primera página:

«PET Shows Differences in Cerebral Asymmetry and Functional Connectivity Between Homo- and Heterosexual Subjects»

O también,

«PET Shows Female Brain Has Evolved More Than Male's»

No es necesario traducirlos. La sintaxis de las frases tal como ellas son construidas en el lenguaje universal de la comunicación científica, habla por sí misma. Incluso sin las imágenes, estas afirmaciones vehiculan un poder persuasivo. Evidentemente, en estos artículos no faltaron las fotos bellas, decoradas con los pseudo-colores cuidadosamente seleccionados a partir de una paleta de colores primarios, con tonalidades fluorescentes adicionales. Estas afirmaciones se presentan para convencer al lector de que las imágenes funcionales del cerebro son la prueba visual y viva de las diferencias entre los dos grupos de sujetos y, se establece precipitadamente una construcción de una relación causa-efecto: la sexualidad se encuentra en el cerebro porque la vemos ubicada allí.

A pesar de que el reduccionismo ontológico, que caracteriza el cientificismo propio de un sector mayoritario del campo de las neurociencias, se produce en la fuente, en los laboratorios, la intermediación mediática agrega una contribución importante en esta operación ideológica. En la arena popular, las imágenes funcionales del cerebro son enmarcadas y expuestas de una manera muy simple, a menudo con etiquetas de una sola palabra, destinadas a resaltar las diferencias entre los sujetos, sin cualificarlos. Un ejemplo interesante se encuentra en un artículo publicado en la revista *Newsweek*, que muestra tres imágenes TEP correspondiendo a tres tipos de personas, con una leyenda que dice: «El cerebro de una persona clínicamente deprimida muestra menos actividad (ver la imagen a la derecha), que el de una persona sana». Otro ejemplo, que apareció en una editorial del periódico *U.S News & World Report*, lleva el título: *El sexo está enteramente en su cerebro*. El autor, un prestigioso periodista, se lanza en una curiosa diatriba contra aquellos que rechazan aún la evidencia científica de las diferencias biológicas entre los sexos (Dumit, 2004, p. 140).⁴⁶

En efecto, la circulación y la apropiación de estas afirmaciones científicas ilustradas sobre la naturaleza humana, la sexualidad, las enfermedades, y los estados del alma, sólo aumentan la legitimidad de la ecuación mente=cerebro. Desafortunadamente, esta tendencia ideológica no se detiene en el curso de la publicación científica exigida

46. La traducción del inglés es mía.

por una carrera académica, o en la confirmación de diagnósticos. Muy rápido, el engaño de las imágenes como condensadores poderosos de las certezas sobre lo humano, nos integra al interior del rebaño que trabaja para la predicción, la vigilancia y el control de comportamientos. Así se cierra un circuito perverso: la imagenología del cerebro, como uno de los efectos de la sociedad híper-moderna en la que reina «el principio de la transparencia», en la que «los sujetos son reductibles a su imagen» (Wajcman, 2011, p. 32), se convierte en una poderosa máquina para asegurar la efectividad de la empresa de la vigilancia y de la previsión. Aplicada de una forma masiva, ésta nos permitirá realizar despistajes precoces, que vendrían a completar, indudablemente, los despistajes genéticos que ya se realizan para ciertas enfermedades. Todo dependerá de la ley del mercado, y de sus vínculos con la ciencia. La democratización de las tecnologías de imagenología médica, como la de la TEP del cerebro, dependerá enteramente de los términos del maridaje entre la ciencia y el mercado. Aún están por ver las consecuencias de esta relación oportunista.

Ciertamente, la retórica científica de las imágenes del cerebro puesta al servicio de la llamada «psicología molecular», es angustiante. Así como lo describe un periodista norteamericano que ha dedicado un libro a esta «espléndida nueva ciencia»:

La lógica es simple. Detrás de cada pensamiento o emoción, hay una reacción molecular en el cerebro. Detrás de cada molécula en la reacción, hay una enzima que crea la molécula; detrás de cada enzima hay un gen. Si el gen es defectuoso, la enzima lo es también y la molécula lo es igualmente. Y si la molécula es defectuosa, el pensamiento lo es también. En pocas palabras, las moléculas defectuosas conllevan hacia pensamientos defectuosos (Franklin, 1987, p. 36).

En un mundo expuesto constantemente a los riesgos del cerebro (*brain risk* es el término en inglés), el rol de esta nueva ciencia es el de predecir, vigilar e intervenir, allí donde los cerebros patinan. Por ejemplo, según los investigadores en psicología molecular, el comportamiento agresivo se explica mejor hoy gracias a las imágenes funcionales del cerebro, hecho posible por medio de la cámara de positrones-TEP. Para estos expertos, de la misma manera que se

habla del genotipo y del fenotipo de los individuos, se podrá muy pronto hablar de los tipos químicos del cerebro: el quimio-tipo. Así, ellos sostienen que no estamos muy lejos de resolver los problemas de la guerra y de la violencia, porque la investigación del cerebro nos permitirá identificar la composición química del miedo, la violencia y la destructividad (Franklin, 1987).

En efecto, la disponibilidad creciente de las técnicas de imagenología médica, a partir de los años 1970, ha contribuido ampliamente con la noción de enfermedad mental como defecto biológico. La biopsiquiatría y la neuropsiquiatría se convirtieron en corrientes dominantes en los Estados Unidos, al punto en que el sitio web del Instituto Americano de Salud Mental (*National Institute of Mental Health-NIMH*), la más alta autoridad del Estado en la definición de las políticas en este campo, no es raro encontrar afirmaciones como la siguiente:

La identificación de la actividad cerebral asociada a la depresión, así como los cambios que resultan del tratamiento en el mejoramiento del estado anímico de los pacientes, ayudará a la desestigmatización de la enfermedad, una enfermedad del cerebro (NIMH, 2014).⁴⁷

Las conclusiones de la investigación que presenta los «cambios» resultantes de los tratamientos farmacológicos, son a menudo ilustradas con imágenes TEP del tipo «antes» y «después» de la toma de sustancias químicas, principalmente de fluoxetina. Sin embargo, los cambios más importantes no son a nivel de la química cerebral, sino en las representaciones sociales y en las mentalidades; justamente el aspecto que no aparece en las imágenes TEP. Para ilustrar estos efectos, que no son medibles y no pueden ser siempre visibles, pero, por tanto, muy legibles a través de los significantes articulados por un sujeto singular, resulta pertinente referirnos a la historia de Tracy Thompson, autora de un *best-seller*, en el que narra su confrontación con la depresión. Su testimonio fue publicado en 1995 con el título *The Beast: A Journey Through Depression*.

Después de haber pasado por tentativas de suicidio y varias estadías en instituciones psiquiátricas, relata que ella misma se tranquilizó en

47. La traducción del inglés es mía.

el momento en el que comprendió que la depresión era una enfermedad del cerebro. Antes de esta explicación, suministrada por la investigación biomédica disponible, pensaba que tenía «algo que no andaba bien en ella», y que esto la conducía a un estado permanente de auto conmisericordia; una vez que tomó conciencia, diciéndose «hay algo que no anda bien en mi cerebro», todo cambió para ella. El hecho de situar la enfermedad, en otro lugar, en su cerebro, más precisamente en un cerebro de tipo químico-depresivo, la condujo a separarse de su depresión al punto de que cuando ella sentía la llegada del afecto depresivo, podía afirmar más tranquilamente, «no soy yo, es la "bestia"». Difícil de juzgar clínicamente sin conocer bien el caso. Se podría pensar que la objetivación de la depresión la ha efectivamente liberado de toda responsabilidad, ahorrándole la tarea de saber algo sobre el sentimiento de culpabilidad que la acompañaba desde siempre; solución que dependerá entonces de la duración del sueño de la bestia feroz del superyó. O eventualmente, se podría también explorar la hipótesis de que la «bestia» sea una invención del sujeto frente a un real desbordado de pulsión de muerte en una estructura melancólica.

Independientemente de este caso singular, lo que quiero resaltar es cómo la reconfiguración de las responsabilidades alrededor de la enfermedad mental, se convirtió en un fenómeno muy difundido, no solamente en los entornos expertos de la biopsiquiatría, principalmente en los Estados Unidos, sino también en las familias y en los pacientes que se reagrupan en asociaciones; estas a veces poderosas para reivindicar el reconocimiento de la causa biológica de las enfermedades como la esquizofrenia, el autismo y la depresión. Para ellos, la explicación biológica de las enfermedades mentales es un enorme paso hacia la desestigmatización, la lucha contra la discriminación, la democratización de los tratamientos farmacológicos y sobre todo hacia la salida del ciclo infernal de la condena y de la culpabilidad. La presión de tales asociaciones ha contribuido enormemente al aumento significativo de los recursos destinados al financiamiento de la investigación sobre el cerebro.

Se retroalimenta así un ciclo sin salida: la imagenología del cerebro está íntimamente ligada a la configuración de la representación del cuerpo como cuerpo químico; finalmente reducido a una parte, el

cerebro químico, como órgano constituido de una topografía donde no sólo se localizan las regiones responsables de todas y cada una de las facultades psicológicas, sino, sobretodo, donde se localizan los enemigos que causan nuestros malestares con el fin de eliminarlos con un bombardeo químico selectivo. Estamos ciertamente confrontados a una máquina eficaz de supresión del sujeto: el sujeto que habla, el sujeto que produce síntomas, el sujeto habitado y dividido por el lenguaje y el goce. Es también una máquina eficaz de supresión de todo rasgo de alteridad en nosotros, condición constitutiva del *parlêtre*. Sin ninguna duda, este es un ciclo infernal de una empresa que niega el descubrimiento freudiano que nos debería despertar de una vez por todas.

El uso contemporáneo de la cámara de positrones (TEP), técnica más utilizada hoy por los investigadores en neurociencias para cartografiar el cerebro, ilustra muy bien el efecto alienante que Heidegger atribuía a la técnica en un mundo cada vez más dominado por el discurso científico. La TEP ha cesado de ser una herramienta, entre otras, puesta al servicio del hombre, para ocupar en cierto modo el lugar de un amo. Los titulares de la prensa que sitúan la TEP como sujeto de la frase, son un buen ejemplo de esta impostura. La TEP muestra que tal grupo es diferente a tal otro, etc. Afirmación que toma un valor de verdad, puesto que la tecnología de visualización muestra una pequeña diferencia en la actividad química correspondiente a una zona de los dos cerebros seleccionados, se concluye que estas dos personas son diferentes, luego es necesario continuar mirando con el objetivo de encontrar toda la verdad sobre el funcionamiento del cerebro, y así toda la verdad sobre los sujetos.

Con la imaginarización de la ciencia del cerebro asistimos a una fina ilustración de la teoría lacaniana sobre el imaginario como instancia de desconocimiento. La proliferación de imágenes fascinantes del cerebro nos sumerge en la ilusión gozosa de conocer mejor el cerebro: nos miramos en esas imágenes y creemos saber más sobre nosotros mismos. Nos proyectamos hacia una completud faltante. Paradójicamente esta imagenología está hecha a partir de una parte del cuerpo, de un sólo órgano. Órgano, que, gracias al buen *casting* y a una puesta en escena espectacular, realizada y producida por los tecnocientistas, se convirtió en el actor principal de nuestro organis-

mo, y así, se volvió el órgano que nos reemplaza. Observen una de las más grandes imposturas de nuestra época: *el cerebro se activa, entonces yo soy*. Pero, en realidad, diríamos con Lacan, *allí donde el cerebro se activa, el sujeto no es más*.

Sin embargo, lo más interesante de este fenómeno de fetichismo científico de la imagen, si lo abordamos desde el punto de vista lacaniano, es la cuestión de aquello que las imágenes no muestran, y sobre la mirada como objeto pulsional. Cuando Lacan habla inicialmente del registro imaginario, se refiere a las imágenes que se pueden ver. Toma el ejemplo de ciertas especies animales para ilustrar el poder real de las imágenes en el desarrollo del organismo. En el niño, es la asunción de una imagen, de una *gestalt*, lo que le otorga forma al cuerpo; asunción que Lacan describe como un acto de transformación psíquica, de identificación a una imagen caracterizada por una gran investidura libidinal narcisista que el infante experimenta con júbilo. Las imágenes parecen contener, retener, aprisionar el goce del sujeto. Con la introducción de lo simbólico, hay una ruptura producida por la entrada de la palabra y del lenguaje. El objeto psíquico no es más el *imago* sino el significante y esto implica la introducción del vacío, de la falta. El vacío es precisamente lo que no se percibe, éste no es visible, sólo existe en referencia al significante. Así es como lo simbólico otorga existencia a lo que no se presenta inicialmente en el registro imaginario, es decir la falta. El desarrollo que Lacan hace en su seminario sobre la relación de objeto, es acerca del falo femenino, falo imaginario en tanto que éste no puede verse. Cuando Lacan (2004 / 1956-57) articula lo imaginario y lo simbólico en su reflexión sobre el falo y la falta, aparece la noción de la imagen que hace pantalla de lo que no puede verse. La imagen que muestra es a la vez, una imagen que esconde, o que muestra para esconder.

Toda imagen es un engaño, ya que ésta cubre algo que se encuentra detrás, y al mismo tiempo, el velo que esconde hace existir lo que no puede verse. La función del velo introduce la pantalla que convierte la nada en ser. Otra manera de decirlo es que lo visible oculta lo invisible. En cada objeto del mundo visible, hay un lado que no se puede ver. Y para poder ver el mundo, es necesario situarse en un punto de vista,

desde una perspectiva que implica que nunca se podrá ver todo. El mundo visible implica necesariamente que veamos cosas que ocultan otras. Y, además, el sujeto está siempre incluido en el campo de la percepción, no hay puro *perceptum*, ya que el *percipiens* no es exterior al campo de la percepción, sino que está dentro. Lacan diferencia también el campo de la visión del campo escópico, el primero siendo la realidad visual en tanto que es libre de goce, y el último como uno de los lugares donde se hace presente la mirada como objeto pulsional, tal como lo ilustran los fenómenos clínicos en la psicosis, en el voyerismo y el exhibicionismo.

La tesis fundamental de Lacan sobre el campo escópico y su prevalencia en lo visible, es que en este campo no se percibe, no se ve. Este es el campo que podría permitir el olvido de la castración, y es, igualmente, un campo des-angustiante, pacificador, donde no se experimenta la pérdida del *objeto a*.⁴⁸ Lacan (1973 / 1964) identifica el objeto mirada con un vacío, correlativo a un menos uno, introduciendo así una brecha entre el ojo y la mirada. Llama objeto mirada al objeto que no se puede ver, porque es la condición propia de la visión. Es la experiencia específica de la psicosis la que permitió a Lacan situar el objeto mirada; él utiliza el ejemplo de la caja de sardinas en el mar que lo mira, para ilustrar que hay una mirada que viene del mundo, que las cosas nos miran, y que allí algo se muestra. Este objeto me mira, yo me encuentro en el *perceptum* de este objeto, como si el marco estuviera en mi ojo. Se trata

48. El símbolo *a* minúscula es uno de los primeros signos algebraicos que introduce Lacan. En un primer momento designa al pequeño otro, el otro especular, tal como aparece en su esquema del estadio del espejo: *a-a'* (el yo y el semejante o el yo y la imagen especular). Más adelante en su enseñanza el *objeto a* es cualquier objeto que pone en movimiento el deseo, particularmente los objetos parciales que definen las pulsiones. Las pulsiones no alcanza el objeto de satisfacción sino que giran en torno a él. Lacan define el *objeto a* en los seminarios de 1962-63 y 1964, como el resto o remanente que deja detrás la introducción de lo simbólico en lo real. Esta idea es acentuada en el seminario de 1969-70, donde el *objeto a* aparece como el excedente de goce o «plus de gozar» de la operación discursiva, aquella en la que un significante representar al sujeto para otro significante. En su última enseñanza, Lacan vinculará el *objeto a* con el concepto de *semblante*, afirmando que *a* es un semblante del ser (Evans, 2007). En el contexto del análisis aquí presentado, se usa el *objeto a*, como el objeto resto de la operación simbólica y como objeto relacionado con las pulsiones: oral, anal, escópica e invocante.

entonces de una teoría de la representación donde el sujeto está en el marco y donde la mirada viene siempre del Otro.

¿Cómo interpretar la bulimia imaginaria producida en un mundo saturado de cámaras que nos miran, en un mundo omnisciente? Sin duda, lo imaginario nos da pistas. Podemos hablar de un goce visual frente a las imágenes que suponemos poseen una verdad sobre nosotros. Existe claramente un efecto de identificación imaginaria con estas imágenes del cerebro; extrañamente nos identificamos con esas manchas coloreadas en forma de óvalo. Pero con Lacan, cuando se analiza lo visual, conviene siempre buscar la castración. No podemos comprender el privilegio específico de la imagen del cuerpo y la primacía del cuerpo en los humanos sin la suposición de una falta esencial, una falla que la imagen vendría a cubrir, a velar. El secreto de la imagen, el secreto del campo visual, es la castración. Las imágenes del cerebro, portadoras de certitudes sobre la naturaleza y la identidad humanas, ocultan efectivamente una falta esencial. Ellas constituyen una tentativa de taponar la castración, del agujero en el saber, de la no relación sexual.

Además, estas imágenes tomadas dentro de la lógica de un mundo desregulado, en el que los referentes simbólicos paternos se encuentran en declive, toman un estatus diferente, si partimos de la hipótesis de que el soporte fundamental de la imagen del cuerpo en el sujeto es el nombre-del-padre. Es como si el estallido del nombre del padre, implicara también la explosión y la fragmentación de la imagen del cuerpo como *gestalt*. El objeto corporal de adoración en nuestra época no es más la forma bella y completa del cuerpo forrado por la piel, sino los órganos visibilizados por los ojos técnicos sin pupilas, que miran todo el tiempo, por todas partes, y que atraviesan la piel.

Podemos suponer entonces que este goce visual sobre la imagenología médica no se reduce a un efecto de sentido. A cada momento que se impone el plus de goce visual, la mirada puede surgir e imponerse a nosotros. En el estadio del espejo, el énfasis está puesto en el hecho de mirar el propio cuerpo, sobre la mirada activa del sujeto. Ahora, es el hecho de ser mirado lo que se pone por delante en la gramática pulsional lacaniana, es decir la pasividad que precede la actividad de ver. Las imágenes más destacadas del cerebro ocultan, en efecto, el ojo soberano de la tecnociencia que nos mira.

El nacimiento espectacular del bebé-imagen y la programación de las conductas

Hoy se habla mucho de las imágenes. Las imágenes hacen hablar mucho. Sin embargo, cuando se discurre sobre las imágenes, finalmente se deja en la sombra lo que está detrás de la imagen, su reverso, se deja en la sombra el hecho de que toda imagen esconde una mirada. Bajo su aparente planitud, la imagen tiene profundidad, espesor: hay un ojo en el fondo (Wajcman, 2011: 18)

El segundo caso de estudio que presento se articula alrededor del uso contemporáneo de una nueva tecnología de ecografía fetal en un centro médico especializado privado que tuvimos la ocasión de visitar a comienzos del año 2014 en el marco de este proyecto de investigación,⁴⁹ asistimos a varias sesiones del examen médico, así como a la realización de entrevistas en profundidad con los médicos-empresarios que proponen un servicio único especializado para las mujeres embarazadas: las ecografías 3D y 4D «para ayudarles a reforzar su primer vínculo con su bebé». La primera vez que escuché el nombre de esta tecnología y el slogan del centro médico, pensé inmediatamente en el nacimiento del bebé-imagen del que habla Wajcman, en su libro *El ojo absoluto*, donde afirma que en nuestro mundo híper-moderno, los sujetos son, en primer lugar, seres mirados, incluso antes de ver.

¿Cómo pensar la emergencia y el éxito de esta nueva tecnología de visualización fetal? Una nueva tecnología donde el uso no se articula más alrededor de las necesidades diagnósticas, sino más bien en relación con la construcción de un vínculo ideal a través de una imagen más nítida, una imagen en 3D que agrega «la sensación

49. En esta investigación, la cual recibió el apoyo financiero de la Universidad Icesi en el marco de su Convocatoria Interna de Financiación de la Investigación, participaron un grupo de profesores y estudiantes a través de un semillero de investigación. Tuvo un rol protagónico en la realización de las observaciones y las entrevistas la estudiante de psicología María Camila Restrepo, quien además realizó su tesis de grado a partir de este trabajo empírico. El antropólogo y profesor-investigador Alejandro Arango y la estudiante de psicología Juliana Cabezas participaron activamente en la construcción del marco teórico y el estado del arte.

de textura del bebé», y que gracias al 4D «permite de mirar los movimientos y los gestos del bebé en tiempo real». Las preguntas que guiaron nuestra participación en la aproximación *in situ* de esta nueva práctica médica fueron: ¿Cuál es el motor de este nuevo comercio? ¿Por qué las mujeres y las parejas están preparadas para pagar un precio elevado por este servicio que no está cubierto ni por la seguridad social ni por ningún plan de medicina prepagada? ¿Por qué los médicos hablan de facilitar la creación de un vínculo? ¿Cuáles son las ventajas médicas, si las hay, de la tecnología 3D/4D, con relación a su antecesor, la ecografía tradicional 2D?

La técnica ecográfica difiere de la medicina nuclear, a pesar de que ambas se desarrollaron en el mismo campo, el de los médicos radiólogos. Al principio de los años 1950, la ecografía utilizó con fines médicos la propiedad de los ultrasonidos aprovechados durante la guerra, de comportarse como radares y de reflejarse con una velocidad diferente en función de la densidad de los objetos encontrados, produciendo así una suerte de imagen del cuerpo. Los objetos, o los obstáculos encontrados por esta tecnología fueron prioritariamente tumores, quistes o abscesos. Las primeras imágenes producidas no se parecían en nada, puesto que las zonas de transición entre los diferentes tejidos reenviaban ecos parásitos que deformaban los contornos. Era necesario entonces inventar una semiología de estas imágenes que no tenían congruencia frente a la anatomía clásica. De aquí la reputación, bien merecida de la ecografía como una profesión ardua, reservada a especialistas experimentados, poco capaces de comunicar su saber y de justificar racionalmente su impresión acerca de la existencia de un problema inquietante al interior del cuerpo (Moulin, 2006).

Sin embargo, debido a su aplicación en el diagnóstico y al seguimiento del embarazo, la ecografía se volvió rápidamente popular. El diagnóstico de los embarazos extra-uterinos era a menudo reportado muy tardíamente, en un estado de ruptura y de hemorragias. Gracias a las ecografías, los médicos ginecólogos pueden actuar frente a cualquier síntoma, por medio de una intervención quirúrgica simple. Además de informar a la futura madre sobre el buen desarrollo del embarazo y la salud del feto, la ecografía permite al médico especia-

lista evaluar el estado de la placenta, del útero, conocer la localización del feto en la cavidad uterina, y tomar las medidas precisas de las partes del cuerpo del feto para establecer los diagnósticos de ciertas enfermedades congénitas y genéticas.

Estas posibilidades diagnósticas de la ecografía, necesarias para la salud de la madre y del niño, permitieron que el uso de esta tecnología se democratizara al punto que los sistemas de salud de la mayoría de los países, proponen obligatoriamente al menos dos ecografías durante el embarazo. Igualmente, la alternativa de conocer el sexo, así como el primer encuentro de la madre con el niño, visto como un ser al interior de ella misma, se han constituido como «derechos», promoviendo esta práctica y transformando radicalmente la aprehensión del embarazo. Poco a poco el embarazo pasó del sentimiento de ser un periodo de la vida caracterizado por la opacidad y la intimidad, a uno de los objetos privilegiados del desarrollo médico y científico.

Durante mucho tiempo, el ciclo del embarazo fue impreciso, el periodo de la interrupción del embarazo mal delimitado y el estatus de los abortos incierto. El embarazo estaba rodeado de un aura misteriosa hasta que se autorizó, a finales del siglo XIX, el desarrollo de un saber fisiológico sobre la formación del embrión, con fines de control moral de la contracepción y el aborto. Es el momento donde el término «feto», hasta entonces utilizado indistintamente para todas las especies animales, se propuso para designar exclusivamente al bebé. Esto conlleva a dos escenarios, el primero, con el desarrollo de la tecnología ecográfica en el siglo XX y la consecuente inauguración de la vida pública, para lo que anteriormente estaba sumergido en la obscuridad, el embarazo fue progresivamente medicalizado; y el segundo, el conocimiento sobre el desarrollo del embrión alimentó batallas morales y jurídicas sobre el derecho a la vida y al aborto voluntario y terapéutico de «personas potenciales» (Moulin, 2006).

Es interesante encontrar en la historia de las ecografías fetales, una cierta representación médica que afirma que el útero de la mujer pone en peligro la salud del embrión. Fantasma que, sin duda, alimenta las utopías científicas de la ectogénesis, puestas al día en los proyectos científicos de nuestra época, dentro de los cuáles

encontramos el ejemplo paradigmático en *Brave New World*, la novela de anticipación distópica, escrita por Aldous Huxley en 1931. En esta representación médica, el útero es el modelo de un mundo arcaico, no civilizado, que escapa al control regular del médico. En términos de un promotor científico, el cuerpo de la mujer es un entorno de alto riesgo para el desarrollo del feto, «el medio más peligroso en el cual el ser humano ha sido llamado para vivir» (Gavarini, 1990, citado por Le Breton, 2013, p.80).⁵⁰ Encontramos, igualmente, bajo la pluma de algunos médicos, un vocabulario militar para describir la relación entre la madre y el feto, éste último conocido como cuerpo extraño, porque la mitad de su material genético es de origen paterno. De aquí emerge un conflicto inmunológico perjudicial e inevitable. Al respecto, un médico escribió en los años 1950:

La perspectiva de tener *una ventana abierta sobre un feto en desarrollo*, es esperada por la mayoría de los embriólogos, placentólogos, fetólogos. La posibilidad que ellos tendrán de seguir la vida fetal abiertamente, *por fuera de la oscuridad del vientre*, aportará enormemente a nuestro conocimiento y nos ayudará a reducir los peligros a los que son confrontados los obstetras y sus pacientes (Gavarini, 1990, citado por Le Breton, 2013, p.80).⁵¹

En efecto, la posibilidad de tener, gracias a los avances tecnológicos, una «ventana abierta», por la que se mire el feto, realiza el sueño según el cual el niño, desde la fecundación a la gestación y al nacimiento, queda bajo una estricta vigilancia médica, a veces excluyéndolo del cuerpo de la madre. Algunas feministas interpretan esto como una cesión que las mujeres han hecho al mundo de los hombres, una suerte de desposesión operada por el mundo «macho» de la ciencia, en el cual la madre se somete a una jurisdicción falocéntrica del Estado o de la Iglesia; o aún, en palabras de una activista feminista:

Una intrusión de la ciencia en el proceso de procreación tiende a suprimir este privilegio, sin que las mujeres, aun largamente ausentes

50. La traducción del francés es mía.

51. La traducción del francés y las cursivas son mías.

de las esferas científicas y políticas, hayan obtenido los medios de participar activamente en la definición y en la puesta en marcha de la «nueva maternidad» (Lempen, 1987, p. 18).⁵²

Esta tesis feminista de la exclusión radical de la mujer de la maternidad, operada por la ciencia, puede ser considerada como una respuesta lógica al disgusto explícito del cuerpo de la mujer en ciertos espacios médicos, un capítulo de la larga historia del rechazo de lo femenino; lo femenino como el lugar que representa la alteridad radical, el lugar por excelencia de lo enigmático en los seres hablantes, lo que no se deja tomar del todo por el significante fálico, «el otro goce», para Lacan, o «el continente negro» para Freud. Según esta perspectiva feminista, la pasión por la imagenología médica del embarazo conduce a una voluntad implacable de vigilancia, asimilando el vientre materno con «la oscuridad salvaje», de un mundo resistente aún al todo-poder médico. Aceptando la medicalización del embarazo, las mujeres se deslizan al terreno del hombre y se acomodan a un montaje que completa la diferencia con el hombre, mientras que borra la suya (Le Breton, 2013, p. 80).

La historia de los desarrollos de la tecnología de ultrasonidos en ginecología, hasta los años 1970, se caracteriza por una investigación sistemática del mejoramiento técnico con el fin de hacer diagnósticos más precisos de las patologías pélvicas. En 1976, en Alemania, los ultrasonidos son utilizados por primera vez en el campo de la reproducción asistida para determinar la talla y el número de folículos en los ovarios. En el transcurso de los años 80, esta técnica fue difundida en todos los tratamientos de inducción a la ovulación, así como en los escáneres vaginales para la administración de tratamientos hormonales en las Técnicas de Reproducción Asistida (TRA), con el objetivo de evitar los embarazos múltiples. A pesar de que los avances de la ecografía en los años 1980 estuvieron muy ligados al desarrollo de la medicina reproductiva, estas fueron utilizadas igualmente para detectar tumores cancerígenos en los ovarios y en el endometrio. Hasta ese entonces, las ecografías eran en 2D, incluso si los investigadores soñaban, desde los años 70, con la posibilidad

52. La traducción del francés es mía.

de una imagen en tres dimensiones. Es en el curso de los años 1980 que la visualización fetal en 3D se hizo realidad en un laboratorio de la Universidad de Stanford, en California, que trabajaba en cooperación con un equipo de investigación danés.

Otros avances importantes de esta técnica fueron aportados por investigadores en cardiología, con el fin de determinar el volumen de las cavidades en ciertas patologías cardíacas. Sin embargo, la investigación que más contribuyó con los inicios de la tecnología 3D para la visualización fetal fue realizada en Japón, en el departamento de ingeniería biomédica de la Universidad de Tokyo, entre 1986 y 1992. Fue a partir de esta investigación que los ultrasonidos 3D fueron incluidos en los capítulos de los libros de medicina obstetra y ginecología. Basados en las investigaciones pioneras en Japón, los laboratorios de importantes centros de investigación americanos, alemanes, canadienses, austriacos e ingleses, se apropiaron de los desarrollos técnicos para el perfeccionamiento de las imágenes producidas. Un importante momento en esta búsqueda acelerada por mejorar la imagen fue logrado en 1996, al interior del *Medical Imaging Group* de la University College Hospital en Londres, con la publicación de los resultados de los avances de la primera ecografía fetal en 4-D (*motion 3D en cine-loop*). Luego de esta innovación técnica, asistimos a un boom en la creación y comercialización de aparatos y de marcas de ecografías 3D/4D, por empresas de tecnología médica en varios países desarrollados del mundo.

La rápida expansión de esta tecnología a partir de los años 2000, se debió a los avances vertiginosos de la tecnología informática y a la disminución del costo de los microcomputadores. Sin embargo, el cuestionamiento del uso de esta tecnología surge rápidamente, al interior mismo de los espacios gineco-obstétricos. Los defensores de esta tecnología sostienen que sirve para llevar a cabo diagnósticos mucho más precisos de las malformaciones congénitas, tales como el labio leporino, la polidactilia, la micrognatia, las orejas malformadas, el pie equinovaro, y las malformaciones vertebrales; de ahí la necesidad de que ésta se encuentre pronto disponible en todas las unidades modernas de diagnóstico perinatal y cubierta por los sistemas universales de salud.

Ellos argumentan igualmente que esta tecnología permite una mejor aceptación y comprensión de las anomalías de los niños por parte de sus padres, mientras que los críticos y escépticos de las ventajas de esta nueva tecnología, sostienen que se trata de un lujo superfluo y una práctica de diversión (llamados en inglés *entertainment scans*, escáneres de entretenimiento). Ahora, el argumento más interesante utilizado para promover el uso de esta tecnología es el llamado a la necesidad de contribuir activamente a la creación y refuerzo del vínculo madre-niño, así como también busca tranquilizar a las madres y reducir su angustia durante el embarazo (Woo, 2001).⁵³

Ciertamente, el último argumento, el que promete reducir la angustia de las madres, es el que ha sido más utilizado en el marketing de esta tecnología, aún costosa hoy en día para el consumidor.⁵⁴ La producción de este encuentro, cargado de emociones frente a la posibilidad de ver el bebé que se mueve dentro del vientre, que ya succiona su dedo, que bosteza, y que toma el cordón umbilical con su pequeña mano, todo esto en tiempo real, ha tenido un efecto eufórico que se ha propagado y aumentado en los medios de comunicación populares de salud y de ocio. De la misma manera, hubo un enorme boom de estudios en psicología comportamental infantil y en pediatría, sobre la incidencia positiva de esta tecnología en las estrategias de adaptación de las madres a su embarazo, reduciendo sus angustias y motivándolas a adoptar un modo de vida más sano durante el embarazo (dejar de fumar y de beber alcohol, alimentarse bien, etc.).

La posibilidad de tener contacto directo con el uso actual de esta tecnología en un centro médico, nos permitió un acercamiento privilegiado a los discursos y las prácticas que se tejen alrededor de ésta, ilustrando maravillosamente la configuración de otra filial del «biotecnopoder» híper-moderno. Podemos percibir de nuevo, en las historias de los especialistas que comercializan y pilotean esta tecnología, un deseo normalizador propio de una cultura higienista y de una ideología de la predicción y del rendimiento. Del

53. En inglés también los llaman *reassurance scans*.

54. En 2014 una ecografía 3D/4D tenía un costo promedio de 600.000 pesos colombianos, el equivalente a 200 dólares. En ese año el salario mínimo legal vigente era de 550.000 pesos.

lado de las familias consumidoras de la tecnología, podemos leer pura y simplemente, una celebración gozosa propia de «un público que asiste por primera vez a un gran espectáculo». Del lado del niño, mientras que miramos, sorprendidos, maravillados, todos los detalles de su cara y de sus partes del cuerpo, sus movimientos, sus muecas, asistimos activamente al nacimiento espectacular de un nuevo sujeto, el bebé-imagen. La mirada científica planetaria ha abierto una ventana sobre el niño que aún no ha nacido, y esto nos parece totalmente natural (Wajcman, 2011).

Camino al centro médico MS, situado en un gran centro comercial –de un nuevo barrio del sur de la ciudad de Cali (Colombia)–, y dos meses después de su inauguración, el médico ginecólogo que lo creó, nos cuenta que este centro es para él «la realización de un sueño», puesto que él buscaba desde hace tiempo «ofrecer a las familias, por su propia cuenta, un servicio diferente, único e inexistente hasta aquel entonces en la ciudad». En efecto, él toma su tiempo para describir el equipo «GE Voluson E8 Expert BT-12, con la tecnología HD live, un ecógrafo de 3D y 4D»,⁵⁵ que tuvo que importar desde los Estados Unidos, pagando casi cien mil dólares (impuestos de importación incluidos). Para él, es una inversión que vale la pena, ya que con su esposa y compañera en este negocio, médica ginecóloga también, están seguros de que «este espacio tendrá mucho éxito porque servirá para crear vínculos familiares más estrechos, y vínculos con el niño que está en formación, quien desde el vientre puede sentir el afecto de su familia; de aquí la idea del logo: el primer vínculo con su bebé».

Respondiendo a la pregunta sobre la diferencia entre éste y un equipo ecográfico convencional, que está disponible en todas las unidades obstetras de los centros médicos, él nos explica sonriendo, que la diferencia es radical, pues a la tecnología que se ha democratizado (2D), le hace falta las siguientes características:

Este equipo agrega la sensación de la textura del bebé, permitiendo verlo en cuatro dimensiones: el ancho, la longitud, la profundidad y

55. Todas las especificaciones técnicas de este equipo están descritas en el sitio web del más grande distribuidor de aparatos de ultrasonidos en los Estados Unidos: <http://www.nationalultrasound.com/products/ge-voluson-e8>

el tiempo. Éste produce una imagen en la cual se puede observar la textura, la forma del feto en tiempo real, obteniendo así una secuencia de imágenes 3D en movimiento (4D) [...] y se puede ver exactamente lo que ocurre al mismo tiempo con el bebé en el vientre. Este aparato es muy sensible a los detalles, la boca, los ojos, se puede ver incluso el parecido con los padres. Se puede ver con los ojos lo que con las ecografías 2D se veía con el corazón. Llegamos a objetivar totalmente el bebé. Es la meta, el logro tecnológico.

Al atravesar la sala de recepción y de espera, las dos decoradas con fotografías de retratos fetales producidos por el equipo 3D/4D, todos etiquetados con nombres de niños y mensajes como «Te adoramos, David»; llama la atención una escultura en yeso, de talla humana, que representa una parte de un vientre con un feto (un vientre separado del resto del cuerpo), en tres dimensiones, situado en la entrada de la sala de consultas. Ésta es grande, cómoda, brillante por la limpieza, climatizada e iluminada con luces tenues. El especialista nos muestra el equipo y dos pantallas agregando «una para mí, para el médico, y la otra, la más grande para las familias». Junto a la silla destinada a los pacientes, se observa un gran mueble de cuero situado en el mejor ángulo con relación a la cámara. En medio de la conversación se anuncia la llegada de una paciente. Antes de hacerla pasar, el doctor tiene el detalle de poner música, estilo nueva era, y enciende una pequeña lámpara que cambia de colores que se reflejan sobre los muros blancos de la sala.

Con sorpresa, constatamos que una familia numerosa, recibida cálidamente por el médico, hace su entrada estrepitosa en la sala. Hay representantes de tres generaciones, que suponemos se trata de los abuelos, los padres, puede ser una tía, y un niño de 3 o 4 años. Todos están atentos e inquietos, mientras que la madre se prepara para el examen. El doctor les explica que ellos van a «conocer el nuevo miembro de la familia», y agrega mirando al niño con un gesto amigable «vas a ver a tu hermanita», lo cual indica que están aquí por una ecografía posterior a la semana 26 de gestación, periodo a partir del cual se puede visualizar mejor el bebé con la tecnología 3D/4D, ya que éste está casi enteramente formado.

La sesión comienza con una rutina aparentemente diagnóstica, en la cual el médico proyecta una imagen en blanco y negro que se parece a una imagen en 2D, y toma rápidamente las medidas que registra en un formulario, donde se leen los ítems tales como la frecuencia cardiaca, el estado de la placenta, del líquido amniótico y el estado del cordón umbilical; el médico menciona en voz alta, con un tono mecánico y rutinario, el peso, la talla, la talla del húmero, del fémur, y la circunferencia cefálica y abdominal, sin detenerse en ningún detalle particular. Ni la madre, ni la familia preguntan nada, sino que mantienen todos ellos sus miradas en espera sobre la pantalla grande. Aparentemente para ellos estas primeras imágenes ya son conocidas.

Después de este prelude clínico-diagnóstico que dura muy poco, el doctor anuncia, con un tono de animador, que «la mejor parte va a comenzar», proyectando al mismo tiempo una nueva imagen del bebé en las pantallas, con una resolución extraordinariamente más alta, con más color, donde se percibe claramente lo que él llama «la textura» y se aprecian todos los detalles de la cara y del cuerpo. «Ella está perfecta», enuncia el médico con autoridad, apelando rápidamente las afirmaciones entusiastas de los miembros de la familia, «se parece a su padre», «mira sus mejillas infladas», «parece estar brava, se va a parecer a su abuela», etc. Percibimos que los primeros comentarios se hacen en relación al aspecto físico de su cara, los rasgos, incluso los defectos, los gestos ligados con las supuestas emociones, los parecidos y las identificaciones familiares; es notorio también que la madre y el niño no dicen nada, ellos miran simplemente maravillados.

El médico casi no interviene durante la primera parte de la sesión, excepto para preguntar si ellos quieren escribir mensajes sobre la imagen. Él escribe el nombre G al lado de la cara cuando la madre lo pronuncia. Luego, hace una toma focalizada en la espina dorsal anunciando «este es un bebé perfecto, todo va muy bien». Inmediatamente después focaliza el aparato ecográfico sobre otra parte del cuerpo, enunciando «aquí está su sexo, es una niña», y escribe al lado de la imagen de la vagina en primer plano y en alta resolución: «el sexo». Los gritos entusiastas se escuchan de nuevo, el niño comienza a saltar hiperactivamente en la sala; aparentemente él intenta llamar la atención de los padres sin tener éxito. La mujer joven, que supo-

nemos es la tía, toma fotos de la sesión con su celular y los publica en Facebook. El médico informa que toda la sesión se está grabando, señalando una cámara situada en un rincón del techo de la sala, y que tendrán como regalo la grabación en un CD: la grabación de toda la ecografía y la sesión. «Es un bello recuerdo para el álbum familiar, ustedes se lo mostrarán a la pequeña cuando sea más grande», agrega el médico con un gesto de gran satisfacción. «¡Qué buena película, gracias doctor!», dice el padre con emoción.

Pocos segundos después, el médico se dirige al bebé diciendo «G, no te vamos a molestar más, te dejaremos tranquila ahora», al mismo tiempo que detiene la imagen. Al final de la sesión, el médico le solicita a los padres, dándoles un formulario, su autorización para publicar algunas imágenes de la ecografía en el sitio web y en la página de Facebook del centro, refiriéndose a una exitosa sesión: «Ella se dejó mirar muy bien, no siempre es el caso». Los felices padres, sin hacer ninguna pregunta y sin leer el formulario, firman la autorización, otorgando al Centro los derechos del uso de las imágenes producidas. La familia espera algunos minutos en la sala de recepción antes que una asistente les proporcione un CD, un portarretratos en cartón con el logo del centro, y un mensaje que dice «mi primera foto». En el portarretratos, la imagen impresa del rostro de la niña, etiquetada con su nombre.

Una segunda visita al centro médico, nos permitió continuar la conversación con el médico. Después de haber tenido la oportunidad de asistir a una sesión, teníamos bastantes preguntas para hacerle, él también esperaba que le expresáramos nuestras impresiones. Empezamos por comentar acerca de la asistencia tan numerosa en una sola sesión. ¿Es la norma o la excepción? Él explicó que una de las ventajas de su servicio era precisamente este aspecto:

En la mayoría de los centros de ecografía fetal, se autoriza la entrada de algunas personas, normalmente el padre y el hermano o la hermana [...] Nosotros hacemos énfasis en el hecho de reforzar los vínculos familiares, y esto incluye toda la familia, los abuelos, los tíos, los amigos, las personas que acompañan la paciente y que vienen para ver el bebé. Hemos encontrado este local con el espacio suficiente para recibir las familias hasta diez personas en la sala del examen.

Agrega que durante los dos primeros meses de funcionamiento del centro, la mayoría de los pacientes vienen con familias numerosas, en promedio cinco acompañantes por persona: «recuerdo una sola mujer que vino sin acompañantes, una madre soltera que venía de la ciudad B».

Otro aspecto que nos pareció particular, y que comentamos con el médico, fue la presencia permanente de la cámara de video en la sala. ¿Se filman todas las sesiones? Él respondió:

Pero, usted se fija en los detalles, los pequeños «plus», el valor agregado de nuestro centro. La cámara de video es nuestra última innovación técnica, ésta se activa automáticamente con los movimientos en la sala y registra la sesión [...] de hecho, usted ha asistido a la primera sesión que se ha filmado completamente. Es una novedad [...] con mi esposa, nos dimos cuenta que los acompañantes de los pacientes quieren grabar las sesiones, tomar fotos, y lo hacen de forma improvisada con sus celulares [...] ellos quieren compartir sus emociones, enviando las imágenes por Facebook y otras redes sociales [...] entonces nos dijimos, no nos cuesta nada grabar completamente la sesión, y darles una copia que lleven con ellos y conserven este recuerdo familiar. Además, estas imágenes nos sirven para actualizar las fotos de nuestro sitio web y de nuestros folletos publicitarios [...] con la autorización de los pacientes, por supuesto [...].

Recordando la dinámica de la sesión ecográfica, comentamos con el doctor su lugar como médico especialista durante la ecografía; no era aún lo suficientemente claro para nosotros: ¿seguía él un protocolo de diagnóstico o bien se trataba más bien de «promover los vínculos familiares»?; retomando sus palabras. Él lo explicó de la siguiente manera:

En nuestro centro, un centro especializado en imagenología médica de visualización fetal, somos dos médicos obstetras que trabajamos en él, nuestro interés primordial es en un comienzo la salud de la madre y del bebé. Tenemos la capacidad de llevar a cabo los tres niveles de ecografía y diagnósticos protocolarios que se hacen en cualquier centro pero, además, ofrecemos nuevas tecnologías que no existen en otro lugar. ¿Cuáles son las ventajas que aportan estas tecnologías? Simplemente

una mejor imagen del bebé, una imagen que muestra a los padres los detalles físicos de sus bebés. Esto les permite construir un vínculo, ya que pueden ver los parecidos, los gestos, los rasgos; créame, lo he visto con mis propios ojos. Yo no puedo describirle lo que ha significado para mi esposa y para mí el haber visto a nuestro hijo en 3D/4D. Es a partir de esta experiencia personal que decidimos crear este centro, tuvimos ganas de compartir esta experiencia con otros padres, es una experiencia encantadora [...] Usted ha visto con sus propios ojos una sesión aquí, una bella sesión además, una niña en buenas condiciones de salud, una familia unida y feliz [...].

Justamente con esta historia, él profundiza en una temática que se constituyó en un interrogante central durante la investigación: El énfasis puesto en su discurso sobre «el mejoramiento de los vínculos». El logo del centro, el tipo de relación que establecen los pacientes y familias, el llamado insistente durante la sesión de enviar mensajes al bebé, la música y la iluminación nueva era: son pistas para pensar en una práctica discursiva, marcada por una fuerte tendencia psicologizante y normativa. Le pedimos que precisara aún más su noción de vínculos familiares y del rol de la imagen en ellos. Respondió lo siguiente:

Es una pregunta importante. Puede ser la más importante en nuestro centro. Pensamos todo el tiempo en los vínculos. Comenzando por los vínculos que establecemos con los pacientes y sus familias. Usted sabe, como médicos estamos siempre confrontados a las emociones de las personas. Cuando elegí la especialidad en ginecología, lo hice porque estaba maravillado con el milagro del nacimiento. Aún continúo pensándolo, y es eso lo que me motiva en mi profesión [...] pero también, vemos que es un momento de ansiedad, sobre todo para las madres. Las mujeres en embarazo son por lo general ansiosas. La ecografía es un momento crucial porque es allí que obtenemos noticias del bebé en formación, es allí que comunicamos el estado del bebé a su madre y a su familia. En mi práctica médica, veo cómo la ecografía calma a los padres ansiosos. Ellos pueden ver que su bebé está bien, y si hay problemas, pueden comenzar a adaptarse a la idea de una anomalía. Las ecografías sirven para calmar a los padres, esto es seguro [...] pero éstas no lo hacen por sí mismas. Es necesario un médico

que pueda comprender a los pacientes. Yo me intereso mucho en las emociones de mis pacientes, trato de crear un ambiente de empatía. Pero, es también cierto que como médicos, no estamos formados para establecer este tipo de vínculos, estamos formados como científicos, donde las emociones importan muy poco. Hemos tenido la suerte, mi esposa y yo, porque justo antes de abrir el centro, nos encontramos con una amiga que nos ofreció una formación diplomada de algunas semanas en programación neurolingüística, usted sabe, seguramente [...] Se llama PNL. Gracias a esta formación, podemos ofrecer a nuestros pacientes lo que los médicos ecografistas no ofrecen, una posibilidad de empatía y de técnicas de programación para el bebé [...].

¿«Técnicas de programación para el bebé»? ¿A qué se refiere? Retomamos la pregunta con interés: «Entonces, ¿usted da a los pacientes técnicas de programación de bebés en el vientre?» Y él continuó así:

Eso depende. Todo el mundo no es igual. De allí la importancia de la empatía y de tener conciencia plena de las energías de cada individuo. Al principio es necesario sentir las emociones, las energías. Y para eso yo me preparo, nivelando mis propias energías antes. Por ejemplo, en la sesión que usted observó, sentí que no era necesario insistir en los mensajes y en las palabras pronunciadas. En otras sesiones, me ocurre que tengo que aplicar un protocolo de programación. Para eso, es necesario establecer, desde un comienzo, una relación con los padres, para inducir en ellos un estado mental particular. Luego, le pido a los padres, sobre todo a la madre, que se concentren, conservando este estado mental, para establecer una verdadera conexión con su bebé, conexión que depende igualmente del estado mental y de las energías del bebé, por supuesto. Cuando lo logramos, es verdaderamente algo bello, un momento muy espiritual, la madre pronuncia entonces frases como «yo quiero que tú seas un bebé feliz, un bebé inteligente, muy alegre, muy sano, muy próspero, muy espiritual». La idea es que ella continúe haciéndolo durante todo el periodo de embarazo. Pero, créame, esto no se puede hacer con todo el mundo. Es necesario que haya conexiones energéticas particulares [...].

El médico continuó, durante media hora, describiendo las maravillas de la técnica de la PNL y de la utilidad de esta formación para

su práctica médica. Escuchando su discurso, reflexionamos en la manera en que podría extraer el sentido de esta conversación. Para terminar la entrevista, hicimos una última pregunta, cambiando ligeramente de tema. «Todo lo que usted describe corresponde con situaciones donde el bebé es sano físicamente. ¿Tiene usted un protocolo de atención o de «programación», para un caso en el que haya malformaciones claramente visibles en las imágenes 3D/4D?». Con una ligera sensación de que era una pregunta inesperada, respondió de una forma sintética: «este tipo de caso es raro en nuestro centro. Cuando llegamos a ver niños malformados, tener una imagen clara del defecto ayuda mucho a la madre a aceptarlo, a comprender y a disminuir así su sufrimiento».

Él agrega que trabaja una vez por semana en un hospital público grande, «donde allí, al contrario, recibimos casos de malformaciones graves, se trata de personas muy pobres, en general [...] en dos ocasiones hemos prestado nuestro equipo al hospital para mostrar en 3D la malformación a los pacientes, eso les ayudó a aceptar, en ciertos casos eso les ayuda incluso a tomar la decisión de interrumpir el embarazo». El médico concluye la entrevista agregando una frase sobre la importancia de «devolver la dignidad a los pacientes en una sociedad caracterizada por niveles muy bajos de autoestima [...]».

Después de la primera observación de la sesión ecográfica y de la conversación con uno de los médicos del Centro, se hicieron otras visitas donde se halló que las sesiones estaban marcadas por una fuerte primacía del espectáculo, con un público numeroso y con la multiplicación de imágenes circulando rápidamente en las redes sociales. El discurso de los médicos siempre fue enfático en su buena intención de disminuir la ansiedad de las madres y de reforzar los vínculos madre-niño, a través de la técnica de programación neurolingüística. Dos descubrimientos que me parecieron suficientemente interesantes para presentar esta experiencia como un caso de estudio.

En el medio psicoanalítico lacaniano, escuchamos a menudo hablar de la alianza entre el discurso tecnocientífico de nuestros días y el discurso capitalista, haciendo llamado a la urgencia de reflexionar sobre los efectos de esta alianza sobre los sujetos contemporáneos. La aproximación de esta práctica médica específica

me permitió constatar hasta qué punto son fuertes los vínculos entre los avances de los dispositivos tecnocientíficos, en este caso, una técnica de imagenología médica fetal y la lógica mercantil de la sociedad de consumo. El negocio de la imagenología fetal promete ser próspero, tal y como lo declaró el doctor, con una sonrisa de satisfacción durante las entrevistas. Él entendió muy bien la lógica: un local en un centro comercial, en un barrio nuevo de la ciudad, la fabricación y multiplicación de imágenes «listas para llevar», listas para circular en Facebook y la puesta en escena de un espectáculo para toda la familia. Efectivamente, el «valor agregado de su centro», los pequeños «plus» de goce para todos aquellos quienes pueden pagar el precio de un buen momento de diversión.

Además, este nuevo negocio bio-tecno-médico ilustra otra alianza muy representativa de nuestra época, tal y como los psicoanalistas lacanianos lo han desarrollado: esta compulsión técnica sin límites, que implica la producción de un mundo que pretende animarnos con aparatos, está estrechamente ligado a la pulsión escópica. En su *Seminario XVII*, Lacan, cuando construye su neologismo de la *aletosfera*, para describir cómo nuestro mundo está tecno-saturado, menciona la planetarización de la mirada. Esta tesis lacaniana se adhiere a otras teorizaciones, principalmente a la de Michel Foucault, quien, basado en la noción de panóptico –propuesta por Jeremy Bentham–, desarrolla su famosa hipótesis de la proliferación de dispositivos de vigilancia en la sociedad de control, vinculado al surgimiento del capitalismo, marcando una diferencia con relación a las sociedades disciplinarias de los siglos precedentes. En términos lacanianos, podemos hablar más bien de la instauración técnica de un *sujeto-supuesto-mirar* que está destronando sutilmente el *sujeto-supuesto-saber* (Wajcman, 2011). La multiplicación acelerada de aparatos altamente sofisticados para mirar por todas partes, la video-vigilancia en las calles de las grandes ciudades, en las escuelas, en los jardines maternas, y también en la práctica médica, es un paso en la distribución de la mirada facilitada por la ideología científica de evaluación y de seguridad en nuestra época.

Sin negar de antemano las enormes bondades de algunos progresos técnicos, sin precipitarse hacia una tendencia tecno-fóbica, los psicoanalistas están llamados a pensar los efectos de esta política

planetaria de la mirada. Por ejemplo, ¿cómo abordar los efectos subjetivos de la práctica médica sobre el uso de una nueva tecnología de visualización fetal, como la que he descrito en este caso de estudio? Wajcman (2011), dedica una sección de su libro sobre la nueva cultura centrada en la mirada, al nacimiento del «bebé-imagen», describiendo cómo la imagenología médica ha modificado para siempre el momento del nacimiento:

El niño no es más anticipado por la palabra, él es realizado, puesto en presencia en la pantalla. Poniendo en evidencia que en la ciencia, hoy en día, el niño es y nace en primer lugar en imagen, no se trata de retomar por enésima vez el tema crístico, imagen y encarnación, sino de darse cuenta que en nuestro mundo el niño está suspendido a una mirada, que él es en principio un ser mirado (p. 40-41).

Como «testigo impotente» de una «mutación sin precedentes» en la historia humana, el bebé hace su entrada como imagen ecográfica en el álbum familiar. Antes de tomar su primer respiro de aire por fuera de la placenta, él es un ser virtual, una imagen, y esto «lo cosifica», lo convierte en un puro objeto bajo la mirada. Él no es más imaginado, él es visto. Más allá de las grandes ventajas para la salud que esta posibilidad de imagenología aporta, es necesario entonces cuestionarse sobre los efectos que aparentemente pasan desapercibidos por los médicos: el nacimiento de una nueva subjetividad. Ciertamente, una nueva subjetividad en los niños estructurados como una ecografía, una suerte de subjetividad sonográfica donde habrá aún que escuchar, caso por caso, esta versión hipervisual de los cuerpos hablantes.

Igualmente, este dispositivo de miradas, desarrollado por la medicina de nuestra época, ilustra magníficamente el circuito de la pulsión escópica, tal y como es descrita por Lacan (1973 / 1964) en su *Seminario XI*, donde afirma que «Se mira lo que no se puede ver» (p. 189). Efectivamente, no es simple situar el sujeto y el objeto de la mirada en el espectáculo de las ecografías fetales que he descrito, porque «el objeto aquí es mirada - mirada que es el sujeto» (p. 189). Como lo dice Lacan a propósito del voyerismo, retomando el análisis que Sartre hace del hombre celoso que mira a través del orificio de la cerradura y que es sorprendido por el Otro quien provoca en él la vergüenza:

Este análisis [de Sartre] hace surgir la instancia de la mirada, eso no a nivel del otro cuya mirada sorprende al sujeto en el momento en que está viendo por el hueco de la cerradura. Lo que ocurre es que el otro sorprende al sujeto, todo él, como mirada escondida (p. 189).

Según Lacan, la intuición sartriana es esclarecedora, ya que ésta introduce la idea de que la pulsión escópica funciona solamente con este Otro, y que el azar y la sorpresa son determinantes en la lógica pulsional. Lo que libidiniza la situación es el hecho que la mirada esté oculta: lo que hace gozar es la mirada en tanto no se ve. En el dispositivo que Sartre construye en su disertación sobre «la existencia del otro», es indispensable que haya tres lugares: el que mira el espectáculo, el espectáculo que está para ser visto y el tercero que sorprende, provocando la vergüenza en el voyeurista. Partiendo de este análisis, podríamos reflexionar sobre el dispositivo de las ecografías fetales donde «el sujeto no está allí en tanto que se trata de ver» (Lacan, 1973 / 1964, p. 166), sino al nivel de la mirada oculta de la ciencia. Queda entonces por situar el lugar del pudor y la vergüenza en este espectáculo *i-mágico* de las miradas, miradas.

De la misma forma que podemos suponer la emergencia de nuevas subjetividades a partir de la aparición del bebé-imagen, asistimos igualmente al surgimiento de nuevos modos de tratar los cuerpos y los síntomas, particularmente en las prácticas médicas atravesadas por la técnica. Es con este propósito que quisiera desarrollar algunas reflexiones a continuación. ¿Cómo pensar la introducción de la programación neurolingüística en la práctica de estos especialistas de la ecografía fetal? ¿Cómo interpretar la insistencia del médico en la idea de reforzar los vínculos y calmar las angustias? ¿Es esto simplemente una estrategia mercantil, otro pequeño «plus» para vender un servicio?

Antes de escuchar la historia del médico, hubiese respondido afirmativamente a la última pregunta. El logo del centro parecía justamente eso, un logo, una frase extraída del sentido común, apelando al ideal del amor entre padres e hijos. Inocentemente, no imaginaba en ningún momento que ésta se derivara netamente de un dispositivo de control social a la Foucault. Con este caso de estudio, pude comprender lo que algunos autores foucaultianos contemporáneos

indican como el surgimiento de nuevas estrategias de «poder sobre la vida», analizando las nuevas prácticas biomédicas, principalmente la medicina genómica (Rose y Rabinow, 2006).

La tendencia dominante del conocimiento médico excede, sin embargo, los síntomas para englobar órganos y funciones silenciosas. No estamos más en la era donde se consideraría que la salud era equivalente al silencio de los órganos. La biomedicina, pluralizada en especializaciones y sub-especializaciones, rodea hoy en día a todos los campos de la existencia. En una época dominada por la medicalización de la vida, sin desconocer el mejoramiento innegablemente de las condiciones de existencia para muchos, se promueve la salud como un deber ser, creando nuevas servidumbres y culpabilidades. La llegada del todo-poder técnico está desviando la atención de la ambición legítima de mejorar la vida, vivir por más tiempo, menos enfermo, con menos dolores, hacía una ideología de la prevención que pretende el desalojo del azar.

Paradójicamente, al mismo tiempo que la biomedicina se confina cada vez más en los determinismos genéticos y cerebrales, promueve la idea que somos amos de nuestro cuerpo. Asistimos así a la construcción de la utopía de la salud perfecta. «Curarse» es un imperativo de nuestra época y los ojos técnicos, como los instrumentos de evaluación basados en las estadísticas, están aquí para llevar a cabo la «administración de riesgos»; detectar precozmente lo que podría eventualmente fallar para intervenir preventivamente. Esta ideología de la prevención se sirve de la micro-vigilancia de los cuerpos. Por una parte, lo hace con la técnica: los ojos-instrumentalizados de la imagenología médica, aplicada a las neurociencias, permitiendo «localizar el enemigo», para poderlo «bombardear químicamente» antes que sea demasiado tarde; o también, el despistaje genético que permite identificar un cáncer potencial para llevar a cabo una mastectomía preventiva. Por otra parte, ella instala un ejército de vigilantes de conciencias, voceros dignos de los imperativos de la cultura higienista circundante: «¡Cuídesel!», «¡Sea Feliz!». Las versiones contemporáneas del impe-

rativo superyoico lacaniano: «¡Goza!».⁵⁶ Así, la medicina predictiva toma el relevo de la medicina terapéutica, al mismo tiempo que el ojo omnisciente de la técnica toma el relevo del *sujeto-supuesto-saber*,⁵⁷ el médico encarnaba anteriormente.

El médico ginecólogo entrevistado, manifiesta auténticamente su inquietud por la angustia de las madres embarazadas, él quiere que las cosas marchen bien, quiere que el niño esté sano y está convencido que un niño sano es un niño feliz y viceversa. Pero su preocupación legítima esconde otra realidad, una verdad más inquietante, de la que él es seguramente inconsciente. El lugar que ocupa el saber médico, sobre el cual se basa su autoridad, su juicio y acto clínico, se ha pulverizado. La técnica que él estima en alto grado, lo ha suplantado. Él es cada vez menos el especialista que interpreta las imágenes de las ecografías, el portador de las claves semiológicas. Las sesiones ecográficas observadas evidenciaron el debilitamiento del acto médico. El declive de su autoridad como médico abría el camino hacia otro rol, el rol de animador de espectáculos, un *entertainer*.

Sin embargo, esta reorientación profesional parece hacer perder el prestigio social de una carrera que lo tuvo tradicionalmente impregnado, una carrera altamente altruista, al fin de cuentas. Es así como la PNL llega para él en el momento ideal, como una solución hecha a la medida, un salvavidas frente a la posible pérdida de puntos de referencia, frente a una realidad que podría devenir angustiante. Llega una solución que acoge todos los estándares que caracterizan la nueva ideología de la previsión: el rendimiento, la rentabilización

56. Lacan enfatiza la doble cara del superyó ya introducida por Freud. El superyó tiene una estrecha relación con la ley, aunque paradójica. Por un lado, la ley es una estructura que simbólica que regula la subjetividad. Por el otro, la ley del superyó tiene una faceta ciega e insensata, de pura tiranía e imperatividad. En otras palabras, el superyó es un imperativo que Lacan asimila al imperativo kantiano. Se trata de un mandato del otro que ordena al sujeto gozar: ¡Goza! Es la expresión de la voluntad de goce. El superyó impone una moral insensata, destructiva y opresiva.

57. Expresión utilizada por Lacan para referirse a la función propia de la relación transferencial de un psicoanálisis. Con ella se subraya el hecho de que lo que constituye la posición singular del analista es una relación particular con el saber: él está advertido que hay una escisión entre él y el saber que se le atribuye. En el contexto de este párrafo, se utiliza para referirse a la posición de saber y autoridad del médico que se ha claudicado.

de la existencia, la salud perfecta, la estigmatización del error, la supresión de la contingencia, la programación de la felicidad.

Aun cuando había oído hablar de la llamada «programación neurolingüística», quise verificar mis ideas preconcebidas. En internet encontramos numerosos sitios web que promueven la PNL a través de una oferta plural de cursos y de seminarios de corta duración. Desde el año 2000, esta ha sido ampliamente utilizada en las empresas, particularmente para la «modelización» de directivos y gerentes. A continuación expongo la definición más justa que he encontrado:

La PNL es un conjunto coordinado de conocimientos y de prácticas propias del dominio de la psicología fundadas a partir de un modo pragmático de modelización, en lo que concierne a la comunicación y al cambio. Ella fue creada en 1970, en Estados Unidos. En 1976, cuando el psicólogo, todavía estudiante, Richard Bandler y el lingüista John Grinder inventan el término PNL, su invención se inscribe solo en el terreno de la psicoterapia, inspirándose en el trabajo de otros psicoterapeutas, dentro de los que figuran Fritz Perls, Milton Erickson y Virginia Satir. Alrededor de 1980, los creadores del término se interesan por otros campos como el de la creatividad, el deporte, la gerencia, la pedagogía y la comunicación [...] proceso pensado como pragmático, la PNL se caracteriza por la modelización de las personas de talento, esto es, por medio del seguimiento, la descripción y la imitación de prácticas y comportamientos exitosos y luego por su trasmisión. A estos primeros modelos, se agregaron los protocolos observados en la práctica de otros terapeutas. La PNL se orienta hacia el mejoramiento de la comunicación entre individuos, al mejoramiento personal y tiende a devenir una psicoterapia integrativa, esto es que busca integrar de manera práctica los aportes de diferentes teorías (Dilts, R. y DeLozier, J. 2000, p. 1000-1004).

En definitiva, la PNL se constituye como una de las muchas prácticas terapéuticas nuevas, basada en una mezcla de propuestas psicológicas. Aun cuando ella se caracteriza por su amplia versatilidad y aplicabilidad en el seno de diversas disciplinas, «tanto a nivel personal como de empresa, en el marketing, la venta, la pedagogía, el rendimiento deportivo o incluso la seducción», no encontré en mis búsquedas bibliográficas la aplicación de la PNL en la práctica obsté-

trica. Esta parece ser una innovación del médico-especialista entrevistado. Además, la descripción que él hace de su versión particular de la PNL, deja entrever que él consume otras técnicas provenientes de corrientes más humanistas o espiritualistas, del tipo *new age*, dando como resultado una suerte de terapia sugestiva, una especie de híbrido cognitivo-espiritualista. Ciertamente, una práctica psicológica nueva diseñada con la pretensión de programar a los sujetos –o ¿los cerebros?– bajo la bandera de una ideología basada en la seguridad que exige imperativamente niños sanos y felices. Así, este médico híper-moderno, en tanto representante de un nuevo higienismo, deviene también prescriptor de normas y estilos de vida. Una suerte de moralizador con técnicas de programación y de reconfiguración de cerebros. El bienestar deviene así una nueva servidumbre: «haga usted el bien», «cuide de usted mismo» pero también, «diga esto mismo a su bebé para que sea feliz».

Igualmente, la PNL se alinea de manera consistente al lado de otras prácticas terapéuticas a la moda, tales como las Terapias Cognitivo-Conductuales (TCC), orientadas en afirmaciones como la siguiente formulada por un psicólogo, autor de un libro sobre «la psicología del miedo»:

Trabajos recientes y apasionantes han demostrado que las anomalías cerebrales asociadas a trastornos fóbicos podrían normalizarse bajo tratamiento, bien sea medicamentado o psicoterapéutico. Este fenómeno tenido como «neuroplasticidad cerebral» es una de las cuestiones más apasionantes de los próximos años para la investigación en psicología y psicoterapia [...] *yo puedo actuar sobre mi cerebro, yo puedo reconfigurarlo, para que las emociones patológicas que yo padezco no sean más una fatalidad* (André, 2005, citado por Leguil, 2006).⁵⁸

Esta especie de psicologización y programación generalizadas de conductas, que contaminan también la práctica médica, una práctica hoy extraviada por la caída del sujeto-supuesto-saber, tiene como consecuencia no solamente la angustia del error, de lo que falla en el programa, de los malos productos, sino que también

58. La traducción del francés y las cursivas son mías.

carga con la estigmatización del error. «Un mundo libre de errores» es el slogan de una época marcada por la compulsión higienista y de seguridad total.

De hecho, la pretendida programación de un niño desde el vientre materno, no es una práctica aislada de un médico especialista en un país latinoamericano. Un artículo publicado en la prestigiosa revista académica *Infant and child development* en el 2010, presenta los resultados de un estudio hecho por un equipo de médicos y psicólogos japoneses y chinos, según el cual los ultrasonidos 4D representan una ventaja considerable respecto de los ultrasonidos 2D en términos de la evaluación y la predicción del «desarrollo neuro-comportamental» del feto. El estudio concluye que la técnica 4D, en tanto que ella permite una evaluación de los movimientos y de las expresiones faciales, «debe ser considerada como esencial en la investigación futura del comportamiento fetal, así como en la evaluación del bienestar del feto». Para argumentar esta afirmación, dichos estudios muestran registros cuantitativos bien detallados de los gestos faciales del feto (sonrisa, bostezo, etc.), y el poder predictivo de cada señal de alguna disfunción o problema cerebral. Al final del artículo, los autores advierten sobre las dificultades de este tipo de investigación, debido a que la evaluación de los gestos del feto depende, en gran medida, «del criterio subjetivo del examinador». Este error debe entonces ser corregido en las futuras investigaciones con un «sistema enteramente automático de evaluación de los movimientos fetales» (Toshiyuki, Shu-Yan, Genzo, 2010, p. 115).

La automatización completa es la manera más rápida de suprimir el error de la subjetividad en este estudio que pretende erradicar las enfermedades cerebrales a partir de gestos faciales observados gracias a las ecografías 4D. La lectura que he podido hacer del artículo no me ha permitido comprender cómo es que ellos establecen el vínculo entre una expresión facial (por ejemplo, sonreír) del feto y una disfunción cerebral. Me parece que estamos aún frente a una construcción cientificista en la cual el motor es una suerte de imperativo de la previsión, tal y como lo constatamos con las observaciones delirantes hechas por psicólogos que se interesan en la predicción de problemas

de conducta en los niños desde la escuela maternal.⁵⁹ Supongo que los investigadores sobre comportamiento fetal, utilizan las mismas cuadrículas de observación que los investigadores del comportamiento en la primera infancia. En todo caso, los dos utilizan las cámaras para grabar cada movimiento, cada gesto. ¿Cómo diferenciar entonces los gestos normales de los gestos anormales? La única respuesta sería el establecimiento de una norma estadística.

Frente a este nuevo emporio de la programación, a esta máquina tecnocientífica de supresión de la subjetividad, con sus errores y sus contingencias, el psicoanálisis nos recuerda que el nacimiento de un niño confronta a los sujetos a un «real sin ley», que aparece en la contingencia cuando surge lo imposible de soportar, de cernir, de pensar por parte del sujeto. Este imposible es estrictamente particular en cada situación y la angustia está presente como señal del imposible que representa la programación (Roy, 2009). En estas nuevas fábricas tecnocientíficas de producción y de configuración de bebés, no se tolera el evento inesperado, la eventual falla del programa.

El psicoanálisis nos recuerda que es la experiencia del error la que nos conduce a la idea de verdad (Briole, 2011), tal y como lo afirma Bachelard (2000 / 1948) que considera el error como el motor del conocimiento:

[...] una experiencia que no rectifica ningún error, que es meramente verdadera, que no provoca debates, ¿de qué sirve? Una experiencia científica es, pues, una experiencia que contradice a la experiencia

59. Relacionado con el furor diagnóstico y el afán de predecir y controlar la conducta, recientemente, la cadena de televisión franco-alemana «Arte» emitió un interesante documental titulado «La infancia bajo control» (Jaury, 2010). En él, la realizadora se aproxima de forma crítica a una serie de dispositivos médicos y psicológicos puestos en marcha en Canadá, Estados Unidos, Francia y Alemania, cuyo propósito es detectar tempranamente a futuros delincuentes. Esta práctica, promovida por las autoridades públicas hospitalarias y por prestigiosos institutos de investigación médico-psicológicos, se deriva de una teoría propuesta por Richard E. Tremblay, un distinguido y muy citado psicólogo e investigador de Montreal, quien, según su propia presentación en el documental: «Desmoralizado por la ineficacia de su trabajo con presos de cárceles», una de sus primeras experiencias profesionales como psicólogo, se propuso «identificar desde la más temprana infancia factores conductuales predictores determinantes en comportamientos delictivos»; según él, «en la edad adulta ya no hay mucho que hacer, entonces es importante detectar este tipo de patrones de conducta desde la infancia [...] para prevenir y tener sociedades más seguras».

común. Por otra parte, la experiencia inmediata y usual mantiene siempre una especie de carácter tautológico, ella se desarrolla en el mundo de las palabras y de las definiciones, y carece precisamente de *aquella perspectiva de errores rectificadas que caracteriza, según nuestro modo de ver, al pensamiento científico* (p. 9).

Numerosos científicos de nuestra época, enceguecidos por un deseo de omnivisión y omnisciencia han olvidado que la verdad científica incluye la incertidumbre. El célebre epistemólogo francés, Georges Canguilhem (citado por Foucault, 1994), conocido por su famosa tesis sostenida en 1943, *Lo Normal y lo Patológico*, ha introducido el «error» como un «nuevo concepto en patología» en la reedición de su obra original veinte años más tarde. Para él, el error es la marca ineludible de lo vivo: «la vida [...] es aquello que es capaz del error» (p. 774). En efecto, el error, es la oportunidad dada al sujeto de escapar de la enfermedad de la normalidad tenida como el ser «sometido a la uniformidad incorruptible de lo normal» (p. 774). El psicoanálisis, poniendo la causa del lado del inconsciente, sitúa el error en el corazón de su actuar. Como dice Lacan (1973 / 1964) «sólo hay causa de lo que cojea» (p. 25). La asociación libre, en tanto que manera de hacer con el error en el centro mismo de la experiencia analítica, puede ser considerado como el revés exacto de dicha programación neurolingüística.

Frente a las tentativas de supresión de la subjetividad promovida por el cientifismo de nuestra época, podemos afirmar sin titubear, tal y como lo ha formulado Freud (2003 / 1915b) con gran elocuencia en su metapsicología:

Desde muchos ángulos se nos impugna el derecho a suponer algo anímico inconsciente y a trabajar científicamente con este supuesto. En contra, podemos aducir que el supuesto de lo inconsciente es necesario y legítimo, y que poseemos numerosas pruebas en favor de la existencia de lo inconsciente (p. 163).

Con Lacan, mantendremos ciertamente la hipótesis del inconsciente, del inconsciente real, pero poniendo la contingencia en el lugar de la causa, pues no hay relación sexual que pueda escribirse a

nivel del inconsciente. Allí donde no hay una ley causal, allí donde existe un agujero en el saber, un real sin ley, hay encuentros contingentes, tal y como lo afirma la experiencia analítica, una experiencia radicalmente singular.

Capítulo 4

Puntos de resistencia y lugares de batalla

La máquina rueda, rueda y debe seguir rodando siempre. Si se detiene es la muerte. Mil millones escarabajaban sobre la corteza de la tierra. Los engranajes empezaron a girar. Al cabo de ciento cincuenta años eran dos mil millones. Páranse las ruedas. Al cabo de ciento cincuenta semanas, no quedan otra vez más que mil millones; mil millares de millares de hombres han muerto de hambre. Es preciso, pues, que las ruedas anden con regularidad, pero no pueden andar así sin vigilancia. Es preciso que haya allí hombres que las vigilen. Tan constantes como ruedas sobre los ejes, hombres sensatos, obedientes, establenamente satisfechos (Huxley, 1932: 42)

Cada uno sabe ya hoy día que clasificar, contar y excluir son operaciones que proceden de una lógica que conduce a lo peor [...] Conviene pues proseguir con el análisis del discurso dominante (Aflalo, 2011: 145)

En los capítulos anteriores, he querido ilustrar cómo el discurso científico de nuestra época, constituido en tecnociencia, y también como la configuración de una ideología cientificista, han transformado radicalmente las representaciones del cuerpo. Los dos casos de estudio, referidos a las prácticas técnico-médicas actuales, nos muestran hasta qué punto el cuerpo reducido a un organismo transparente y fragmentado, se ha convertido en el lugar donde se encontrarían todas las causas del comportamiento humano. Las neurociencias, apoyadas en las técnicas de visualización del cerebro, han contribuido a la constitución de un nuevo monismo reduccionista promoviendo

la evacuación del sujeto del inconsciente y su sustitución por el órgano-cerebro. El significante «neuro» se convirtió en un significante amo: basta con que se añada el prefijo «neuro» a cualquier campo del saber para que éste adquiriera una legitimidad científica y para que se vuelva una verdad incontestable, porque es visible.

Bajo los auspicios de las poderosas industrias biomédicas, aliadas a una lógica científica, y alojadas por prestigiosas instituciones universitarias, el «cerebro» como órgano «cartografiado», ha ocupado el lugar de la subjetividad. Hoy es común atribuir a los mecanismos químicos del cerebro las explicaciones de todos los fenómenos humanos. La memoria, la imaginación, el deseo, la creación, y la creencia, han sido, hasta el presente, conquistados por un determinismo físico-químico y una causalidad orgánica que tiende a que todo se explique –tranquilizando a los cuidadores y a los pacientes– y también a que todo se prevea.

El *Brain fitness*, práctica de entrenamiento del cerebro a través de ejercicios de razonamiento y de memorización, ocupa un lugar importante en la oferta contemporánea de las nuevas «tecnologías del yo». ⁶⁰ Esta programación neurolingüística aplicada a los campos de la educación, de las empresas, del marketing, de la psicoterapia y de la medicina, apoyan y reproducen la idea de que somos entidades enteramente programables, desprovistos de inconsciente, de deseo y de goce. El *Brain Festival*, el *Brain Day* y el *Brain Awareness Week*, todos respaldados y financiados por las grandes organizaciones privadas y filantrópicas de los Estados Unidos, ⁶¹ así como también la creación de los «museos del cerebro» en diferentes ciudades del mundo, son pruebas vivientes de la penetración del saber neurocientífico en el sentido común y en la vida cotidiana.

La constatación de la emergencia de una suerte de «neuro-cultura» puede resultar inquietante. En efecto, el psicoanálisis no es el único campo preocupado por los efectos de esta nueva «ideología de supresión del sujeto» (Lacan, 2012 / 1970, p. 460). En ciertas tendencias críticas de la filosofía y de las ciencias humanas, los intelectuales

60. Término propuesto por Michel Foucault, después de los años 1970, para referirse a los nuevos modos donde los hombres toman a cargo la administración de ellos mismos.

61. Principalmente la Fundación DANA (www.dana.org), comprometida con la investigación del cerebro y la divulgación de ésta en la sociedad.

reflexionan sobre las consecuencias éticas y políticas de esta ideología científica, retomando y actualizando la noción de «biopolítica», presentada inicialmente por Foucault en los años 1970. Sin embargo, los aportes críticos más agudos e interesantes provienen actualmente de la política lacaniana, que no contentándose solamente con producir un pensamiento crítico ni con denunciar las consecuencias del cientificismo, ha sabido comprometerse en las batallas concretas, donde los ejemplos más recientes son contra la estandarización de las «prácticas psi»⁶² (*Enmienda Accoyer* en Francia),⁶³ la llamada «batalla del autismo» (en Francia y Bélgica inicialmente),⁶⁴ y la lucha contra la instrumentalización del psicoanálisis en el debate del matrimonio igualitario en Francia.⁶⁵ En la misma línea de la acción lacaniana, que

62. Las prácticas Psi, son un conjunto de saberes y de técnicas utilizadas en el campo de la salud mental, caracterizadas por abordar el sufrimiento psíquico de los seres humanos y proponer soluciones y tratamientos, dentro de las cuales encontramos la Psicología clínica, la Psiquiatría, las Psicoterapias, y el Psicoanálisis.

63. La *Enmienda Accoyer* fue votada el 8 de octubre de 2003 en la Asamblea Nacional Francesa. Pretendía imponer, sin concertación previa, una reglamentación en el ejercicio de las psicoterapias, lo que constituía una amenaza para el porvenir del psicoanálisis. Unos días más tarde surgió un vasto movimiento de opinión liderado entre otros por Jacques-Alain Miller, el fundador y primer presidente de la Asociación Mundial de Psicoanálisis; y es el encargado del establecimiento, a partir de la demanda del propio Lacan de su *Seminario* (Aflalo, 2011). Más información sobre el movimiento de opinión en <http://www.psicomundo.com/foros/psa-estado/manifiesto.htm>

64. «La batalla del autismo» es el nombre dado al importante movimiento de psicoanalistas y psicoterapeutas en contra la política pública de expulsión de prácticas diferentes a las terapias cognitivo-conductuales para el tratamiento del autismo. Esta política pública se cristalizó en Francia en un informe del INSERM (Instituto Nacional de Salud e Investigación Médica) en el cual se estableció que la terapia *Applied Behavior Analysis* (ABA) sería la única terapia válida para el tratamiento del autismo. El debate se extendió por varios países de Europa y generó un vasto movimiento reivindicando la necesidad de sostener una pluralidad de enfoques para garantizar a los pacientes y familiares la libertad de elección. Los pormenores de este debate pueden leerse en el libro publicado por Eric Laurent (2013b) cuyo título es *La Batalla del autismo*.

65. En el marco de la discusión del Ley sobre el matrimonio igualitario, se acudió al saber del psicoanálisis para sostener posiciones conservadoras. Frente a estos, un grupo importante de psicoanalistas lacanianos se pronunciaron en contra de la instrumentalización del psicoanálisis. Se redactó una declaración que fue firmada por miles de personas, la cual puede leerse en <http://www.lacanquotidien.fr/blog/declaration2013/>

por su orientación hacia lo real y el síntoma, se constituye como un lugar eficaz de resistencia frente a la expansión de la neuro-cultura, podemos situar acciones artísticas y objetos del arte contemporáneo, confirmando una vez más que el artista siempre nos «precede», nos «abre el camino» (Lacan, 2012 / 1965, p. 211).

En este capítulo presentaré entonces tres tentativas interesantes que a mi parecer contribuyen, cada una con sus lógicas discursivas particulares, con la construcción de lugares plurales de resistencia frente a la poderosa máquina científica de nuestra época. Para comenzar, presentaré los aportes articulados con una renovación pertinente de la categoría crítica de biopoder, para luego desarrollar las propuestas de la orientación actual de la política y la llamada «acción lacaniana».⁶⁶ Culminaré mi trabajo con ejemplos provenientes del cine y del arte contemporáneo, que muestran los desechos de la hipervisibilidad que caracteriza nuestra época; las imágenes y los objetos que logran mostrar los trozos de real, del real imposible de representar, de lo que «no se podría ver» (Lacan, 2012 / 1961, p.202).

La biopolítica y las tecnociencias: La renovación de una categoría crítica

En los medios académicos de la filosofía y de las ciencias humanas, principalmente en Italia, en los Estados Unidos y en Inglaterra, surgió un movimiento crítico que, apoyado en los desarrollos foucaultianos alrededor del poder sobre la vida o el biopoder, está construyendo

66. La «acción lacaniana» es un término acuñado por Jacques-Alain Miller en su curso *Un esfuerzo de poesía* del año 2003 para referirse a la necesidad lógica y ética de situar el lugar del analista en la sociedad de nuestro tiempo en una posición de exterioridad en relación a los discursos dominantes de la época, ya sean los que orientan el control del vínculo social o los que rigen las identificaciones grupales. La acción lacaniana debe sacar así las consecuencias prácticas, en cada coyuntura y problemática social, de lo que el acto psicoanalítico pone en juego en la práctica analítica. No es pues una acción dirigida por una ética de las intenciones, más o menos buenas, más o menos fundadas en el ideal del bienestar social, sino una ética de las consecuencias, no siempre fáciles ni agradables de extraer, de la función que el objeto causa del deseo tiene para cada sujeto (Bassols, 2014b).

un pensamiento frente a los nuevos dispositivos tecnocientíficos y sus efectos sobre la subjetividad y el vínculo social.

Foucault dio una definición del poder biopolítico como el reverso del poder soberano. Si el poder soberano es lo que «hace morir o deja vivir», ejerciendo un derecho de vida o de muerte sobre el conjunto de los sujetos; el biopoder, al contrario, es aquel que «hace vivir o rechaza la muerte», ocupándose de los hombres, criándolos y cuidándolos, en vista de otorgarles una tutela e incluso aumentarles su bienestar económico, pero también su educación, su higiene, su salud física y mental, etc. El biopoder es entonces un hacer vivir, o un hacer vivir mejor, y en esto es lo que consiste el hacer gubernamental que se ocupa de la vida de los sujetos (Tarizzo, 2012).

Según Tarizzo (2012), los Estados modernos legislan y gobiernan con las dos manos del poder político: una soberana y otra biopolítica. El pueblo de un Estado, es decir, «los ciudadanos», son considerados como un «sujeto colectivo», en tanto que estos ejercen su voluntad legislativa y su soberanía colectiva a través de las instituciones que los representan. La población de un Estado está compuesta, sin embargo, por todos «los hombres» que son administrados, gobernados, dirigidos, dentro de un plan económico, sanitario, educativo, por la máquina estatal. La población es entonces un «objeto colectivo». No obstante, el pueblo y la población están compuestos por los mismos individuos, vistos ya sea como sujetos de la soberanía del Estado o como objetos del biopoder estatal.

Una vez establecido que «nosotros», en cuanto sujetos soberanos del poder estatal, simultáneamente también somos objetos políticos del mismo poder, se descuenta la afirmación de que la racionalidad biopolítica, a saber este tipo de racionalidad que estructura la acción administrativa, gubernamental de la máquina del Estado, tiende a ejercer sobre nosotros efectos de «de-subjetivación». Esto, sin embargo, no nos dice aún cuáles son esos efectos (Tarizzo, 2012, p. 106).

Este autor propone distinguir tres niveles de la racionalidad biopolítica contemporánea para analizar el campo de la llamada «salud mental»: la matriz economista, el dispositivo epidemiológico y el orden ideológico. Primeramente, la matriz economista,

y su puesta en marcha por la tecnoracionalidad de la evaluación, determinan una concepción de «salud mental» medible, cuantificable, y por consiguiente evaluable en términos comportamentales y poblacionales. Así, el hombre comportamental-poblacional evaluativo se convierte en el «fundamento antropológico con relación al cual, las conductas y las autoevaluaciones superficiales de los seres hablantes deben ser medidos, comparados y eventualmente corregidos» (Tarizzo, 2012, p. 107).

Junto a la matriz económica que dibuja la cara sin calidad de la humanidad biopolítica, existen también los «dispositivos» de la racionalidad biopolítica: el más importante, la epidemiología. Foucault forjó el concepto de dispositivo para designar una trama de prácticas discursivas y extra-discursivas, que se explica según las formas que se definen como un saber actuado. Tal y como lo presenta Foucault, es típico del dispositivo anudar lo dicho y lo no-dicho al interior de un hacer. El dispositivo es el sistema de relaciones internas de este hacer. El dispositivo epidemiológico es aquel que «permite observar, medir y mejorar permanentemente el estado de salud de la población, en el cual la enfermedad no es sino una variable dependiente de una larga sucesión de factores» (Foucault, citado por Tarizzo, p. 109).

Es importante distinguir en la historia de la epidemiología dos momentos: la epidemiología clásica, aquella que nace en Londres en el siglo XIX con las grandes epidemias de cólera; y la nueva epidemiología de la segunda mitad del siglo XX. La primera fase es la de la epidemiología de la mortalidad y la segunda es la de la epidemiología del riesgo. Es en la segunda fase que surge el imperativo «¡Vive!», reemplazando la fórmula «¡No mueras!» de la epidemiología clásica. La nueva epidemiología nace también en Inglaterra con los estudios sobre la correlación entre el humo del cigarrillo y el cáncer de pulmón. Encontrando una correlación estadística, se traduce una inferencia epidemiológica en una inferencia etiológica, y esto transforma el dispositivo epidemiológico que no se ocupará más de los factores causales sino de los factores de riesgo. La sociedad de riesgo que es la nuestra, se funda en este deslizamiento: si no podemos decir que el humo provoca el cáncer de pulmón, podemos al menos decir que

el humo aumenta el riesgo de este tipo de cáncer. Así el dispositivo epidemiológico y la evaluación se convierten en un par inseparable, debido a que la última está en la medida de calcular los riesgos para prever una respuesta administrativa frente a estos.

Evaluar el riesgo significa administrarlo. La tecnoracionalidad de la evaluación es aquella que se presta para ofrecer el mejor suplemento de racionalidad al gobierno biopolítico y economicista de las poblaciones. Si éste es un gobierno de los comportamientos y no de los sujetos, tiende entonces a de-subjetivar, en lo posible, la racionalidad de estas medidas, homologando su racionalidad administrativa con una racionalidad anónima. En el campo de la salud mental, el dispositivo epidemiológico introduce un «gobierno de riesgos comportamentales dedicado a una optimización creciente de nuestras conductas», basado en la evaluación, entendida como un «procedimiento técnico gracias al cual se vuelve imparcial, neutra, impersonal, anónima y objetiva la mirada que la sociedad arroja sobre ella misma» (Tarizzo, 2012, p. 110). El poder del dispositivo epidemiológico de la racionalidad biopolítica se sitúa en el hecho que este propone una supuesta autonomía, donde no hay normas rígidas de comportamiento: «haz lo que tú quieras», «obedécete a ti mismo». No se trata más del proceso de normalización de las conductas, del cual hablaba Foucault, sino más bien de un proceso de optimización de los comportamientos: aumentar los rendimientos, mejorar las capacidades. Un comportamiento optimizado es aquel que es más plástico, flexible, reactivo, luego gestionable.

El tercer nivel de la máquina biopolítica, según Tarizzo (2012), es el de la ideología definida, antes que nada, como «un orden». La ideología puede ser considerada así, ya sea porque esta coincide con un orden del espacio discursivo, con una disposición de los enunciados en un orden jerárquico dado, o porque esta explica un cierto orden, entendido como un mandato, un imperativo que es inseparable de una observación fáctica. Un orden ideológico se perfila cuando una construcción de «valor epistemológico», sea un concepto o un juicio, está «sobrecargado de una plusvalía axiológica que lo transforma en un juicio de valor». Esto significa que la ideología se manifiesta siempre en el campo de un saber y que es un saber transformado en valor o un valor transformado en saber. Si tomamos el concepto de

«vida» como ejemplo, cuando este «indicador epistemológico», tal y como lo definió Foucault, se desdobra en un indicador axiológico, entramos *ipso facto* en el campo de una ideología de la vida que impregna a un enunciado científico de un valor imperativo. Tomado por el dispositivo epidemiológico biopolítico, el orden ideológico de la «vida» favorece así este imperativo «¡Vive!» que mantiene en funcionamiento el motor de la máquina biopolítica. El pasaje en la historia de la epidemiología del hacer vivir al hacer vivir mejor, no es posible sino sobre un fondo ideológico que fusiona la descripción científica de la «vida» con una orden prescriptiva del vivir mejor.

¿Cómo pensar la constitución de un orden ideológico en el campo de la salud mental? Desde un punto de vista foucaultiano, se puede suponer que la «salud mental» es un «indicador epistemológico», es decir, un concepto meta-discursivo que indica la pertenencia a un conjunto de disciplinas *psi*. No existe una definición de «salud mental» que sea compartida por dichas disciplinas *psi*; incluso la idea de «salud mental» es fuente de polémicas y diferendos insolubles. A pesar de los diferendos, se insiste en la idea de «salud mental» como si hubiera una unidad epistémica. Por ejemplo, la OMS prescribe cierta definición que se convierte en el fundamento de las políticas sanitarias en numerosos países del mundo. El problema de la definición de la salud mental, que no existe, se desdobra entonces en el problema de su prescripción. Definir la «salud mental» significa prescribir la «salud mental», puesto que es solamente a partir de su incesante prescripción, que se podrá trazar una ruta hacia una definición.

Este orden ideológico se cristaliza en las múltiples ediciones del DSM, donde se confunde claramente el valor epistemológico clínico y la plusvalía axiológica, contribuyendo a que la salud mental se integre con los dispositivos gubernamentales y bio-económicos; de donde se desprenden las formulas populares, tales como el *screening*, y «la promoción y la prevención de la salud mental», formulas internas a una práctica médica que ha cesado de ser clínica, para convertirse en una práctica de administración y de manipulación intrusiva de las conductas. El resultado se traduce en una serie de paradojas.

En primer lugar, la salud mental, como efecto de una prescripción, no sólo se convierte en un producto, en una mercancía de la cual podemos abastecernos comprando medicamentos que no sólo curan, sino que también fabrican estilos de vida (*life-style medicines*). En segundo lugar, una salud mental que a pesar de no poder ser prescrita a partir de una definición a priori, si puede, sin embargo, ser prescrita en función de protocolos de evaluación que tenderán, por su aspiración a la objetividad, a de-subjetivar inexorablemente «el portador de la salud mental». En tercer lugar, una salud mental que responde menos a los criterios de la normalización, dado que las normas cambian según las medidas estadísticas, y más a los criterios de optimización comportamental (Tarizzo, 2012, p. 114-115).

Ciertamente, la salud y la enfermedad mental se han convertido en los objetos privilegiados de los análisis críticos desarrollados por los investigadores anglosajones, tales como Rose y Rabinow (2006); quienes han dirigido varios estudios empíricos sobre la lógica de los nuevos regímenes biopolíticos en los campos de la epidemiología, la reproducción y la medicina genómica. Tomando el caso de un nuevo campo de la biomedicina, llamado «farmacogenómica», tal y como ha sido desarrollada en Europa y en los Estados Unidos, Rose ha descubierto que la investigación sobre el desarrollo de la nueva generación de medicamentos para la depresión está ligada, por un lado, a la investigación en medicina genómica, y por otro, a la afirmación publicada por la OMS, y repetida por el conjunto de organizaciones internacionales, acerca de que en el 2020 la depresión será la segunda causa de morbilidad –después de la enfermedad cardiaca– en los países desarrollados y en desarrollo.

La declaración del riesgo de la enfermedad en algunos años se convierte así en la máquina de administración de riesgos, que luego se apoya en los vínculos estrechos con la rama de la biomedicina (genómica y neurociencias). Estos vínculos se sostienen por tres argumentos. El primero se debe a que los medicamentos antidepresivos de tercera generación son fabricados con el objetivo de alcanzar los mecanismos químicos específicos del funcionamiento del cerebro, subyacentes a la depresión. El segundo se debe al hecho que existe más de una docena de estos medicamentos, y que no existen marcadores sintomáticos u otros

que permitan a los médicos escoger dentro de esta variedad, a pesar de que ellos producen efectos bastante variables. Y el tercero reside en el hecho de que los test genéticos servirán para que los médicos puedan escoger el medicamento indicado, con la dosis acertada para el paciente conveniente, maximizando los efectos terapéuticos, minimizando los efectos adversos, y aumentando la eficiencia de los recursos cada vez más limitados de las burocracias sanitarias.

Según Rose, gracias a las entrevistas realizadas en algunas empresas de medicina genómica en los Estados Unidos, estaríamos ad portas de soldar la conexión entre el desarrollo de los medicamentos antidepressivos y el despistaje genético:

Si esto funciona, el despistaje genético migrará de los consultorios de los genetistas a los consultorios de los médicos generales, convirtiéndose también en algo tan rutinario como un hemograma, abriendo la vía, para toda la población, a la aplicación de las explicaciones genéticas de la salud, de la enfermedad y de las predisposiciones (Rose y Rabinow, 2006, p. 215).

Si esta industria predictiva de la medicina genómica funciona parcialmente, y si los test genéticos no se hacen sino raramente – como es el caso hoy en día –, de todas maneras se puede considerar que la «reconfiguración genética de la enfermedad mental ha hecho ya su entrada en un régimen de verdad» (Rose y Rabinow, 2006, p. 215), no más bajo los auspicios de la purificación de la población o de la eliminación de la degeneración, sino bajo la bandera de la calidad de vida y de la felicidad.

En los dos casos asistimos ya a una transformación de la biopolítica de la salud mental, sin reescribir únicamente su epistemología según las lógicas del saber biológico, sino también al reconfigurar las relaciones de saber, de poder y de experticia que las gobiernan. Según Rose, el concepto de biopoder utilizado de una manera precisa, con relación a los hallazgos empíricos y dando cabida a la invención, se convirtió en una categoría analítica poderosa en las ciencias humanas contemporáneas, permitiendo una lectura adecuada del presente y del futuro. En efecto, en esta tendencia, encontramos cada vez más una producción intelectual interesante, capaz de establecer un diá-

logo –y por qué no una alianza–, con el psicoanálisis lacaniano, en la constitución de un lugar de resistencia efectivo frente a los nuevos dispositivos del bio-tecno-poder.

La política lacaniana y su orientación hacia lo real

En su libro *Proyecto de una psicología científica*, publicado en 1895, Freud construye una argumentación para sostener la hipótesis de una base neuronal de los fenómenos psíquicos y del conjunto de la psicopatología. Anticipando los teoremas que encontramos actualmente en las neurociencias y que fueron desarrollados a partir de 1970, Freud se apoya en un descubrimiento de la histología de su época que revela que el sistema nervioso está compuesto por distintas neuronas –compone una misma estructura–, que están en contacto entre ellas y que buscan ramificarse. La proposición freudiana de una «psicología científica» se basa entonces en una teoría de las neuronas, atravesada por un punto de vista cuantitativo sobre la actividad neuronal: una cantidad x que circula o que se estanca en una neurona, entre neuronas, o en un sistema de neuronas. El *Proyecto* fue objeto de debates en el medio de los fisiólogos y de los neurofisiólogos en el momento de su aparición, así como también fue puesto en cuestión por su autor algunos años más tarde, como una idea «delirante», tal y como fue descrita por Freud en una carta (39) a Fliess (Miller, 2011).

Es interesante, sin embargo, constatar que la hipótesis del inconsciente freudiano fue precedida por esta tentativa de asignar una base material neuronal a los fenómenos psíquicos; es decir, exactamente el mismo movimiento que caracteriza los desarrollos de las neurociencias hoy, pero ahora con medios técnicos mucho más avanzados puestos a disposición. Leyendo el *Proyecto*, uno se pregunta verdaderamente ¿por qué este texto no es un texto de referencia para los neurocientíficos? Una posible explicación a esta falta flagrante de referencia es la firmeza con la cual Freud defendió su hipótesis del inconsciente en los decenios que siguieron, abandonando sus «delirios» de determinismo neuronal. En otros términos, la invención del psicoanálisis por Freud implica necesariamente el abandono de la suposición de un real neuronal o del

neuroreal en su proyecto de «psicología científica». A partir de aquel entonces se esboza la necesidad, una necesidad marcada por una suerte de imposibilidad de definir un real por el psicoanálisis, sabiendo que ella nace de una brecha con lo real de la ciencia.

La investigación de una definición, de un real, para el psicoanálisis ha significado desde Freud, un camino teórico no sin obstáculos; las dificultades propias a toda tentativa de aprehensión por lo simbólico de un imposible de decir. A lo largo de su enseñanza, Lacan pudo sostener, sin vacilación, esta búsqueda de un real para el psicoanálisis a la altura de la clínica y de los debates intelectuales de cada época, demarcando con más precisión los límites epistemológicos de lo real del psicoanálisis.

A comienzos de este siglo XXI, nos encontramos frente al retorno contundente de lo *neuro-real*, repostado por los desarrollos recientes en neurociencias y los avances técnicos en imagenología médica; nos hallamos a puertas de la cristalización flagrante de la ciencia como «ideología de supresión del sujeto», una empresa revisionista de las hipótesis psicoanalíticas. Más que nunca, el psicoanálisis debe continuar su búsqueda de un real distinto al de la ciencia; esta vez, se vuelve ineludible delimitar los contornos de «un real para el siglo XXI».⁶⁷ Este nuevo desafío para el psicoanálisis no exige únicamente que la experiencia analítica, como experiencia clínica de lo singular, sea mantenida y consolidada por el⁶⁸ y del Pase,⁶⁹ sino que ésta reclame igualmente el compromiso

67. Título del último congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

68. Una Escuela tiene por objeto ofrecer una organización a los analistas y no-analistas que siguen la orientación de la enseñanza de Lacan para la difusión del Psicoanálisis como saber y como práctica en el mundo. En ella se realiza un trabajo destinado a mantener vivo el descubrimiento freudiano y a orientar esa praxis original a fin de que cumpla su papel en nuestra época. Su preocupación es tanto por el Psicoanálisis puro como por el Psicoanálisis aplicado a la terapéutica. Para cumplir sus objetivos la Escuela pone énfasis en la formación analítica de sus miembros, quienes al formar parte de una Escuela se comprometen a someter su práctica a un control. Por su parte la Escuela garantiza la formación que ofrece a sus miembros al otorgar dos títulos: AME (Analista Miembro de la Escuela) que nombra al analista que ha dado las pruebas de formación suficiente, y AE (Analista de la Escuela) que nombra a quien habiendo terminado su análisis atravesó la prueba del Pase. Ver más en http://www.wapol.org/es/las_escuelas/Template.asp

69. El Pase es un dispositivo inherente al concepto mismo de Escuela. Fue inventado por J. Lacan (1967) y definido en su *Proposición del 9 de octubre de 1967*

de los analistas en la ciudad, en los debates públicos alrededor de las políticas gubernamentales de los proyectos legislativos vinculados con la «salud mental», entre otros. De las batallas con las que se compromete el psicoanálisis ahora, dependerá su estatus epistémico y político en el futuro. Y, para que estas batallas tengan la eficacia y que las voces de los psicoanalistas sean escuchadas y distinguidas en la pluralidad de las voces que participan del juego democrático, es indispensable que el psicoanálisis mantenga su orientación hacia lo real del síntoma.

Con el fin de enfrentar la amenaza de la abolición del sujeto del psicoanálisis por las neurociencias, parece pertinente clarificar de qué «sujeto» se trata. Algunas reflexiones críticas provenientes de la filosofía particularmente, señalan que las teorías neurocientíficas derivan en la consolidación de un «monismo materialista», que incluyen todos los fenómenos psíquicos; y esto es problemático porque formula dos preguntas: «la de la posibilidad de una *experiencia subjetiva unificada* y la de la *libertad humana*» (Queval, 2008, p. 37). Distinguiéndose de esta aproximación, el psicoanálisis no funda su posición en la denuncia de un materialismo cualquiera, por la simple razón que «la investigación de una base material en lo mental atraviesa tanto la obra de Freud como la enseñanza de Lacan» (Miller, 2011, p. 71). Además, la defensa de una *experiencia subjetiva unificada* no se concibe más desde el punto de vista del psicoanálisis. Lacan ha edificado sus primeras teorizaciones sobre el sujeto buscando una base material en la lingüística, en el significante.

Para el Lacan de los años 50 y 60, la base material del inconsciente estaba dada por el significante, «era muy apropiado para satisfacer las elucubraciones de aquellos que se reconocían como

para investigar qué es el fin de análisis, esta investigación se realiza a partir de los testimonios de aquellos sujetos que han terminado su análisis y que manifiestan a la Escuela su deseo de transmitir lo que en esa experiencia han obtenido. Es un dispositivo cuidadosamente diseñado recoge el testimonio del «pasante» a través de dos «pasadores» que lo transmiten a un jurado, el Cartel del Pase, que lo evalúa. Si el Cartel considera que hay evidencias suficientes de que se ha llegado al final del análisis entonces da al «pasante» el título de «AE - Analista de la Escuela». Éste deberá testimoniar públicamente a la comunidad y hacer una enseñanza a partir de su experiencia durante los siguientes 3 años. Ver más en http://www.wapol.org/es/las_escuelas/Template.asp?Archivo=el_pase.html

materialistas dialécticos, o para los que la dialéctica no les hacía olvidar el materialismo» (Miller, 2011, p. 71). Apoyándose en la lingüística estructural de Saussure y de Jakobson, para emprender un retorno al inconsciente freudiano, Lacan ha sostenido su célebre formula del «inconsciente estructurado como un lenguaje», como el soporte intocable de su enseñanza, hasta el momento en que agita esta base en su última enseñanza. Con el algoritmo del significante y del significado, Lacan no resalta únicamente que los vínculos internos con el significante tienen las funciones más amplias en la génesis del significado, sino que él hace también del significante la causa del significado y sobre todo la causa del sujeto (Lacan, 2002 / 1957). En efecto, la parte más clásica de la enseñanza de Lacan se construye alrededor de la causalidad significativa (entonces materialista) del sujeto. Se trata de un sujeto dividido, dividido por el saber inconsciente, en tanto que éste está representado por un significante para otro significante.

Contrariamente a toda tentativa de conciliar las neurociencias cognitivistas con el psicoanálisis, es pertinente hacer énfasis en el «sujeto lacaniano», que no es el sujeto psíquico unificado de las ciencias cognitivas o de algunas corrientes filosóficas. De la misma manera que el saber del que se trata en el inconsciente, no tiene nada que ver con el saber en tanto que información tal y como está definido por el cognitivismo, convirtiéndose en objeto de un almacenamiento, de un aprendizaje, de una programación o de una pedagogía. El saber con el que tratamos el inconsciente, se aloja en otra parte, en el discurso: el discurso del Otro. La idea de la integración subjetiva no es alcanzable desde este punto de vista. Incluso del lado del imaginario, la integración total no es posible porque para Lacan, el acceso a la forma total del cuerpo no anula la fragmentación inicial que caracteriza la relación con el cuerpo. Dicha integración especular jamás es totalizante, esta queda incompleta, es alienante, ilusoria, fallida, contradictoria.

A pesar de que Lacan haya optado por un lenguaje causal a lo largo de su enseñanza, quizás para afrontar los debates epistemológicos con una intención de provocación, él no retrocede frente a las fracturas de la causalidad, a las rupturas de la determinación que encuentra en la expe-

riencia analítica. De la misma manera que Freud (2004 / 1920) encontró la «compulsión de repetición» en las neurosis de guerra, el juego infantil del *fort-da* y los efectos terapéuticos negativos de los que él da testimonio en su texto prínceps *Más allá del principio del placer*, donde introdujo el concepto de pulsión de muerte, Lacan encuentra un cierto número de experiencias clínicas del tipo «no hay relación sexual», lo que equivale decir «no hay causalidad psíquica». Es con esta fórmula que él articula su oposición al real de la ciencia, como un real que contiene un saber.

El real del psicoanálisis es un real que no contendría más un saber sino que vehicularía el saber del inconsciente. Lo que éste vehicula es particularmente la ausencia de la ley, justamente el agujero de este saber-allí. Formulando «no hay relación sexual», Lacan señala la ausencia de ley, la imposibilidad de escribir una ley sexual para los seres hablantes. Es así que la causalidad significativa da cabida a la contingencia. En su última enseñanza, Lacan hace énfasis en la contingencia a partir de la constatación, en el discurso del analizante, de la pluralidad de los modos bajo los cuales los sexos entran en relación. Es la multiplicidad clínica que va, de cierta manera, a demostrar la imposibilidad de escribir una ley donde habría sólo encuentros plurales y contingentes (Miller, 2011).

La experiencia analítica se convierte en el lugar por excelencia donde el inconsciente atesta este real, un real sin ley, un real sin saber. Encontrando este obstáculo, confrontando esta «roca» de la castración frente a la cual Freud (1937) mostró una cierta impotencia, Lacan no quiso retroceder. Él lo definió como una imposibilidad lógica en lugar de tomarlo como una impotencia del discurso analítico. Es así que él inventa un real que no es el de la ciencia, un real sin matema, donde la cuestión crucial es saber en qué medida este es transmisible. Esta imposibilidad lógica, formulada por Lacan como lo que «no cesa de no escribirse» en la experiencia del sujeto que habla y goza de un cuerpo, sólo es transmisible por la experiencia analítica, una experiencia que tiene en cuenta y se articula alrededor de la fuga del sentido, del objeto pulsional, del desecho.

En su último texto escrito, Lacan afirma que «el inconsciente es real» (Miller, 2011, p. 73), para resaltar que éste no es imaginario, ni simbólico, sino que está al nivel del *sin ley* y del *fuera de sentido*. En

este momento, él toma apoyo del nudo borromeo, constituyendo una nueva base material del psicoanálisis, pero bajo la condición de que este no se desarrolle siguiendo las normas del discurso de la ciencia. A pesar de que Lacan encontró el nudo borromeo para formalizar lo real en la última parte de su enseñanza, lo que ha modificado la noción de síntoma y de cuerpo, la constatación de un real distinto del de la ciencia, tenía antecedentes importantes en la teorización lacaniana.

En el *Seminario XI*, se encuentra el fragmento de una frase en la que afirma «[...] en Freud, lo real aparece de esa forma, es decir, como el obstáculo al principio del placer. Lo real es el tropiezo» (Lacan, 1973 / 1964, p. 174). Como lo remarca bien Naveau (2012), «lo real es eso contra lo que uno se golpea». Para hablar de este real, en su seminario sobre los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Lacan escogió la vía del encuentro traumático, retomando un concepto de Aristóteles: «La función de la *tyche*, de lo real como encuentro –el encuentro en tanto que puede ser fallido, en tanto que es esencialmente el encuentro fallido [...]–, se presentó primero en la historia del psicoanálisis bajo una forma [...] la del trauma» (Lacan, 1973 / 1964, p. 63). Para ilustrar esto, Lacan hace una lectura minuciosa del sueño trágico en referencia a la frase «Padre, ¿no ves que estoy ardiendo?», analizado por Freud (2003 / 1900), para insistir sobre el hecho que se trata de un encuentro traumático, aquel que no se produce una sola vez y que va a comprometer la repetición, retorno de significantes con el fin de asimilar lo inasimilable que yace en el mismo corazón de este encuentro.

El encuentro de un padre con la mirada de reproche de su hijo muerto, quien es alcanzado por el fuego, es considerado por Lacan como un ejemplo paradigmático de este real. En este seminario, Lacan articula la insistencia de la cadena significativa en lo real, es decir, en el elemento imposible de reabsorber por la representación significativa, concebida aquí como el motor de la reiteración de los significantes que faltan para siempre. Lo real se concibe como lo que escapa a la rememoración del acontecimiento traumático. Lacan insiste en este punto: después de este encuentro con un real traumático, se vuelve difícil sostener la teoría del sueño como la realización de un deseo.

Los sueños, como lo dice Kierkegaard, serían sueños de angustia, sueños de repetición del trauma. Sin embargo, es importante resaltar que Lacan no es el primero en dar cuenta de este real bajo la forma del traumatismo (Naveau, 2012).

Freud, en su primera clínica de la histeria al final del siglo XIX, había centrado su atención en las huellas mnémicas dejadas por las experiencias sexuales traumáticas de la vida infantil. En su primer artículo sobre *Las neuropsicosis de defensa*, Freud (1894) ya abordaba la neurosis histérica como una defensa contra una representación sexual inaceptable e insoportable para el yo:

En la histeria, el modo de volver inocua la representación inconciliable es trasponer {umsetzen} a lo corporal la suma de excitación, para lo cual yo propondría el nombre de conversión (p. 50).

Dos años después, Freud (1896) introducirá una novedad fundamental en la teorización de la formación del síntoma histérico, así como también las leyes que gobiernan la mecánica inconsciente:

Hemos averiguado que ningún síntoma histérico puede surgir de una vivencia real sola, sino que todas las veces el recuerdo de vivencias anteriores, despertado por vía asociativa, coopera en la causación del síntoma (p. 196).

Así, es por la vía de la causalidad sexual, que anima la constitución del traumatismo, que Freud descubre una temporalidad propia a la vida psíquica. Con los casos de histeria, él va a dar cuenta que la temporalidad del inconsciente no es lineal, que ésta no es mecanicista de causa a efecto, sino que tiene la estructura del *après-coup*.⁷⁰ Para resumir: Freud (1896) ubica en el centro de la cuestión del traumatismo la causa sexual y, en su práctica, tal y como lo ilustra magníficamente el caso de Emma von N. o el de Elizabeth von R., él rastrea el

70. El término *après-coup* (que preferimos emplear en la presente obra) ha sido traducido al español por *retroactividad*, cuyo uso hace referencia a la *Nachträglichkeit* de Freud, quien utilizó dicho término para dar cuenta de la relación indisoluble que existe entre la temporalidad del trauma y la causalidad psíquica (Laplanche y Pontalis, 1981).

recuerdo del traumatismo, de la represión histérica y de la realidad psíquica habitados por el inconsciente. Esta estructura de *après-coup* será retomada y acentuada por Lacan (2002 / 1953), principalmente a propósito del caso del Hombre de los lobos, cuando destaca que Freud exige «una objetivación total de la prueba a tal punto que se trata de encontrar la fecha de la escena primitiva, pero supone sin más todas las resubjetivaciones del acontecimiento [...]» (p. 246).

Es al final de su enseñanza, después de un periodo de veinticinco años marcados por la supremacía de lo simbólico, que Lacan (1976-77) vuelve sobre la cuestión del trauma para hacer valer la incidencia del lenguaje en el cuerpo y para introducir una nueva concepción del sujeto y del inconsciente. En su *Seminario XXIV*, dice: «Freud allí delira, justo lo necesario, pues él se imagina que lo verdadero, es lo que él llama el núcleo traumático» (p. 10), oponiendo aquí a la supuesta existencia de un núcleo traumático, donde se aproximaría mediante la técnica de la asociación libre, la «contorsión» de la lengua. «Sólo hay contorsión», dice él, es decir, «el aprendizaje súbito de una lengua». Lacan (1978) propone, entonces, el término *lalengua*⁷¹ para referirse a esta contorsión, a ese «ronrón», esa sonoridad presente en el aprendizaje de toda lengua.

En este seminario, Lacan hace énfasis en el impacto del traumatismo de *lalengua* que no está al servicio de la búsqueda del lado de los efectos de sentido, sino más bien del lado de sus efectos de goce. Él caracteriza *lalengua*, cualquiera que ella sea, como una «obscenidad», en tanto que es un aparato del goce. El término *lalengua* designa lo que precede la estructura del lenguaje, estructura que buscará darle sentido. Una buena manera de ilustrar lo que es *lalengua* en la vida cotidiana es cuando escuchamos hablar una lengua extranjera que no conocemos, o cuando escuchamos un niño que aprende a pronunciar algunas consonantes tales como la «r» gutural del francés, o la «r» que «rueda» en español. *Lalengua* es la lalación de la lengua, su efusión, su materialidad sonora, lo que se escucha antes del sentido.

71. A partir de 1971, en el pasaje de la lingüística a la matemática como paradigma para la formación de sus conceptos, Lacan acuña el término *Lalangue* para designar los aspectos no comunicativos del lenguaje que producen goce (Evans, 2007).

Sin embargo, es en la experiencia psicoanalítica donde esta noción de *lalengua* toma toda su pertinencia. Son los testimonios del Pase que dan cuenta de esto de la mejor manera, de algo que se atrapa, cierta cosa que marca el ser-hablante, aquel que habla y es hablado, que precede la metáfora paterna, y que proviene del impacto traumático de las palabras en el cuerpo. Tal y como lo formula Miller (2011b), cuando Lacan introduce el término *lalengua*, resalta la importancia de la «percusión de las palabras en el cuerpo», del cuerpo como sustancia gozante, y no como imagen del cuerpo. Así, el acontecimiento traumático se vuelve un «acontecimiento del cuerpo», nueva definición del síntoma, reescrito como *sinthome* (*sinthoma*);⁷² y el accidente contingente o acontecimiento traumático abre la vía a la incidencia de la lengua en el ser-hablante, más precisamente en su cuerpo. La afección esencial en el ser-hablante es la afección marcante de la lengua en el cuerpo; en este sentido, el *sinthoma* es el circuito de la repetición que se desencadena por un acontecimiento del cuerpo que hace de esta marca, puramente contingente, un *no cesa más de escribirse*. Es decir, una reiteración de esta primera marca, «de un real» que no cesa de insistir, un real como el retorno del mismo.

El acento puesto en «la experiencia de lo real en la cura analítica», tal y como Miller (2003a) ha nombrado el movimiento iniciado por Lacan en su última enseñanza. No quiere decir que el psicoanálisis prescinda del sentido y de la búsqueda de la verdad, se trata de hacer verdad de eso que fue y que ha faltado de hacer verdad, es decir, los traumatismos que han hecho agujero prescindiendo del

72. El término *sinthome* es, como señala Lacan, una forma arcaica de la palabra más reciente *symptomé* (síntoma). Lo introdujo en su *Seminario XXIII* de 1975-76, que dedica en gran parte a la exploración de los escritos de Joyce, para dar cuenta de una nueva forma de concebir el síntoma, antes concebido como un mensaje descifrable con referencia al inconsciente «estructurado como un lenguaje». En el marco de su «última enseñanza», el síntoma pasa a ser considerado huella de una particular modalidad del goce del parlêtre. El *sinthome* designa entonces una formulación significativa que está más allá del sentido que se le puede dar en un análisis, es un núcleo de goce que escapa a la eficacia delo simbólico. Lejos de apelar a una disolución del *sinthome*, lo que se propone en un final de análisis es una identificación con el *sinthome* como lo más singular del goce de cada uno (Evans, 2007).

saber del sujeto: los «troumatismos»,⁷³ como los ha llamado Lacan. Un psicoanálisis orientado hacia lo real, si seguimos a Lacan al final de su enseñanza, con las pistas formalizadas por Miller (2011b), es una experiencia empujada hacia un más allá de las revelaciones del inconsciente y de sus reestructuraciones, más allá de la localización de las identificaciones que encuadran la ventana del fantasma por el que el sujeto mira el mundo. Esto que se aísla al final de una experiencia psicoanalítica, concierne más bien a la manera en la que *el cuerpo se goza* (Lacan, 1981 / 1972-73), goza del significante que lo ha marcado, que lo ha golpeado imprimiendo en él un modo singular de gozar. La orientación hacia lo real, no quiere decir que no se descifre más el inconsciente, esta implica que se encuentra necesariamente un límite, que la interpretación se detiene en el fuera de sentido del goce, y que, al lado del inconsciente, donde *eso* habla al Otro, hay lo singular del *sinthoma*, donde *eso* no le habla a nadie.

El inconsciente en la última enseñanza de Lacan toma el estatuto de real, porque éste se define a partir del goce, desmarcándose del descubrimiento freudiano sobre el inconsciente estructurado como un lenguaje: el inconsciente que sería reductible a un saber, a una articulación de los significantes. Esto tiene consecuencias al nivel de la práctica de la interpretación analítica, ya que ésta no será más solamente una práctica del desciframiento, para centrarse en un «hacer ver, esclarecer la naturaleza de la defensa del inconsciente» (Miller, 2009, p. 75). Es así como el acto analítico se centrará en la «perturbación de la defensa», haciendo uso de una interpretación a-semántica, efusiva, que apunta hacia el equívoco, el fuera de sentido (Laurent, 2012). En su *Seminario XXIII*, Lacan (2006 / 1975-76) formula: «el analista es un *sinthoma*», para decir que el analista está soportado por el sin-sentido, de donde él le apostará al acontecimiento del cuerpo, él hará *semblante*⁷⁴ del traumatismo,

73. *El troumatismo* o *Le troumatisme* es un neologismo inventado por Lacan para dar cuenta del agujero en el trauma, debido a la ausencia del significante para representar el trauma o al impacto traumático de la lengua en cuerpo del sujeto.

74. *Semblante* es un término utilizado por Lacan en varios momentos de su enseñanza. Es tomado del francés *faire semblant* que traduce «hacer como sí [...]». Lo utiliza en varios contextos: primero para referirse a los señuelos del mundo imaginario en

él encarnará un trozo de real; y esto no es posible sin haber pagado un precio, a menudo elevado, con la moneda del goce.⁷⁵

Orientándose hacia lo real del *sinthoma*, como aquello que es lo más singular del sujeto, el psicoanálisis se constituye como una práctica que resiste a los efectos universalizantes y homogeneizantes de la ideología de la evaluación dominante de nuestra época. Orientarse hacia lo real equivale a decir orientarse hacia la singularidad. Como lo explica claramente Miller (2009), la singularidad es una categoría lógica, al mismo tiempo que es una categoría que se encuentra en los bordes de la lógica, ya que como tal, lo singular no se parece a nada, este *ex-siste* en el parecido, está por fuera de lo común. El lenguaje no dice lo que es común, exceptuando el propio nombre, sin que el propio nombre sea una garantía de la singularidad. Tomando el silogismo clásico (*Todos los hombres son mortales, Sócrates es un hombre, Sócrates es mortal*), que sitúa a Sócrates en la clase de mortales en tanto que él hace parte de la clase de los hombres, este autor resalta que a título de mortal y de hombre, el nombre Sócrates no es singular ya que él pertenece a una categoría.

Evidentemente, esta reflexión está ligada a la práctica clínica, en la cual el practicante se deja solicitar por el problema de insertar al paciente dentro de una u otra categoría. Si se hace una lectura diagnóstica del silogismo, Sócrates hace parte de una y de otra clase; pero si se adopta la perspectiva de lo singular, Sócrates es simplemente Sócrates, como ningún otro. Así, dice Miller (2009):

.....

oposición al mundo simbólico, el de las estructuras; más adelante para abordar cuestiones relacionadas con la sexualidad femenina (la mascarada femenina); después para caracterizar los rasgos generales del orden simbólico en su relación con lo imaginario y lo real. En su seminario «de un discurso que no fuera semblante» de 1970-71, sostiene que la verdad no es simplemente opuesta a la apariencia, sino que tiene una continuidad con ella, son como las dos caras de la banda de Moebius, que de hecho constituyen una sola cara. Para Lacan, el término semblante se usa en relación a la posición del analista: el analista debe hacer semblante de *objeto a*, para causar el deseo en el analizante; más adelante dirá que debe hacerse traumático para perturbar la defensa y apuntar al modo de goce del *parlêtre*.

75. La expresión lacaniana de ceder goce, que se traduce aquí como pagar el precio del goce, implica que el analista ha pasado por la experiencia de un análisis. Un analista por definición es el producto de un análisis, es decir alguien que puede dar cuenta de cómo la experiencia analítica ha modificado su inconsciente y le ha permitido cernir su modo singular de gozar.

La tautología Sócrates es Sócrates no dice nada, es el grado cero del saber, es si se quiere, la excelencia de la estupidez [...] Pero desde otro punto de vista, esta expresión del respeto de eso que cada uno tiene de singular, de incomparable, y es el permiso dado a lo que este otro sea [...] él mismo, tal cual, independientemente de los sistemas donde usted sueña inscribirlo (p. 73) .

La indicación de Lacan (2012 / 1973b) de tomar a la letra el caso por caso, recupera la recomendación de Freud sobre el hecho de que el analista, confrontando un caso, debe haber olvidado los otros casos, para escuchar cada analizante como si fuera el primero. «Todo en un análisis ha de ser recogido [...] como si nada hubiera quedado establecido en otro lado» (p. 583). Lacan hace énfasis en la ruptura y en la discontinuidad de las sesiones con el mismo analizante, de manera que cada encuentro vale por sí mismo. El psicoanálisis, entonces, no se sitúa del lado de las prácticas actuales del *Benchmarking*, de la comparación entre los casos particulares, porque le interesa alojar la sorpresa, el acontecimiento, la emergencia de lo singular. El analista no se sitúa tampoco, de lado de las prácticas hermenéuticas o de las narraciones históricas, como un depósito de una memoria subjetiva o como garante del sentido para el sujeto.

A pesar de que la orientación hacia lo singular necesita también de un trabajo de memoria, de identificación de las repeticiones, el analista va a conservar un lugar para la sorpresa, para lo inesperado, para la oportunidad de sus actos, haciendo prevalecer el *instante de ver*⁷⁶ y su presencia *en cuerpo*.⁷⁷ Desde el punto de vista de la singularidad, la sesión analítica tiende a reducirse al

76. El instante de ver es el primer momento de la estructura tripartita de lo que Lacan denomina el tiempo lógico en su escrito de 1945. El segundo momento es el tiempo de comprender y el tercero, el tiempo de concluir distingue el tiempo cronológico del tiempo lógico. Con su teoría del tiempo lógico quiere acentuar la diferencia con el tiempo cronológico. El tiempo lógico es definido por Lacan como «el tiempo intersubjetivo que estructura la acción humana» y esto es importante porque tiene consecuencias para la cura, una de las cuales es el empleo de las sesiones variables y cortas que le implicaron a Lacan la exclusión de la IPA (International Psychoanalytic Association).

77. En su *Seminario XX*, Lacan utiliza la homofonía de la palabra *Encore*, traducida al español por *Aún*, para dar cuenta de la relación que hay entre la repetición del goce y el cuerpo. De tal modo que *encore*, equivale por homofonía a *en corps* (En cuerpo).

instante, al acontecimiento encarnado por una presencia, tal y como lo demuestran ciertos casos de psicosis, que requieren de un encuentro regular, un apretón de manos, la garantía de una presencia para engancharse con el mundo. El efecto del encuentro para el ser-hablante se juega en el instante; de ahí la importancia de la presencia *en cuerpo* del analista en posición de semblante de *sinthoma*, vaciado de su subjetividad (Laia, 2009).

Cuando se trata de reflexionar en una política del psicoanálisis para el siglo XXI, parece pertinente tener en cuenta una paradoja que se presenta: de una parte, si el psicoanalista no propone respuestas a los impases de la civilización, su propia supervivencia está amenazada; por otra parte, si sus respuestas fueran adoptadas mundialmente, si hubiera una menor resistencia a la acción subversiva del psicoanálisis, esta estaría seriamente en peligro de desaparición (Laia, 2009). El psicoanálisis de orientación lacaniana dirige sus críticas agudas a las prácticas terapéuticas que ofrecen soluciones listas para llevar como píldoras de la felicidad; el psicoanálisis denuncia con precisión las nuevas formas del discurso del amo que contribuyen a aumentar el malestar en la cultura contemporánea; se interesa igualmente en desmontar las segregaciones inéditas como efecto de la mundialización de los mercados y de la alianza del discurso de la ciencia y del capitalismo cognitivo. Incluso si todas estas acciones no son únicamente necesarias, sino legítimas, no se puede justificar en ningún caso, una generalización de las proposiciones psicoanalíticas; ninguna de estas buenas razones nos autorizarían a presentar el psicoanálisis como una forma de «cosmovisión», tal y como lo explicó Freud en 1936.

La pregunta sobre la extensión del psicoanálisis fue presentada a Freud un poco antes del fin de la Gran Guerra, con la actualidad de las neurosis de guerra y la importante participación de los psicoanalistas en su tratamiento. En el V Congreso Internacional de Psicoanálisis que se realizó en Budapest en 1918, Freud (2001 / 1919) se dirige a un público numeroso de analistas y de representantes del Estado, para decir que los psicoanalistas no deben limitarse al espacio de la consulta privada, sino que deben adaptar sus métodos para atender también a las capas sociales más amplias y tener un

mayor impacto frente a «la enorme la miseria neurótica que existe en el mundo» (p. 162). Esta política inaugurada por Freud sirve como base para la creación de instituciones, dentro de las que se encuentran la Policlínica de Berlín, las *free clinics* en los Estados Unidos y en Inglaterra, así como también numerosos institutos de formación autorizados para producir las masas de analistas que dicha orientación ha demandado. Con la subida al poder y la propagación del nazismo, la mayoría de estas instituciones fueron desmembradas, y aquellas que lograron subsistir en Londres y en los Estados Unidos, se dedicaron al desarrollo de lo que se consolidó con los post-freudianos como la formación psicoanalítica estándar, mucho más asociada a la práctica privada que a una preocupación social (Laia, 2009, p. 156). Si bien las iniciativas de extensión del psicoanálisis a todas las capas sociales, tal y como lo había considerado Freud, no prosperó en su siglo, el psicoanálisis ha tenido una gran responsabilidad con el cambio de los modos de goce en el campo sexual.

Como lo señala Miller (2005b), la liberación sexual del siglo XX debe mucho al descubrimiento freudiano, pero ella no nos protege de otros tipos de síntomas, de otros tipos de malestar en la nueva cultura híper-moderna, caracterizada por «la ascensión del objeto al zenit de la civilización». En efecto, se confronta una dificultad inédita, porque el discurso de la civilización híper-moderna, muy diferente al de la cultura hipócrita victoriana de los tiempos de Freud, parece tener la misma estructura del discurso del analista (p. 11). Esto quiere decir que no habría más contradicciones entre las aspiraciones de la civilización y los modos de goce revelados por el psicoanálisis. ¿Cuál es entonces la posición política del psicoanalista frente a la civilización híper-moderna? «¿Cómo comportarse con la cultura?», pregunta Lacan cuando revela la naturaleza de las *letosas* (*lathouses*) y el lugar que estas «pequeñas cosas», llenas de viento (*ventosas*), han tomado en nuestra civilización.

En su *Seminario XVII*, después de haber hablado en la radio, él ofrece una respuesta provocante a estas preguntas:

Cuando uno no se encuentra por azar con un público amplio, una de esas masas a las que os libra cierto tipo de medio, ¿por qué no elevar precisamente el nivel, proporcionalmente a la ineptitud presumida de dicho campo? ¿Por qué hacer que baje el tono? ¿Qué tumulto hay que congregarse? Precisamente, el juego de la cultura es implicarlos en este sistema [...] (2002 / 1969-70, p. 201).

En efecto, las alocuciones de Lacan en la radio y en la televisión no estaban hechas para «conglomerar», es decir, para formar una masa homogénea y dirigible; es evidente que él no hace ninguna concesión en su estilo «barroco», para gustarle al gran público. Esta es una indicación importante porque cuando los analistas participan en los debates públicos, no se trata de entrar en el juego de la cultura, erigiéndose como voceros de nuevos significantes amos. Más bien al contrario, es necesario que ellos mantengan un alto nivel, no para volverse inaccesibles, sino para hacer resonar la voz afónica de las *letosas* tan presentes en la vida cotidiana; porque al interior de estos objetos, hay «mucho viento, el viento de la voz humana» (2002 / 1969-70, p. 174). Es solamente en esta suerte de extracción amplificada del objeto voz, que se podrá atrapar lo más íntimo de cada uno, para abrir la vía, no a lo que «conglomera», sino a lo que se presenta bajo la forma de una excepción (Laia, 2009).

La orientación política lacaniana actúa advertida de los riesgos siempre presentes de que los psicoanalistas se conviertan en prescriptores y orientadores de masas, en lugar de dar lugar a la excepción. De allí su insistencia en relación a la consolidación del «psicoanálisis puro» y del dispositivo del Pase. Para resistir al amo,⁷⁸ se hace necesaria la destitución subjetiva producida por un recorrido analítico. Sin duda, el psicoanálisis lacaniano nos proporciona una mejor aproximación a los nuevos síntomas correlativos a la ascensión del *objeto a* al zenit social: las adicciones, la anorexia, la bulimia, la obesidad, la medicalización generalizada. Estos son síntomas que giran en torno a los objetos plenos por la promesa de

78. En francés, amo se dice *maître* cuya homofonía con «*m'être*» («me-ser»), ha sido inventada por Lacan para dar cuenta de la manera en que el ser del hombre está alienado por el orden simbólico (Lacan, 1967).

satisfacción. En consecuencia, si tales compulsiones son un modo de tratar la pulsión, recuperando sin cesar las satisfacciones sintomáticas, es importante que la política analítica se oriente por el objeto ahuecado no recuperable que sólo el psicoanálisis llevado a su fin permite aprehender, como lo demuestran los testimonios de Pase de los Analistas de la Escuela (Laia, 2009).

Frente a las derivas científicistas y a la ideología de la evaluación que no cesan de procurar la fijación y regulación de las cosas, sin darse cuenta de que existe siempre un real que no se deja tomar en esta operación compulsiva de previsión, el psicoanalista del siglo XX es entonces un hombre de acción, que sabe activamente cómo separarse del *objeto a* para dar lugar a la intervención de una pragmática singular que conserva su lugar en el acto, en la contingencia, en la sorpresa. De forma similar a las acciones de algunos artistas contemporáneos, un analista, que no exista como universal, interviene de manera oportuna con su acto con el fin de producir el acontecimiento del corte en lo social (La Sagna, 2008). Esta puede ser una manera efectiva de despertarse del sueño conformista propio del individualismo de masas.

Los objetos del arte contemporáneo o la exposición de un real

Frente a lo «imparable» del movimiento científico de nuestra época y de sus consecuencias para el ser-hablante, el psicoanálisis toma la orientación de lo real. Es por un acto singular, agudo, perturbador, que el psicoanalista responde al movimiento homogeneizante y desubjetivante propio de los tiempos híper-modernos. Perforando la vía hacia lo real, los artistas contemporáneos, estos también singulares, dirigen su atención a los objetos de la cultura e inventan un saber-hacer frente a lo imposible de representar. Exponiéndolo a través de medios diferentes, psicoanalista y artista, reconocen de entrada que hay un agujero en el saber y que este sólo es cernible con la producción de nuevos semblantes. Los dos saben también que el solo hecho de denunciar, no altera el discurso del amo, pues la

denuncia hace par con la impotencia, y que todo acto que pretende detener la abolición del sujeto, implica ineludiblemente la presencia de un cuerpo. En efecto, psicoanalista y artista tienen en común un modo de tratar el cuerpo y sus objetos a través de un acto que se distingue radicalmente de aquel de la ciencia. De allí el interés que ellos poseen en el ascenso y en la caída de los objetos en la cultura, así como también en la exposición o en la extracción de la mirada oculta del Otro omnisciente de la ciencia.

Hacia el final de su escrito sobre Maurice-Merleau Ponty, Lacan (2012 / 1961) resalta que «el ojo está hecho para no ver en absoluto [...] Inversamente el artista nos da acceso al lugar de lo que no se podría ver, además haría falta nombrarlo» (p. 201-202). Atravesando toda tentativa de representación o de reproducción de lo visible, el arte se ocupa de mostrar, de volver visible lo que escapa a «la ambición científica de dar a ver todo» (Wajcman, 2011, p. 17). Lo real, tal y como ha sido extraído por Lacan, distinguiéndolo del real de la ciencia, no es alcanzable por la representación. Este real es justamente lo imposible de aprehender por las pequeñas ecuaciones de la ciencia, lo imposible de reproducir por los aparatos de la tecnociencia, es precisamente lo que escapa a la imagenología médica. Los artistas se han enfrentado con lo irrepresentable desde siempre, y en cada época, han debido inventar ya sea un modo de elusión, por el velamiento o la idealización, o más recientemente, mediante una forma de exposición o de presentación.

La aproximación lacaniana del arte resalta la importancia de la pintura, en tanto que «depósito» o «atrapa» miradas, que tendría una función de pacificación para el espectador, una suerte de apaciguador de la angustia de castración. Para Lacan (1973 / 1964), la pintura es como una prisión para la mirada, aunque la pintura expresionista es una excepción, esta intenta activar la mirada que hay en la obra, y el espectador se siente mirado y capturado por el espectáculo. En todo caso, desde el punto de vista lacaniano, cuando se trata de pensar la pintura, y el campo de lo visual en general, la clave de la castración es imprescindible. Es a partir de esta clave que él va a emprender el análisis de los *Embajadores* de Holbein y de las *Meninas* de Velázquez. Con el primero, él muestra que por debajo de la pareja imaginaria, la

castración está presente para hacer percibir la estructura misma del campo visual. En la segunda, sitúa el menos phi ($-\phi$),⁷⁹ por debajo de las faldas de la pequeña Menina.

Según Miller (2008), se podría hacer una historia de la representación del cuerpo en términos de tiempo de anorexia y de bulimia imaginaria. En el camino del arte, ha surgido el deseo de idealizar la imagen del cuerpo, de matarla, e incluso el deseo de matar las imágenes y de producir imágenes desprovistas de sentido, o de desligar la imagen y el sentido, mientras que estos siempre habían estado ligados. Encontramos al principio, el cuerpo idealizado en las esculturas griegas antiguas, que ofrecen una imagen divina, espiritual, completa y autosuficiente, en una suerte de homeóstasis. Estas son imágenes que dan a ver un cuerpo sin goce y sin castración y que van a permanecer como referencia inevitable a lo largo de los siglos. En el cristianismo, aparece el cuerpo de Cristo, primero como niño en los brazos de la madre virgen, como imagen de felicidad de una falta satisfecha, y luego como el cuerpo torturado y ensangrentado del Cristo adulto en la cruz.

Es «como si el cristianismo nos hiciera adorar alguna cosa de la castración» (Miller, 2008, p. 96), entregando como don un cuerpo cortado y estropeado para su glorificación. Así vendrá el Renacimiento con la invención de la perspectiva y de una representación del cuerpo que reposa en la morfología, fundada en la anatomía, así como la invención del cuadro, permitiendo una nueva apertura para encuadrar y mirar el mundo, la historia y el punto de vista del artista. El arte abstracto del siglo XX, por ejemplo, opera una castración del sentido, «es como si este arte nos presentara la castración en directo, sin mediación» (Miller, 2008, p. 101). Este es un arte que no admite la iconología minuciosa de los cuadros del Renacimiento, pues éste dibuja un agujero en el que aparece una imagen privada

79. El *menos phi* aquí representado se refiere a la castración, entendida por Lacan en su *Seminario IV* (1956-57) como la falta simbólica de un objeto imaginario (el falo). En términos generales, la castración se refiere a un estado de falta, que en un primer momento se verifica en la castración materna (el hecho de que la madre desea otra cosa, que desea algo más que el sujeto mismo). Esta es la primera percepción que un sujeto tiene de que el Otro no es completo sino que está atravesado por una falta.

de sentido, ya sea bajo el ángulo de una belleza pura, salvaje o el dominio del color (Kandinsky); o bajo el ángulo inaugurado por el cubismo, donde el significante mata la imagen significativa: una geometría significativa que disuelve la imagen (Mondrian, Malevitch). En términos lacanianos, se puede decir que el arte abstracto pone en escena el conflicto fundamental e irreparable que existe entre dos elementos heterogéneos: el significante y el *objeto a*. El arte abstracto es un esfuerzo para resaltar, para aislar el goce puro, éste lo expone del mismo modo que el goce visual no se reduce a un puro efecto de sentido (Miller, 2008).

En efecto, las cosas cambian considerablemente en los años 1910. Los vanguardistas rusos no se circunscribían más a la pintura: ellos exhiben piezas y escenografías practicando la poesía fonética y la coreografía; el arte se aferra a las personas, a sus gestos, a sus voces, a sus ropas. Los dadaístas agregan su virulencia, su violencia y una intensidad desmedida: las reuniones de cabaret, las declamaciones a gritos de poesía fonética, los disfraces y los bailes dislocados son por supuesto arte (Michaud, 2006). Al igual que con el Dada, el fauvismo y el expresionismo del comienzo del siglo, eran también formas de arte en las que se desplazaba la relación entre el objeto del arte y el artista, y entre el objeto del arte y los objetos comunes. En este contexto, es Marcel Duchamp quien pone en forma y sistematiza un conjunto dispersado de prácticas, acentuando aún más la distancia entre sentido y objeto, inaugurando una nueva subversión en la historia del arte. Fue él probablemente el primero en explotar lo fundamental en una pintura: el marco. Basta con tomar una base, etiquetarla y exhibir un objeto de la realidad: si es un artista que lo hace, esto se transforma en obra de arte.

Así se configura una nueva lógica de representación que hace estallar la figura, poniendo en cuestión la identidad de los objetos, y más profundamente la identidad del sujeto mismo. Sin embargo, no hay más estabilidad en la representación, ni unidad del cuerpo, sólo las explosiones y las secuencias. Con su *Nu* de 1912, Duchamp pinta un cuerpo en el que la unidad es un degradado encadenado. La completud del cuerpo bello desaparece de la escena del arte, dejando el lugar a su fragmentación, a su deformación, incluso a su monstruosidad. En

el mismo movimiento, la pintura pierde su hegemonía, y abre la vía a una pluralidad de soportes como las instalaciones, los performances, y también a otros medios visuales traídos por la técnica, como la fotografía y el cine (Michaud, 2006).

Las grandes heridas producidas en el corazón del siglo XX, con el horror de la destrucción masiva y las trincheras de la Gran Guerra y, sobre todo, con los campos de la muerte y la Shoah, han mostrado los límites de la narración, la imposibilidad de relatar lo inexplicable, la imposibilidad de aprehender lo real por lo simbólico. Nuevas modalidades son entonces necesarias para interpretar este mundo, más allá de las representaciones miméticas, de los relatos históricos, de los monumentos conmemorativos. La gran máquina del progreso ha exhibido su cara mortífera y la producción del sentido ha amplificado sus fronteras. Los artistas han debido así encontrar otros medios de hacer algo con lo imposible, en el mismo seno de la representación. Los collages dada, sobre todo el Dada Berlín ha mostrado los trazos de la violencia política y militar; la violencia hecha en el cuerpo se encuentra presente en las «pesadillas» del surrealismo, de una manera fantasmática, metaforizada, y estetizada (Dalí, Bellmer).

Sin embargo, los límites en la representación y en la estetización del horror por el arte se han verificado incontestablemente. La fotografía de guerra no ha podido dar más testimonio del horror de las trincheras. Y con Auschwitz y Dachau, la pregunta por lo imposible de representar ha aumentado. Un agujero en la historia de la pintura se ha cavado, dejando de lado los testimonios alegóricos del realismo entre 1920 y 1950, en el que se encuentra un Lucien Freud. Así como también, las miradas directas sobre el horror, principalmente el de Francis Bacon, que se inscribe en la gran tradición de las *Pasiones y Crucifixiones* «a la Goya», mostrando el mundo como un matadero; además de la figura humana torturada, torcida en sí misma, sobre el fondo de una carcasa de buey colgando de un gancho de carnicero, que él pintó en 1946 (Michaud, 2006).

En la segunda mitad del siglo XX, el horror y la violencia se inscriben en el contexto de acontecimientos a-históricos. Surge así la «violencia» del arte de los años 1960 y 1970, principalmente

las de los *happening*⁸⁰ y de las acciones de los artistas radicales del accionismo vienés. Siguiendo la consigna de este movimiento *Schokieren* (escandalizar, ofender, ultrajar), Günter Brus propuso el *cuadro viviente*, donde el cuerpo del artista se compromete con la acción, por la vía de la auto-pintura, al modo de una automutilación. El teatro de la crueldad se transfirió al cuerpo: un cuerpo martirizado se exhibe en público. El color desaparece radicalmente para evocar los poderes establecidos, las cámaras de gas, la infinitud del pensamiento; y las acciones artísticas se llevan a cabo en la calle, alterando el orden público y desafiando las autoridades: masturbarse en público, caminar en la calle desnudo cubierto de pintura blanca (Michaud, 2006).

Una invención fundamental en la representación del cuerpo en el arte del siglo XX, ha sido el compromiso del cuerpo del artista con la obra misma. La presencia del artista como cuerpo viviente ha permanecido bastante tiempo invisible o marginal. Cualquiera que sea la fuerza y la visibilidad de la expresión, la grandeza del genio o la ambición del trabajo, el cuerpo-artista permanecía por fuera de la obra. El artista estaba de alguna forma desencarnado. Esto comenzó a transformarse a partir de los años 1910 con el surgimiento del arte como acción del fauvismo, del expresionismo y del dadaísmo. El cuerpo no es más el objeto de representación, ni es más un simple medio artístico, sino que él es producido en la espontaneidad y la contingencia del acontecimiento artístico. Es a partir de los años 1950, que se produce un desarrollo amplio de las prácticas corporales con el aumento del expresionismo y del neodadaísmo, traducido en los *happenings* y en las acciones corporales que tomarán enseguida en

80. *Happening* (de la palabra inglesa que significa acontecimiento, ocurrencia, suceso) es toda experiencia que parte de la ecuación provocación-participación-improvisación. Tiene su origen en la década de 1950 y se considera una manifestación artística multidisciplinaria. Aunque se han relacionado con el pop-art y el movimiento hippie, los *happenings* se integran dentro del conjunto del llamado performance art. En un principio, el *happening* artístico fue una tentativa de producir una obra de arte que naciese del acto a organizar y con la participación de los «espectadores». Como manifestación artística múltiple que pretende la participación espontánea del público, suele ser efímero. Por este motivo los *happenings* suelen presentarse en lugares públicos, irrumpiendo en la cotidianeidad. <https://es.wikipedia.org/wiki/Happening>

nombre de *body art*, en las obras que provienen más del performance que de la producción de objetos durables.

Tanto los excesos de la transgresión, como las ceremonias donde reina la violencia, el sexo, la regresión y la destrucción son los temas escogidos por estas acciones artísticas. No obstante, para otros artistas el recurso al Dada tuvo como sentido una protesta de un cuerpo automático, mecánico, libre de deseo. Warhol, quien reivindicaba su posición de artista como una «máquina fría e inexpresiva», toma el camino opuesto al accionismo escandaloso, efectuando la entrada de la iconografía popular de la belleza «a la Hollywood», en el mundo del gran arte, e introduciendo en el mismo movimiento el gran arte en el mundo de la banalidad de los personajes populares (Michaud, 2006, p. 448).

Los últimos veinte años del siglo XX, no vuelven a poner en causa la supremacía del cuerpo como el eje del acontecimiento artístico. Lejos de aquí, la confluencia de la ola de la liberación sexual de los años 1970, el reflujo provocado por la amenaza del sida de los años 1980, así como el desarrollo de las tecnologías médicas y numéricas, y el fin de la intimidad, han provocado la invención de nuevos artificios para tratar el cuerpo al final del siglo. El «carnal art» propuesto por Orlan, es una referencia paradigmática de este arte que toma el cuerpo del artista como objeto en un performance quirúrgico, decorado con los accesorios del mundo de la moda. El arte moderno así ve su fin, y con este se termina toda ambición idealista, profética, visionaria o de representación del mundo.

Una vez caído el velo de lo bello, no se nos da más a ver la forma idealizada de la belleza del cuerpo; ese cuerpo permanecerá confinado a un sector de Hollywood y al dominio de la publicidad. En el lugar dejado por la caída del velo de lo bello y de la volatilización de la representación simbólica, viene la representación directa y brutal de una realidad desnuda, una realidad aprehensible sólo por los trozos de real. Aparece así un cuerpo que coincide con él mismo. El cuerpo en el arte contemporáneo es más bien «objetualizado», para exhibirse a partir de cortes, de heridas, de bordes, de orificios. Los objetos pulsionales y los desechos se convirtieron en los grandes protagonistas del arte contemporáneo; los objetos del arte que están a la altura (o más

bien en el descenso), de un real para el siglo XXI, pues ellos llegan a mostrar algo de «lo que no sabría verse» (Brousse, 2009).

Confinados por bastante tiempo al dominio de lo Bello, los objetos del arte en nuestra época han atravesado sus fronteras, transformando radicalmente la función y las representaciones del arte en nuestras sociedades híper-modernas. Lo Bello reenvía siempre a la única y buena forma que conoce el ser-hablante de su cuerpo. Ese cuerpo que el ser-hablante tiene «él lo adora», recordando la fórmula de Lacan en sus conferencias en las universidades americanas, tal y como lo describe Brousse (2009):

Es la función del velo por excelencia: cubriendo y a la vez dejando adivinar el caos interno bajo el cual se presenta el organismo para el sujeto, así como el terror del corte que aquí efectúa el sistema signifiante: Lo Bello es el descanso para el *fascinum*, garantizado por el Otro (p. 204).

A lo largo de los siglos, el arte se ha estructurado alrededor de un binario: unificación e idealización, incluso si justamente su poder mantenía la posibilidad de controlar sutilmente la develación de la fragmentación primaria. Las grandes pinturas analizadas por Lacan responden precisamente a esta exigencia paradójica de lo bello: una imagen ideal I(A)⁸¹ cubriendo el *objeto a*. El *objeto a* aparece encuadrado por una imagen atribuida por el Otro. Sin embargo, hoy, en la época del «Otro que no existe» (Miller, 2000b),⁸² una época determinada por

81. I(A) designa en el álgebra lacaniano, el ideal del yo, el cual se contrasta con el yo ideal *i(a)*. En su *Seminario I* de 1953-4, distingue estas dos formaciones haciendo uso del modelo óptico, sosteniendo que el ideal del yo es una introyección simbólica, mientras que el yo ideal es la fuente de una proyección imaginaria. El ideal del yo es el signifiante que opera como ideal, una internalización de la ley, la guía que gobierna la posición del sujeto en el orden simbólico (Evans, 2007).

82. En el texto *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Miller y Laurent enuncian que estamos frente a un cambio de época, el pasaje de «la época freudiana» a lo que nombran como «la época lacaniana». La época freudiana: era el tiempo del Nombre-del-Padre, compatible con la sentencia nietzscheana de *Dios ha Muerto?* y de la cual podemos encontrar en Freud huellas coincidentes en «Tótem y tabú» con respecto al mito de la horda primordial. Es decir la muerte del Padre funda a la vez su función como ley eterna, ley de prohibición. Entonces la época freudiana signada, decimos con Lacan, a partir de la existencia del Otro. En cambio la época

el ascenso del objeto en lo social, esta barrera de lo bello ha explotado. La imagen ideal del cuerpo I(A), no ordena más el abordaje del objeto pulsional por el arte. No hay más una separación neta entre el Ideal y el objeto, y en consecuencia, es el objeto *a*, develado, que se muestra en los objetos del arte contemporáneo.

El artista contemporáneo es entonces el que «interpreta los objetos comunes, los separa y los articula con los *objetos a*, tal y como el saber textual del psicoanálisis los cierne en el discurso de los analizantes» (Brousse, 2009, p. 205). Alejándose de todo moralismo, y más bien acercándose a la función del escándalo, del desenmascaramiento y del despertar, el artista contemporáneo efectúa una función ética. Él interpreta los objetos comunes de nuestro mundo, nuestros cuerpos, nuestros hábitos, nuestros estilos de vida, nuestros modos de goce sin perder la pista el objeto pulsional que circula entre los objetos de la cultura. Él no juzga, él exhibe.

Los artistas contemporáneos comprendieron muy rápido que en el lugar de la forma del cuerpo adorado, se encuentra hoy en día el desecho, los trozos perdidos del saber científico, lo que escapa a este «ser su cuerpo», que estaría en la ficción científicista. En su obra más reciente llamada *Fragile*, el artista francés Raphael Dallaporta (2011) nos da a ver las fotografías, objetivas y frontales, de varios órganos del cuerpo humano autopsiados, tomadas, una por una, en un instituto médico legal. Para tomar estas fotos Dallaporta tuvo que trabajar de cerca con un equipo de médicos forenses: cuando los expertos examinaban los fragmentos de los cuerpos heridos para precisar las causas de la muerte, el artista ponía en escena, bajo la luz de su aparato fotográfico, cada una de estas partes, singularmente, separadas del resto del cuerpo. En la exposición de este trabajo, cada imagen del órgano o parte del cuerpo está acompañado de un texto reproduciendo literalmente la descripción técnica de los expertos

.....

lacaniana se instaura a partir de la lectura que Lacan hace de la civilización, no ya apoyada en el significante del Nombre-del-Padre sino a partir de su pluralización, la cual anuncia la inexistencia del Otro, denunciando el estatuto de semblante tras el padre simbólico. Entonces: «La inexistencia del Otro inaugura verdaderamente lo que llamaremos la época lacaniana del psicoanálisis –que es la nuestra– la época de los desengaños, la época de la errancia».

forenses, de las diferentes causas de la muerte: un homicidio, un accidente doméstico, una sobredosis, una causa indeterminada, etc. En una entrevista, Dallaporta describe así su iniciativa:

Tuve una confianza en la fotografía de tipo documental, y esta convicción me permite realizar obras. Pero no documento para ilustrar. Le tengo horror a la ilustración. Es un posicionamiento que me permite tener mis libertades artísticas [...] Muestro las cosas de difícil acceso. *Esta es la ambigüedad que me interesa: estas son las cosas que existen pero que no son visibles.* Tener la oportunidad de acceder a ellas como artista, de entrar en los medios profesionales en los que nadie normalmente accede, y poder luego mostrarlas a un público bastante amplio, es una libertad fantástica [...] *Quiero mostrar una realidad raramente vista. Para estas dos series, el fondo es negro, ausente. Para los órganos humanos, esta materia es tan preciosa que no quisiera que haya allí otra presencia excepto la de ellos. La luz viene entonces únicamente sobre ellos y es como si estos órganos produjeran su propia luz.* Es cierto que esta iniciativa descontextualiza el objeto [...] como son temas que no son comunes de reproducir, se olvida que es de esto de lo que se trata (Coignet, 2011, p. 2).⁸³

La materialidad preciosa del órgano que él muestra salta a los ojos del espectador, su descontextualización nos separa del objeto del que se trata, pues es una forma que no se reconoce en un primer momento, e incluso en un segundo y tercer intento. Es necesario leer los textos, mirar y volver a mirar para confirmar que es un corazón después de un infarto, o una caja torácica atravesada por una bala. Los órganos, o las partes, de los cuerpos muertos son cuidadosamente fotografiados, encuadrados y expuestos como retratos. Estos retratos de los órganos nos muestran magníficamente la disolución de la barrera de la piel que caracteriza las representaciones del cuerpo en la contemporaneidad. La brecha entre este trozo de carne preciosamente fotografiado y la descripción técnica de la causa de la muerte es bastante perturbadora, como también «la luz producida por los órganos»; al ver las fotografías no se puede evitar la supo-

83. La traducción del francés y las cursivas son mías.

sición de una mirada escondida. No se puede encontrar ninguna correspondencia entre el significante y el significado.

La serie de las fotografías de Dallaporta nos muestran la fragilidad de los puntos de referencia y de las fronteras que antes ordenaban nuestro mundo y nuestras representaciones del cuerpo, provocando así la caída de toda una serie de barreras, que caen una por una: el límite entre el cuerpo como imagen I(A) y el real del organismo; entre el símbolo y el referente, entre el semblante y el significante, entre la objetividad y la objetalidad, entre el trozo de carne y el objeto de arte. Los órganos separados, examinados y descritos por la ciencia después de la muerte, cruzan con la obra de Dallaporta otra barrera: la de los muros de una institución especializada, para mostrarse al público no experto, sin velo, en una galería de arte, como un objeto del arte, desdoblado así la iniciativa científica de volver todo visible.

Este aspecto artístico contemporáneo nos deja así algunas cuestiones sobre el estatuto del *objeto a* en nuestra época: ¿Se trata de un objeto (órgano desecho = muerte) elevado a «la dignidad de la Cosa» (Lacan, 2003 / 1959-60, p. 239)? ¿Se trata de una elevación sublime que lleva lo real a lo simbólico? O, ¿se trata más bien del ascenso del objeto al zenit de lo social como «el punto más elevado de lo que está por debajo» (Lacan, 2001 / 1972-73, p. 18)?

En el arte contemporáneo, el desecho juega un rol fundamental. Hoy en día, se ha escogido representar el cuerpo, a través de lo que sale de él, es decir, del desecho. Al rostro bello, a la forma bella del cuerpo se le ha substituido el objeto mierda, en tanto que éste representa lo mejor de la civilización hipermoderna donde el «saber del órgano» ha destronado la forma unificada del cuerpo (Brousse, 2012, p. 97). Veamos algunos ejemplos. En su *Cloaca Original*, el artista belga, Wim Delvoye, construye una instalación reproduciendo tecnológicamente el intestino humano (O'Reilly, 2010). Él trabaja con los científicos de manera que el contenido de una serie de recipientes transparentes es modificado por los fluidos de productos químicos parecidos al jugo gástrico, permaneciendo con una temperatura óptima. Cuando la instalación fue expuesta, los asistentes «alimentaban» la máquina introduciendo en ella pla-

tos preparados, y posteriormente, recogiendo las materias fecales, que son luego empacadas al vacío y vendidas: el último desecho del cuerpo toma entonces un valor, ya que éste se convierte en un objeto de arte codiciado.

Haciendo eco al enunciado provocador de Lacan (1975) «La civilización es el desecho, cloaca máxima» (p. 66), el artista británico Stuart Brisley, se ha interesado en la potencialidad de los objetos descartados, desperdiciados o, de «la gigantesca montaña de mierda que hemos elevado entre nosotros». Su *Collection of Ordure*, se compone de muestras de materias fecales humanas que, habiendo sido tratadas para ser conservadas, carecen de olor. Contrariamente al célebre trabajo de Piero Manzoni, *Merda d'artiste* de 1961, una obra compuesta de botellas de conserva que contienen supuestamente las heces de Manzoni, las materias fecales expuestas por Brisley en 2002-2003 en el *Freud Museum* de Londres, no son empacadas en botellas (O'Reilly, 2010). Estas se encuentran enteramente visibles sobre una mesa de cocina. Esta obra, tal y como es presentada por el comisario de la exposición en el museo de Freud, resuena con la noción freudiana de un «museo de excrementos»: lo que se convierte en un objeto precioso en la economía pulsional toma todo su valor en la propuesta artística de Brisley, con su «colección» y su «museo» de basuras.

Sin embargo, uno de los artistas contemporáneos que, a mi parecer, llega a exhibir mejor lo real por los desechos del mundo civilizado, lo real, tal y como ha sido definido por Lacan (2005 / 1974) como «lo inmundo» (p. 76), es el americano Paul McCarthy. En su video *Santa Chocolate Shop* de 1997, pone en escena a Papá Noel al lado de otros personajes de cuentos reeditados por Disney, realizando actos obscenos y perversos, mientras que fabrican chocolate. El artista utiliza ketchup y salsa de chocolate para figurar la sangre y las materias fecales, poniendo en escena figuras en una teatralidad escabrosa, en las antípodas de los valores del «americano civilizado» representativo de los valores culturales admitidos. Incluso cuando llevan a cabo gestos inofensivos, los personajes salidos de la mitología infantil transforman cínicamente todos los elementos de una historia encantadora en una suerte de orgía polimorfa de sangre y excrementos. Sometiendo

los cuerpos, incluyendo allí el propio, a escenas degradantes en las cuales la desnudez, los líquidos y los desechos orgánicos juegan un rol central. McCarthy muestra precisamente aquello que no se quiere ver en un mundo que pretende funcionar higiénicamente.

Me parece pertinente citar aquí textualmente a Lacan (2005 / 1974), en una conferencia de prensa realizada en Roma, establecida y publicada con el título *El triunfo de la religión*:

El análisis es una función todavía más imposible que las otras [gobernar, educar]. No sé si usted está al corriente, éste se ocupa muy especialmente de lo que no anda bien. Por eso, se ocupa de esa cosa que conviene llamar por su nombre –debo decir que hasta ahora soy el único que la llamó con este nombre–, lo real.

Esta es la diferencia entre lo que anda y lo que no anda. Lo que anda es el mundo, y lo real es lo que no anda. El mundo marcha, gira en redondo, es su función de mundo. Para percibir que no hay mundo, a saber, que hay cosas que solo los imbéciles creen que están en el mundo, basta con destacar que hay cosas que hacen que el mundo sea inundo, si me permiten expresarme de este modo. De esto se ocupan los analistas, de manera que, contrariamente a lo que se cree, se confrontan mucho más con lo real que los científicos. Solo se ocupan de eso [...] Usted ve cómo son las cosas. Las cosas están hechas de bufonerías. Esto puede ser la vía por donde podemos esperar un futuro para el psicoanálisis –sería necesario que este se consagre suficientemente a la bufonería– (p. 75-76).

Ocuparse de lo inundo, por los desechos de la alcantarilla, con un semblante de bufonada. ¿No es esto precisamente lo que hace McCarthy en sus instalaciones y en sus videos? ¿No muestra magníficamente la perturbación al interior de lo simbólico, en el seno mismo de la Meca del espectáculo y del consumo de masas? El lado escandalosamente irónico de los video-performances de McCarthy nos muestra que lejos de la sublimación como elevación, el objeto del arte contemporáneo es un modo de satisfacción parcial, pero ciertamente sin negación, sin represión. Se trata entonces de una satisfacción irónica que es capaz de encontrar la realidad cotidiana para mostrar que «no todo» va al ritmo del mercado y de la ciencia.

La abolición radical de la barrera de la piel, posible gracias a las nuevas tecnologías de imagenología médica, ha sido igualmente tratada por los artistas contemporáneos, mostrándonos lo que las imágenes médicas no dejan ver. Si el cuerpo reducido al organismo se ha vuelto transparente, el goce femenino, el deseo, la relación sexual y el sujeto del inconsciente no lo son. Trabajando con los últimos dispositivos de imagenología médica, sobre la misma vía que lo hace Wim Delvoye con su serie de *Sex-rays*, o aún Mona Hatoum con *Corps étranger*, la artista brasileña Marta de Menezes crea una serie de «retratos funcionales», tomados de las imágenes IRM de los cerebros humanos. El más conocido está expuesto con el nombre de *Functional Portrait: Martin Kemp Analyzing a Painting*, en el cual ella muestra «el funcionamiento cerebral» de un historiador de arte reconocido, contemplando una pintura del Renacimiento; en la serie, la artista agrega, al principio y al final de la secuencia, sesenta imágenes IRM, fotos de identidad, vistas de frente, de lado y por detrás, de la cabeza del mismo señor (O'Reilly, 2010). La visualización completa del exterior de la cabeza del historiador de arte, así como del interior del proceso cerebral durante la acción de mirar una obra maestra del Renacimiento, no da a ver gran cosa, ni de su saber, ni de su identidad, ni de la obra. Estos retratos tecnocientíficos muestran precisamente lo que las imágenes funcionales del cerebro saben esconder bien: el ojo omnisciente de la ciencia que no ve nada.

En *A Genomic Portrait: Sir John Sulston*, el artista inglés Marc Quinn, ha reducido la representación del cuerpo humano a la escala molecular tomada del ADN de un científico, laureado por el premio Noel, con una muestra de su semen; lo hizo de tal modo que se pueda replicar ubicándolo en una placa en medio de colonias de bacterias. Enmarcó esta placa, escogiendo un marco hecho de un material reflectivo (O'Reilly, 2010). El retrato genómico de Sir John Sulston, en efecto, reduce al sujeto-científico, que ha jugado un rol central en el proyecto de secuenciación del genoma humano, a su pura materialidad genética. El marco gris del retrato hace visible de manera agradable el material amarillo reflectivo que contiene las pequeñas manchas donde se encontraría supuestamente el ser del científico. Cuadrado amarillo con un marco gris, podría bien ser el subtítulo de esta obra del hiperpuntillismo científico. Esta corriente

artística contemporánea, si se le puede llamar así, de retratos científicos del interior del cuerpo y de sus órganos, devela los límites de los que la ciencia *toda-voyerista* no quiere saber nada. Esta forma de arte, en efecto, muestra el reverso de la invasión del cuerpo por el ojo de la ciencia.

Llegando al final de este trabajo, quisiera presentar algunas reflexiones a propósito de un artista, esta vez se trata de un realizador de cine, que a mi parecer ha sido uno de los primeros en pensar el estatus del cuerpo en la época de las tecnociencias. David Cronenberg, cineasta canadiense, ha hablado regularmente de la influencia de la literatura en sus películas; de escritores como William Burroughs, Henry Miller y J-G- Ballard, citados a menudo a propósito de sus películas. Se conoce mucho menos su pasaje por las ciencias naturales, su vocación de juventud en la Universidad de Toronto, donde se interesó durante varios años en la bioquímica, antes de optar finalmente por el cine y convertirse en realizador, así como él mismo lo dice: «En mis películas, intento mezclar mis intereses literarios con mis intereses científicos» (Rodley, 1997, p. 8). Sin embargo, Cronenberg hace mucho más que eso, ya que muestra magistralmente el cuerpo como sustancia gozante. Él muestra el cuerpo por la vía de sus objetos pulsionales al mismo tiempo que demuestra el sentido del semblante en la experiencia analítica. La originalidad de Cronenberg va más allá de una iniciativa puramente literaria y puramente científica, a pesar de que él relata las historias sobre los sistemas orgánicos y sus avatares, que se han catalogado bajo el nombre de «*body horror*». Esta nominación refleja la tendencia que atraviesa sus primeras películas, tales como *Rabid*, *Shivers* o *Scanners*, donde el cuerpo aparece como una suerte de campo de batalla, entre los microorganismos infecciosos o las criaturas parasitarias y los dispositivos científicos que allí intervienen (Emery, 2000).

Lo siniestro de la transformación y la metamorfosis del cuerpo como efecto de su acoplamiento con la técnica, es evidentemente uno de los temas más trabajados por el realizador canadiense: *Vidéodrome*, *The Fly*, *eXistenZ*, ya que anticipan la caída de la barrera que anteriormente se suponía separar lo orgánico de la máquina y la realidad de la virtualidad.

Cronenberg es, a mi manera de ver, uno de los pensadores más agudos del mundo hipermoderno, porque él no deja de lado lo que hay

de real en lo simbólico. En varias entrevistas, el realizador habla de lo táctil en el cine y de la necesidad para él de ir más allá de la imagen; para él, la creación cinematográfica pasa por un proceso de escultura, de creación plástica:

Para construir metáforas en mis películas, debo hacer que la palabra sea carne, ya que no puedo fotografiar la palabra [...] la carne se hace presente por las criaturas monstruosas, pero también en los objetos tales como los instrumentos quirúrgicos, que son más asequibles, y posiblemente también monstruosos. La alternativa a mi iniciativa sería de hacer llegar la metáfora a través de la palabra de los personajes en sus diálogos, pero he escogido inventar criaturas monstruosas, fantásticas y fascinantes [...] (Cronenberg, citado por Barr, 1995).

En su película *Naked Lunch*, expone el efecto alucinatorio producido por una droga, la máquina de escribir que se transforma en una especie de criatura orgánica viscosa, mitad crustáceo mitad humana, me ha hecho siempre pensar en una imagen posible del significante como causa del goce. La máquina de escribir viva como el aparato de goce que es *la lengua*, la máquina como cuerpo gozante que es afectada por el significante. Él tiene verdaderamente razón cuando dice que para mostrar eso, hay que tomar un camino diferente de aquel del diálogo entre los personajes. La fuerza de sus imágenes, así como su distancia con relación al sentido, está en el corazón de su singularidad como realizador.

En las películas de Cronenberg, el cuerpo no coincide con el organismo, al mismo tiempo que el sexo no es el equivalente a la relación sexual genital. Todos los objetos son susceptibles de ser sexualizados. Así como él lo describe, la alteridad monstruosa puede habitar incluso en los objetos más asépticos; la pulsión habita los objetos. Cualesquiera que sean las cortadas y las cicatrices en *Crash*, el video-casete en *Videodrome*, los *pods* y *bioports* en *eXistenZ*, los parásitos en *Shivers*, la protuberancia de la axila en *Rabid*, la lista de objetos libidinizados en las películas de Cronenberg es larga. Sin saberlo, pero mostrándolo, él ha entendido bien la lección de Lacan según la cual el cuerpo no puede ser abordado únicamente como un saco que contiene órganos, o como imagen unificante, sino como un cuerpo con zonas erógenas,

un cuerpo con bordes, en el cual el límite del adentro y el afuera, no está claramente establecido.

Cronenberg muestra que el *objeto a* es una extracción corporal que emerge de un corte significativo; él muestra igualmente que el objeto como *plus de goce* tiene la estructura de un borde que la pulsión rodea, dejando un lugar vacío que puede ser ocupado por cualquier objeto. Además, él pone en escena la estructura del fantasma y su atravesamiento violento con los cuerpos que cruzan las ventanas en los accidentes de auto. Claramente, para Cronenberg, el objeto común que viene a ocupar el vacío del objeto extraído, es en primer lugar el objeto de la técnica, los *gadgets*, las *letosas*, los *pod*s; crean escenas posibles en un mundo donde los humanos estarían animados por las *letosas*. El *gadget* como objeto de goce emerge en las películas del realizador canadiense, casi veinte años antes que Apple, Google y Microsoft, hayan logrado conectar los cuerpos con la gran red, en el planeta entero, multiplicando los goces solitarios.

Después de la *première* de su última película *Maps to the stars*, en respuesta a las críticas que quisieron reducirla al lugar más común de un juicio moral cualquiera, David Cronenberg subraya que no quiso hacer de su película una interpretación, él no quiso construir un relato para dar sentido. En esta película, él hace lo que siempre ha hecho: filmar y mostrar cuerpos, así como lo explica en una entrevista:

Como realizador, uno está fuertemente obsesionado por el cuerpo humano [...] pasamos nuestra vida observando y filmando los cuerpos y los rostros humanos. Para mí, la esencia misma del ser humano, es el cuerpo. [...] Al comienzo de mi carrera, he utilizado ciencia ficción y el horror, luego pasé al melodrama y al drama psicológico. Pero en el fondo, se trata siempre de un solo y mismo campo: lo humano (Cronenberg, entrevistado por Reitzeg, 2014).

Siempre dentro de una posición irónica, incluso auto-irónica, Cronenberg sabe bien cómo hacer caer la barrera entre el significativo y el semblante, produciendo una perturbación irreparable al interior de lo simbólico, como lo vemos cuando él hace aparecer como inauténticos los personajes teniendo vidas convencionales. Por ejemplo, los diálogos de sus películas en *A History of Violence* e *Eastern Promises*,

están cargados de esta tonalidad irónica. La posición subjetiva que le ha permitido operar eficazmente el sentido de la simulación en su trabajo artístico ha sido levantada por el mismo Cronenberg.

En una entrevista de televisión, durante la realización de la película *Shivers*, él se pregunta «¿Soy verdaderamente un realizador?» En efecto, clasificar el estilo de Cronenberg en una categoría no es una tarea fácil para los críticos del cine: él es un realizador que ha logrado surgir como excepción. Quizás es su posición inclasificable lo que le ha permitido convertirse en un perturbador sistemático de las dicotomías clásicas normal/anormal, real/virtual, adentro/afuera, situándose más allá de todo moralismo simplista. Es su posición lo que sin duda le ha abierto un camino inédito de invención de nuevos semblantes para mostrar el cuerpo que la máquina omnisciente de la tecnociencia no logra mostrar.

Conclusiones

El cuerpo es clave para nuestro siglo XXI. No se puede ser indiferente al tratamiento que le da la medicina donde a veces la dimensión de objeto es ineludible. Es decir la ciencia que reduce a cero cualquier aproximación, aunque sea en su mínima expresión, de lo que llamamos un sujeto. El psicoanálisis demuestra, o se esfuerza por demostrar, la existencia de un sujeto ético. Podemos argumentar de múltiples maneras por qué no damos nuestro consentimiento al borrado de esta variable, la subjetiva (Geller, 2012: 9)

Partiendo del supuesto psicoanalítico de que la relación del ser hablante con su cuerpo es por definición problemática, se construye el trabajo investigativo presentado en este libro la pregunta por el devenir del cuerpo y de la subjetividad en un mundo fuertemente marcado por la incidencia del discurso de la ciencia como el principal productor de técnicas e instrumentos, en su alianza con la lógica capitalista del mercado. El abordaje cualitativo de dos prácticas contemporáneas de la medicina, a través de los estudios de caso desarrollados en la parte empírica de la investigación, dan cuenta de cómo el lugar dominante de la técnica, anudada a una fuerte pregnancia de las imágenes, así como su relación con el paradigma de la evaluación se constituyen rasgos de la época; época en la que asistimos a una transformación radical y acelerada del vínculo sujeto-psyque-cuerpo, al mismo tiempo que se anuncia una fuerte tendencia hacia la supresión de la subjetividad y a la vigilancia de los cuerpos.

El primer estudio de caso, que presenta un análisis crítico del uso de las Tomografías por Emisión de Positrones (TEP) aplicado a la imagenología cerebral, muestra como el manejo sugestivo, persuasivo e incluso ideológico de la imagenología cerebral en los circuitos que van desde su producción hasta su apropiación social y cultural, constituye la mejor de las vitrinas para la exposición y mercantilización del saber neurocientífico. De esta forma se contribuye a la configuración del cerebro como sinécdoque del sujeto (Dumit, 2004). El segundo estudio de caso, en el que se presenta una aproximación al uso de las ecografías 3D/4D de visualización fetal, en un centro médico especializado, evidencia que dichas técnicas, más que servir para propósitos diagnósticos o terapéuticos, ponen en escena un espectáculo gozoso en torno al nacimiento de una nueva figura del sujeto contemporáneo: el bebé-imagen (Wajcman, 2010).

A través de este trabajo investigativo me propuse también argumentar la vigencia de la teoría psicoanalítica del cuerpo en la lectura de las prácticas corporales en el mundo contemporáneo. La interpretación de nuestras sociedades en la actualidad requiere de abordajes transdisciplinarios y de un diálogo de saberes vigoroso. Al lado de otras disciplinas, que son muy productivas cuando se trata de pensar las corporalidades y subjetividades de hoy, como lo son la antropología médica y la sociología del cuerpo, el psicoanálisis tiene grandes posibilidades de hacer aportes originales que contribuyen a la construcción de marcos de comprensión más complejos. El psicoanálisis, que es en primera medida una praxis clínica, tiene un acceso privilegiado a los modos singulares de goce de los sujetos a través de sus síntomas. Esto le ha permitido desde hace más de un siglo edificar conceptos sólidos que permiten leer las diversas modalidades de respuesta subjetiva frente al malestar en la cultura.

Para el psicoanálisis, el cuerpo es hablante en la medida que porta las marcas del lenguaje y del mundo simbólico en el que se inscribe el *hablanteser*. La particular forma de teorizar la relación del lenguaje con el cuerpo, de acentuar el goce como aquello que define al cuerpo viviente y de extraer las consecuencias del reconocimiento de un imposible de simbolizar en la práctica clínica, hacen del psicoanálisis un saber ineludible a la hora de pensar en los efectos que tiene

el discurso científico de la época en la forma como habitamos y nos representamos el cuerpo.

Las prácticas corporales descritas, tanto en el campo de la gineco-obstetricia con nuevos instrumentos de visualización fetal, como en la investigación en neurociencias con la producción y uso de las imágenes TEP del cerebro, ilustran cómo la idea de ver todo y saber todo acerca de lo humano promovida por el cientificismo contemporáneo sigue siendo un fantasma cuyo referente mayor lo tenemos en el panóptico de Bentham. La crítica que se propone desde el psicoanálisis lacaniano al discurso científico en la actualidad, subrayando la producción insensata de objetos técnicos que se desvían de sus fines, la mercantilización de los saberes, la ideología de la evaluación y la consecuente abolición del sujeto de las prácticas en el campo de la salud y salud mental, se despliega en esta investigación con el ánimo de introducir preguntas donde parecen instalarse solamente certezas.

Es así como en este libro hago un llamado a pensar y reflexionar sobre los efectos de la técnica en los modos como alojamos el cuerpo y hacemos lazo con el otro. Inscribiendo este trabajo en lo que se ha denominado la «acción lacaniana», sostengo a lo largo de la investigación una postura ética y política que cuestiona la pretensión de objetivizar, cifrar y medir el sufrimiento psíquico, de traducirlo en formulas aplicables universalmente, de reducir los síntomas a trastornos o déficits que debemos curar a cualquier costo, bajo el imperativo de la felicidad prescrita por las políticas de salubridad a la orden del día. Tal como se despliega en este libro, el psicoanálisis, al lado de los trabajos críticos en ciencias sociales en torno a la noción de bio-poder, inicialmente propuesta por Foucault, y de obras de artistas contemporáneos, devienen hoy más que nunca particularmente legítimos y necesarios en tanto se configuran como lugares de resistencia frente a un movimiento cientificista y evaluacionista acéfalo que invade todos los dominios de la existencia humana, teniendo como efecto la erradicación de la subjetividad y de la contingencia.

Bibliografía

- Aflalo, A. (2011). *El intento de asesinato del psicoanálisis*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Andreasen, N. (ed.) (1989). *Brain Imaging: Applications in Psychiatry*. Washington D.C.: American Psychiatric Press.
- Bachelard, G. (2000 / 1948). *La formación del espíritu científico*. México: Siglo XXI Editores.
- Barr, L. (1995). Long Live The New Flesh. *KGB Magazine*. Recuperado el 15 de junio de 2014 en: <http://www.davidcronenberg.de/kgb.html>
- Barton, N. (2015). The Unconscious and the Speaking Body. *Lacanian Ink Journal*, 45, pp. 27-34.
- Bassols, M. (2011a). Il n'y a pas de science du réel. *Mental, Revue Internationale de Psychanalyse*, 22, pp. 83-88.
- Bassols, M. (2011b). Las neurociencias y el sujeto del inconsciente. Conferencia en las Jornadas de estudio *Las paradojas de la salud mental del ICF*, Granada, España. Recuperado el 20 de mayo de 2014 en: <https://www.youtube.com/watch?v=JcFGnqJICAM>
- Bassols, M. (2013). Hablar con el cuerpo sin saberlo. *Texto preparatorio en el marco del VI Encuentro Americano de Psicoanálisis de Orientación Lacaniana*. Recuperado el 20 de mayo de 2014 en: http://www.enapol.com/es/template.php?file=Textos/Hablar-con-el-cuerpo-sin-saberlo_Miquel-Bassols.html
- Bassols, M. (2014a). El deseo de seguir durmiendo. Conferencia en el IX Congreso de la AMP, Paris, Francia. Recuperado el 15 de junio de 2014 en <http://miquelbassols.blogspot.com.co/2014/04/el-deseo-de-seguir-durmiendo.html>

- Bassols, M. (2014b). Una política para la Acción Lacaniana. *Revista The Wannabe*, 11. Recuperado el 15 de junio de 2015 en: <http://thewannabe.nel-amp.org/Ediciones/011/template.php?file=Nuestras-convicciones/Una-politica-para-la-Accion-Lacaniana.html>
- Bassols, M. (2015). Cuerpo de la imagen y cuerpo hablante. *Texto preparatorio hacia el X Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis*. Recuperado el 20 de mayo de 2015 en: <https://www.congressoamp2016.com>
- Braunstein, N.A., Pasternac, M., Benedito, G., Saal, F. (2003). *Psicología: Ideología y Ciencia*. México: Siglo XXI Editores.
- Briole, G. (2011). L'erreur et le malentendu. *Mental, Revue Internationale de Psychanalyse*, 25, pp. 59-65.
- Brousse, M.-H. (2009). L'objet d'art à l'époque de la fin du beau. *Revue La cause freudienne*, 71, pp. 201- 205.
- Brousse, M.-H. (2012). Corps sacralisé, corps ouverts : de l'existence, mise en question, de la peau. *Quarto - Revue de psychanalyse*, 102, pp. 96-100.
- Castro, X. (2014). El sujeto del psicoanálisis: Más allá de la dicotomía individuo/sociedad. *Revista Affectio Societatis*, 11 (21), pp.149-174.
- Coignet, R. (2011). Une conversation avec con Raphaël Dallaporta. *Le Monde des Livres*. Recuperado el 10 de mayo de 2014 en: <http://deslivresetdesphotos.blog.lemonde.fr/2011/10/31/une-conversation-avec-raphael-dallaporta/>
- Cottet, S. (2013). En ligne avec Serge Cottet. *La cause du désir – Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 84, pp. 12-22.
- Dallaporta, R. (2011). *Fragile*. Paris: Éditions GwinZegal.
- Dessal, G. (2009). Do you wanna gen with me? *Mental, Revue Internationale de Psychanalyse*, 22, pp. 75-81.
- Dilts, R. & DeLozier, J. (2000). *Encyclopedia of Systemic Neuro-Linguistic Programming and NLP New Coding*. Santa Cruz: NLP University Press.
- Dumit, J. (2004). *Picturing personhood. Brain scans and biomedical identity*. New Jersey: Princeton University Press.
- Dyens, O. (2008). *La condition inhumaine*. Paris: Flammarion.

- Echeverría, J. (2000). *Un mundo virtual*. Barcelona: De Bolsillo.
- Emery, R.J. (2000). *The Films of David Cronenberg*. Videograbación. New York: Fox Lorber.
- Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (2005/1976). *Historia de la sexualidad*, v. 2. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1994). La vie: l'expérience et la science. En M. Foucault, *Dits et écrits*, Paris: Gallimard, p. 774.
- Franklin, J. (1987). *Molecules of the Mind: The Brave New Science of Molecular Psychology* New York: Atheneum.
- Freud, S. (2006/1890). Tratamiento psíquico. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. I, pp. 111-132. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2006/1894). Las neuropsicosis de defensa. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. III, pp. 41-68. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2006/1895). Proyecto de psicología para neurólogos. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. I, pp. 323-446. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2006/1895). Estudios sobre la histeria. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. II, pp. 1-315. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2006/1896). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. III, pp. 157-184. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2006/1996). La etiología de la histeria. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. III, pp. 345-609. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2003/1900). La interpretación de los sueños. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. V. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 345-609.
- Freud, S. (2002/1901). La psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras Completas* vol. VI, pp. 9-15. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2004/1920). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*, vol. XVIII, pp. 67-136. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (2004/1920). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas*, vol. XVIII, pp. 1-62. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2003/1915a). Pulsiones y destinos de pulsión. Trabajos de metapsicología. En *Obras Completas*, vol. XIV, pp. 105-134. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2003/1915b). Lo inconsciente. Trabajos de metapsicología. En *Obras Completas*, vol. XIV, pp. 153-213. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2003/1916). Primera conferencia. Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II). En *Obras Completas*, vol. XV, pp. 13-21. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2004/1917). Una dificultad del psicoanálisis. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 125-137.
- Freud, S. (2001/1919) Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. XVII, pp. 151-163. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2001/1933). En torno a una cosmovisión (35ª Conferencia) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 146-168.
- Freud, S. (2001/1937). Análisis terminable e interminable. En Freud, S. *Obras Completas*. Vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 211-254.
- Geller, S. (2012). Palabras para la edición castellana. En J.-A. Miller (coord.) *Embrillos del cuerpo*. Buenos Aires : Paidós.
- Guibert, C. (2013). Le cyborg des transhumanistes ou la solution finale au problème de la pulsion. *La cause du désir – Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 84, pp. 140-147.
- Habermas, J. (2002). *Futuro de la naturaleza humana: ¿Hacia una eugenesia liberal?* Madrid: Paidós Ibérica.
- Horne, B (2015). El misterio del cuerpo hablante. *Virtualia –Revista digital de la Orientación Lacaniana*, IX (30), pp. 1-3.
- Huxley, A. (1932). *Un mundo feliz*. México: Editores mexicanos unidos.

- Jaury, M.-P. (2010) *L'enfance sous contrôle*. Documental de 52'. Producido por Point du Jour, Intuitive films, Arte France, Société Radio Canada y CNRS Images.
- Jones, E. (1984). *Freud*. Barcelona: Biblioteca Salvat.
- Lacan, J. (1978/1972). Del discurso psicoanalítico. En *Lacan en Italia 1953-1978*, pp. 57-86. Milán: Salamandra.
- Lacan, J. (1988/1974). La tercera. En *Intervenciones y textos 2*, pp. 83-112. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (2001/1972-73). *El Seminario, Libro 20*. Aún. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2002/1969-70). *El Seminario, Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2002/1953). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En J. Lacan, *Escritos 1*, pp. 227-310. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2002/1957). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En J. Lacan, *Escritos 1*, pp. 473-509. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2002/1966a). La ciencia y la verdad. En J. Lacan, *Escritos 2*, pp. 834-856. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2002/1966b). Del sujeto al fin cuestionado. En J. Lacan, *Escritos 2*, pp. 219-226. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2003/1959-60). *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2004/1956-57). *El Seminario, Libro 4, La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2005/1974). *El triunfo de la religión*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2003/1949). El estadio del espejo como formado de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan, *Escritos 1*, pp. 86-93. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2012/1961). Maurice Merleau-Ponty. En J. Lacan, *Otros escritos*, pp. 193-202. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (2012/1965). Homenaje a Marguerite Duras, por el arrobamiento de Lol V. Stein. En J. Lacan, *Otros escritos*, pp. 209-216. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012/1967). De psicoanálisis en sus relaciones con la realidad. En J. Lacan, *Otros escritos*, pp. 371-380. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012/1970). Radiofonía. En J. Lacan, *Otros escritos*, pp. 433-468. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012/1973a). Nota Italiana. En J. Lacan, *Otros escritos*, pp. 307-312. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012/1973b). Introducción a la versión alemana de un primer volumen de los *Escritos*. En J. Lacan, *Otros escritos*, pp. 579-585. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012/1971). Lituratierra. En J. Lacan, *Otros escritos*, pp. 19-29. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2013). Interview de Lacan sur la science-fiction (1978). *Revue La cause du désir*, 84, pp. 8-9.
- Lacan, J. (2012). Alocución sobre las psicosis del niño (1968). En J. Lacan, *Otros escritos*, pp. 361-371. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1975). Conferencias y charlas en universidades norteamericanas (Inédito). Recuperado el 26 de mayo de 2014 en: www.lacanterafreudiana.com.ar
- Lacan, J. (1974). La tercera (1978). En J. Lacan, *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1973) *El Seminario, Libro 10. La angustia (1962-63)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1973). *El Seminario, Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1981). *El Seminario, Libro 20. Aún (1972-73)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006). *El Seminario, Libro 23. El sinthome (1975-76)*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1976). L'Insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre. *Ornicar*, 13, pp. 10-16.

- Laia, S. (2009). Politique de la psychanalyse aujourd'hui, *Revue La cause freudienne*, 71, pp. 154-161.
- Laplanche, J. Pontalis, J.-B. (1981). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Labor.
- La Sagna, P. (2013). Formes de vie. Notes à propos de la biologie du corps et de la psychanalyse. *La cause du désir – Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 84, pp. 39-44.
- La Sagna, P. (2008). La politique de la psychanalyse à l'époque du zénith de l'objet a hier, aujourd'hui et demain. *Revue La cause freudienne*, 69, pp. 64-67.
- Laurent, E. (1999). *La psychose ordinaire, la convention d'Antibes*. Paris: Seuil.
- Laurent, E. (2008). Hemos transformado el cuerpo en un nuevo Dios. *La Nación*, julio. Recuperado el 15 de mayo de 2014 en: <http://www.lanacion.com.ar/1028654-hemos-transformado-el-cuerpo-humano-en-un-nuevo-dios>
- Laurent, E. (2012). El orden simbólico en el siglo XXI. Consecuencias para la cura, *Papers. VIII Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis*, Buenos Aires, abril 2012.
- Laurent, E. (2013a). Parler avec son symptôme, parler avec son corps. *Quarto - Revue de psychanalyse*, 105, pp. 24-30.
- Laurent, E. (2013b). *La batalla del autismo. De la clínica a la política*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Leguil, F. (2006). Ubisolutudinem. *Mental, Revue Internationale de Psychanalyse*, 18, pp. 9-18.
- Leguil, C. (2015). Las pasiones del cuerpo en el siglo XXI. *Freudiana – Revista de Psicoanálisis*, 73, pp. 31-43.
- Lecourt, D. (2011). *Humain, posthumain*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Lempen, S. (1987). La maternité en mutation: des scientifiques et des femmes. *Femmes suisses et le Mouvement féministe: organe officiel des informations de l'Alliance de Sociétés Féminines Suisses*. Recuperado el 16 de mayo de 2014 en: <http://dx.doi.org/10.5169/seals-278188>

- Lucida Treatment Programs (2014). New Brain Scan Distinguishes Between Bipolar, Unipolar Depression. Recuperado el 12 de julio de 2015 en: <http://www.lucidatreatment.com/blog/mental-health/new-brain-scan-distinguishes-bipolar-unipolar-depression/>
- Lysy-Stevens, A. (2008). L'énigme du corps. *Revue La cause freudienne*, 69, pp. 7-12.
- Michaud, Y. (2006). Le corps et les arts visuels. En J.-J. Courtine (org.), *Histoire du corps. Les mutations du regard. Le XX siècle*. Paris, Le Seuil.
- Miller, J.-A. (2000a). *El banquete de los analistas. Cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller (1989-1990)*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2000b). *El Otro que no existe y sus comités de ética, Cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller (1989-1990)*, Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2003a). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica. Cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller (1989-1990)*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2003b). *Un esfuerzo de poesía. Cursos de Jacques-Alain Miller* (inédito).
- Miller, J.-A. (2004). Les bonnes surprises du progrès. *Quarto - Revue de psychanalyse*, Bruselas, 82, pp. 46-51.
- Miller, J.-A. (2005a). *Piezas sueltas. Cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller (2003-2004)*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2005b). Une fantaisie. *Mental, Revue Internationale de Psychanalyse*, 15, pp. 11-22.
- Miller, J.-A. (2008). L'image du corps en psychanalyse. *Revue La cause freudienne*, 68, pp. 94-104
- Miller, J.-A. (2009). L'inconscient et le sinthome. *Revue La cause freudienne*, 71, pp. 72-79.
- Miller, J.-A. (2011a). Du neurone au nœud, *Mental, Revue Internationale de Psychanalyse*, 25, pp. 69-82.
- Miller, J.-A. (2011b). *El ser y el Uno. Cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller*. Inédito.

- Miller, J.-A. (2011c). *Sutilezas analíticas, Cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller (2008-2009)*, Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2014). El inconsciente y el cuerpo hablante. *Freudiana – Revista de Psicoanálisis*, 72, pp. 4-9.
- Miller, J.-A.; Milner, J.-C. (2004). *¿Desea usted ser evaluado?* Madrid: Miguel Gómez Ediciones.
- Moulin, A.-M. (2006). Le corps face à la médecine. En J.-J. Courtine (org.), *Histoire du corps. Les mutations du regard. Le XX siècle*, pp. 15-71. Paris: Le Seuil.
- National Institute of Mental Health (2014). Depression. Recuperado el 26 de mayo de 2014 en: <https://www.nimh.nih.gov/index.shtml>
- Naveau, P. (2013). Qu'appelle-t-on réel, *Seminario en la Escuela de la Causa Freudiana de París. Radio Lacan*. Recuperado el 14 de junio de 2014 en: <http://www.radiolacan.com/fr/topic/91>
- Oldendorf, W. (1980). *The Quest for an Image of the Brain: Computerized Tomography in the Perspective of Past and Future Imaging Methods*. New York: Raven Press.
- O'Reilly, S. (2010). *Le corps dans l'art contemporain*. Paris: Thames & Hudson.
- Pedersen, T. (2015). Brain Scans May Reveal Early Signs of Schizophrenia. *Psych Central*. Recuperado el 12 de julio de 2015 en: <http://psychcentral.com/news/2013/04/06/brain-scans-may-reveal-early-signs-of-schizophrenia/53511.html>
- Penn State School of Medicine Press Release (2013). Brain Connectivity Study Reveals Striking Differences Between Men and Women. Recuperado el 12 de julio de 2015 en: http://www.uphs.upenn.edu/news/News_Releases/2013/12/verma/
- Peteiro, J. (2009). En route pour Gattaca. *Mental, Revue Internationale de Psychanalyse*, 22, pp. 65-74.
- Peteiro, J. (2010). *El autoritarismo científico*. Madrid: Miguel Gómez Ediciones.
- Peteiro, J. (2015). Víctima. La presión de las tecnociencias. Habitar o ser el rehén del cuerpo. *Freudiana – Revista de Psicoanálisis*, 73, pp. 44-58.

- Queval, I. (2008). *Le corps aujourd'hui*. Paris: Gallimard.
- Quintanilla, M.A. (1989). *Tecnología. Un enfoque filosófico*. Madrid: Fundesco.
- Ramírez, M.E. (2005). *Clío y psyche: ensayos sobre psicoanálisis e historia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Rodley, C. (Ed.) (1997). *Cronenberg on Cronenberg*. London: Faber and Faber.
- Reitzer, J. (2014). Entrevista: David Cronenberg. Recuperado el 15 de junio de 2014 en: <http://www.troiscouleurs.fr/2014/05/entretien-david-cronenberg/>
- Rose, N.; Rabinow, P. (2006). BiopowerToday, *Biosocieties*, 1, pp. 195-217.
- Rose, N.; Abi-Rached, J.M. (2013). *Neuro: The New Brain Sciences and the Management of the Mind*. New Jersey: Princeton University Press.
- Roy, D. (2009). Procréation: aide médicale et menace du réel. *Mental, Revue Internationale de Psychanalyse*, 22, pp. 181-190.
- Saalfeld, P. (2012). The Biology of Right and Wrong. *Harvard Magazine*. Recuperado el 14 de junio de 2014 en: <http://harvardmagazine.com/2012/01/the-biology-of-right-and-wrong>
- Sarthou-Lajus, N. (2009). L'ère de la vitesse et des grandes migrations. Entretien avec Paul Virilio, *Revue Études* 2 (410), pp. 199-207.
- Skriabine, P. (2011). La science, le sujet et la psychanalyse. *Mental, Revue Internationale de Psychanalyse*, 25, pp. 111-116.
- Sollers, P. (2003). Chers Psychanalystes. *Le Nouvel Âne*, 2, pp. 2-3.
- Tarizzo, D. (2012). Biopolitique et «santé mentale». *Mental, Revue Internationale de Psychanalyse*, 27/28, p. 107.
- Thomson, T. (1995) *The Beast: A Journey Through Depression*. New York: Penguin Books.
- Toshiyuki, H., Shu-Yan D., Marumoc, G. (2010). Ultrasound for Evaluation of Fetal Neurobehavioural Development: from 2-D to 4-D Ultrasound. *Infant and Child Development* 19, pp. 99-118.
- Uttal, W. (2001). *The New Phrenology: The Limits of Localizing Cognitive Processes on the Brain*. Cambridge Mass.: MIT Press.

Wajcman, G. (2011). *El ojo absoluto*. Buenos Aires: Manantial.

Woo, J. (2001). *A Short History of the Development of Ultrasound in Obstetrics and Gynecology*. Recuperado el 10 de junio de 2014 en: <http://www.ob-ultrasound.net/history3.html>

Índice temático

ARTE, ARTE CONTEMPORÁNEO Y CINE

Accionismo vienés | 165

Body art | 166

Body horror | 174

Carnal art | 166

Cuadro vivo | 165

Dada, dadaísmo | 163-166

Fotografía | 87, 164, 169

Happening | 165

Lo bello | 166-168

Lo inhumano | 171-172

Surrealismo | 164

MEDICINA Y TECNOCENCIA

Biología molecular | 27, 54, 70, 98

Biomedicina | 17, 23, 54, 127, 143

Biopoder | 8, 27, 55, 138-139, 144

Biopolítica | 24, 137-142, 144

Biopsiquiatría | 98, 103-104

Biotecnología | 11, 23, 54, 63

Biotecnopoder | 81, 115

Cientificismo | 23, 28, 31, 47-50, 52, 69, 86, 101, 137, 181

Cirugías cosméticas, estéticas | 11, 44, 62, 74, 81

Comités de ética | 21, 36, 167, 190

Cyborgs, ciborgización | 57, 61

Divulgación científica | 66-67, 87, 94, 100

DSM | 13, 65-66, 142

Ecografías | 24, 109-111, 113-114, 117, 121, 125-126, 128, 131, 180

Genética | 11-12, 54-56, 70, 144, 173

Inteligencia Artificial | 23, 56, 57

Neuroimágenes | 66

Neuropsiquiatría | 70, 103

Perinatal | 114

Rayos X | 64, 74, 82-83

TEP | 24, 68, 85-93, 95-97, 99-103, 105, 180-181

Transhumanismo | 59-60

Trasplantes, trasplantología | 11, 24, 44, 62

PSICOANÁLISIS LACANIANO

Acción lacaniana | 25, 137, 138, 181

Angustia | 9, 31, 39, 73, 75-77, 115, 128, 130, 132, 151, 161, 188

Après-coup | 151-152

Batalla del autismo | 137

Cadena significativa | 35, 75, 150

Castración | 76, 107-108, 149, 161-162

Compulsión | 124, 131, 149

Deseo | 3, 8-10, 13, 15, 60, 65, 79, 94, 107, 115, 133, 136, 138, 147, 151, 155, 162, 166, 173, 183

Discurso de la ciencia | 8, 21, 28, 31-32, 36, 40-43, 49, 51, 59, 79, 81, 150, 157, 179

El Otro | 7-8, 27, 72-73, 107, 113, 126, 128, 181

Estadio del espejo | 71-73, 75, 107-108, 187

Falo, fálico | 29, 41, 75, 106, 162

Freud | 18-22, 27, 29-30, 34-35, 61, 76, 82, 113, 127, 133, 145-147, 149, 150-152, 156-158, 164, 167, 171, 185-187

Gadgets | 23, 41-42, 176

Goce | 8, 10, 14, 19-21, 41, 43, 45, 48, 64, 74-76, 96, 105-108, 113, 124, 128, 136, 152-155, 157-158, 162-163, 168, 173, 175-176, 180

Histeria | 19-20, 29, 151, 185

Ideal del yo, yo-ideal | 72, 167

Identificación | 59, 71-73, 103, 106, 108, 153, 156

Ideología de la evaluación | 14, 31, 51-52, 155, 160, 181

Imaginario | 71-72, 74-75, 105-106, 108, 148, 150, 155, 162

Inconsciente | 8, 15, 20, 22, 34, 38, 41, 43, 48, 50, 52, 87, 96, 128, 133, 136, 145, 148-155, 173, 183, 186-187, 191

La falta | 106, 162

Letosas | 40, 41, 158, 159, 176

Lo real | 11, 14, 21, 23, 31, 35-40, 52, 71, 76, 107, 138, 145-147, 150, 153-155, 160, 164, 170-172, 190

Mirada | 5, 14, 24, 41, 53, 64, 71, 75-76, 79, 81, 106-109, 116, 124-126, 141, 150, 161, 170

Parlêtre, Hablanteser | 8, 19, 34, 73, 105, 153, 155, 180

Política lacaniana | 137, 145, 159

Pulsión | 10, 19-21, 35, 39, 60, 104, 124-126, 149, 160, 175-176, 186

Semblante | 50, 107, 155, 157, 168, 170, 172, 174, 176

Sexualidad | 12, 29, 34, 38, 50, 66, 70, 90, 100-101, 155, 185

Significante | 19, 29, 35, 36, 50, 62, 69-71, 73-76, 86, 97, 106-107, 113, 136, 147, 148, 149, 150, 153, 154, 163, 167, 168, 170, 175, 176

Simbólico | 9, 21, 28-29, 37-39, 45, 52, 71, 74-76, 106-107, 146, 150, 152-153, 155, 159, 164, 167-168, 170, 172, 175-176, 180, 189

Síntoma, Sinthome, Sinthoma | 19, 20, 153, 154, 155, 157, 188, 190

Subjetividad | 7-8, 10, 18, 22-23, 25, 28, 33-36, 43, 45, 81, 125, 128, 131-133, 136, 139, 157, 179, 181

Sujeto | 7-9, 11, 14, 19-23, 28, 30-36, 38-39, 41-44, 46-48, 51-52, 55, 57, 60-61, 67-69, 72-73, 76, 85, 87-89, 103-108, 116, 124-126, 128, 130, 132-133, 136, 138-139, 146-149, 152, 154-156, 161-163, 167, 173, 179-181, 183-184, 187, 197

Superyó | 104, 127, 128

Trauma, traumatismo | 150-152, 154-155

Otras publicaciones en esta colección

- { 2015 } **Sociología y docencia reflexiva: un estudio del caso colombiano**
Ana Lucía Paz Rueda
- Vida, trabajo y amor: profesores en contextos inciertos**
Viviam Unás Camelo
- ¿Es el “yo” una realidad o una ficción? La crítica de David Hume al sujeto cartesiano**
Yuliana Leal Granobles
- { 2011 } **Las prisiones de la locura: la construcción institucional del preso psiquiátrico**
Omar Alejandro Bravo
- { 2010 } **Elite política y construcciones de ciudad: Cali 1958-1998**
José Darío Sáenz
- { 2008 } **El control judicial a la reforma constitucional. Colombia (1910-2007)**
Mario Alberto Cajas Sarria,

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en noviembre de 2016 en los talleres de Carvajal Soluciones de Comunicación (cotizaciones@carvajal.com), en la ciudad de Bogotá D.C., Colombia. En su preparación, hecha en la Oficina de Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Icesi, se utilizaron tipos Tisa Pro en 10/14 y 9,2/13. La edición, que consta de 150 ejemplares, estuvo al cuidado de Natalia Rodríguez Uribe.



{ E X }

La autora de este libro nos presenta críticamente, entre otros aspectos, un debate de actualidad sobre el modo como en nuestro tiempo representamos, concebimos y nos relacionamos con el cuerpo. Señala que dicha representación ha cambiado debido a la influencia omnipresente del discurso científico, constituido en tecnociencias. Se ocupa también de argumentar esta premisa mostrando en qué han consistido específicamente dichos cambios, cuáles han sido sus repercusiones sobre la relación mente-cuerpo y, más específicamente, sobre la subjetividad.

En este libro no se denuncia sino que se enuncia un llamado a la opinión ilustrada, a los trabajadores de la salud mental y a los investigadores sociales en general. Esta invitación consiste en ocuparse desde sus propios referentes epistemológicos, en causar un pensamiento crítico y una reflexión “sobre los efectos de la técnica en los modos como alojamos el cuerpo y hacemos lazo con el otro”. A lo largo del texto se sostiene “una postura ética y política” que implica un cuestionamiento de la pretensión científica de “objetivizar, cifrar y medir el sufrimiento psíquico” de los seres humanos.

HÉCTOR GALLO